

Arde Chicago

Misterio en el
condado de Cook

CHARLOTTE CARTER

Siruela/ Policiaca

CHARLOTTE
CARTER

Arde Chicago

 Siruela

Charlotte Carter

Arde Chicago
Misterio en el condado de Cook

Traducción del inglés de
María Corniero

Siruela Nuevos Tiempos

Índice

Arde Chicago

Prólogo
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Epílogo

Notas
Créditos

Arde Chicago

Misterio en el condado de Cook

Los diversos barrios de Chicago descritos en esta novela —el South Side, el Loop, etc.— existen en la realidad, pero Forest Street es una calle imaginaria. Asimismo, en el libro se combinan nombres de lugares ficticios, como el colegio de primaria Champlain, con otros reales. (*N. de la A.*)

Prólogo

Habría bastado un ínfimo cambio en el curso de los acontecimientos –una vuelta de tuerca más– para que me hubiese despedido del mundo con una traca de balazos. Como aquel tipo blanco de la torre de Texas, me habría llevado por delante a unos cuantos antes de que acabaran conmigo. O quizá estaría ahora mandando telegramas imaginarios desde una celda acolchada. Lo que es indudable es que no habría realizado mi sueño de ir a la universidad.

Y es que pasé demasiado tiempo sin que nadie me quisiera.

Muchos críos piensan lo mismo, lo sé. Pero el hecho es que a los nueve años de edad había acumulado toda una serie de pruebas contundentes. Por ejemplo:

1. Mi madre se casó en segundas nupcias –¿o eran las primeras?, nunca lo tuve muy claro– y se fue a vivir muy lejos. La cuestión es que olvidó enviarme su nueva dirección.

2. La responsabilidad de ocuparse de mí recayó en mi abuela, que me mantenía aseada y razonablemente bien educada. Pero esencialmente era una despiadada vieja cascarrabias cuyas reservas de entereza y paciencia ya estaban agotadas cuando nuestros caminos se cruzaron. Su marido había muerto joven y, para colmo, sus hijos habían ido convirtiéndose uno a uno en desengaños vivientes, y cualquier clase de ternura afectuosa que pudiera haber sentido en su día se había consumido del todo tras muchos años de duro trabajo como asistenta. No era culpa suya, lo sé. Pero tampoco mía. Me quedé sin las mantecadas calientes, los enormes brazos amorosos y el sólido regazo negro que tanto elogian los adalides de nuestra raza.

3. Tuve un buen respiro cuando se me concedió el don del amor a la lectura. Pero tampoco a eso le faltaban sus pegas. Me convertí en el ejemplar más deleznable de enchufada y pelotillera. Me llovían las estrellas doradas, las medallas de ortografía y los sobresalientes; y también las palizas continuas de mis compañeros de clase, que desde que me echaron la vista encima no pudieron soportar a una mema tan formalita, ratón de biblioteca y paticoja.

4. ¿Recuerdan a la señora Polio y la cosecha que se cobró en Estados Unidos en los años cincuenta? Pues bien, esa señora se llevó a mi dulce prima Dot, mi única confidente y compañera de juegos. Tuvo que elegirla a ella, la muy infame. Dot, a quien le gustaba trenzarme el pelo, quien siempre tenía buenas palabras para mí, nunca se reía de cómo saltaba a la pata coja y a los nueve años ya sabía abrazarte contra su pecho y conseguir que no sintieras miedo. El ignorante de su padre oyó en alguna parte que la vacuna Salk en realidad transmitía el virus y no permitió que se la pusieran a su hija.

Mi prima no era más que una niña. Y había muerto. Fue la gota que hizo rebosar el vaso.

Al morir Dot, el desdén de mis compañeros, las bolas de nieve que me tiraban y sus opiniones sobre mis feos zapatos de cordones dejaron de hacer mella en mí. Es más, decidí que ya iba siendo hora de pagarles con la misma moneda. Se acabaron los largos rodeos para esquivar a los chavales del final de la manzana que tanto disfrutaban destrozándome los cuadernos. Que me tirasen al suelo a empujones cuantas veces quisieran; yo me quedaba impasible. Se acabaron los lloros en mi habitación y las noches plagadas de vagos y dolorosos recuerdos de mi madre. Empecé a tener sueños alegres en los que mis enemigos caían como chinches bajo el azote de mi cólera.

Mis enemigos eran legión. No pensaba limitarme a los matones del colegio y a los tenderos que te timaban con las vueltas, qué va. Mis pensamientos eran mucho más amplios, globales, se podría decir. Me quedaba por perfilar el plan, pero en cualquier caso mi venganza iba a ser de proporciones bíblicas.

Por fortuna, la abuela Rosetta murió justo entonces. Y, de hecho, tuvo una muerte heroica: sin saberlo, salvó al mundo de la devastación que yo iba a sembrar en él. Su hermana, Ivy, me recogió y se hizo cargo de mí. Y uno de los innumerables milagros que ocurrieron bajo la amorosa tutela de mi tía abuela y su marido, Woodson, fue que perdí todo interés en convertirme en una famosa sociópata negra.

Uno

Chicago, 1968

¿Tan buena era la buena vida que llevábamos en África? Tengo serias dudas al respecto.

Me refiero a una época muy anterior a que Chicago tuviera un South Side. Mucho antes de los peines afro, de los espirituales negros y de George Wallace. Antes de que se martirizase a los estudiantes en las cafeterías echándoles cal viva. Antes de la heroína y del claqué, antes del renacimiento de Harlem y de la pesadilla que fue en realidad *Lo que el viento se llevó*.

De creer lo que nos cuentan los poetas, todos éramos reyes y princesas. Pero yo no me veo así. Más bien pienso que habría sido un fulano cualquiera –no digo una fulana, como correspondería, porque suena mal– y, probablemente, estaría tan jodida y despistada como ahora.

Mas ¿de qué vale perderse en esas especulaciones? La cuestión es que llegaron y nos atraparon. Con linaje real o sin él, acabamos en los campos de algodón, la cocina del ama y la cama del amo.

Y, así, un esclavo llamado Solomon Lisle engendró a otro llamado Edmond, que a su vez engendró a Arthur, quien engendró a Harold y a Leland –resumiendo, a lo largo de unos doscientos años hubo mucha actividad en este sentido–, hasta que, finalmente, en la *belle époque* de Norteamérica, fue engendrado mi tío abuelo Woody.

La mayoría de los varones Lisle procreaban a su antojo. Ivy, la maravillosa esposa de Woody, se moría por tener hijos, y, salvo acudir al hechicero de la tribu, hizo cuanto estaba a su alcance para conseguirlo. Lo intentaron hasta la saciedad, pero Ivy no logró quedarse embarazada. Hay que tener mucho ojo con lo que se desea, como se suele decir, porque al final tus deseos pueden cumplirse.

Pese a la mala pasada que les jugó el destino, mis tíos abuelos me criaron con mucho amor y hasta aquí he llegado, a mis diecinueve añazos. Incluso corren con casi todos los gastos de mis estudios en la Universidad Debs, donde me especializo en filología inglesa y consigo que ese excelso departamento cubra la cuota reservada por obligación a las minorías.

La Universidad Debs más bien parece un edificio de oficinas. Situada en medio del Loop, tiene por campus todo el centro de Chicago, y el esplendor del parque Grant, el mejor lugar para sentarse a meditar que pueda imaginarse, hace las veces de patio.

Entonces, ¿por qué demonios estoy sentada en este garito tenebroso y cargado de humo, caprichosamente llamado Yacht Club, haciendo una lista de los antepasados de Woody en una servilleta de papel? Estoy medio borracha y posponiendo lo inevitable, ésa es la razón. Tengo que ir a ver a un montón de miembros del clan en la reunión familiar anual de los Lisle, que se celebra esta noche en la Park Inn. Ya llevo cuarenta minutos de retraso.

Cuesta creerlo: MLK murió hace ocho días. Y aquí estoy, sentada en la barra tratando de recordar los nombres de unos primos lejanos que viven en Joliet. Es extraño. Pero es que todo se ha teñido de irrealidad desde que asesinaron al doctor King.

Entró mi amigo Bobby Vaughan y se sentó a mi lado en un taburete.

—Hola, Cassandra.

—Hola. No había mesa —dije—. Esta noche está hasta los topes.

En realidad, el Yacht Club siempre estaba muy concurrido los viernes por la noche. Además de la variopinta clientela habitual, era el día en que los oficinistas del centro solían acudir a celebrar el fin de semana con pizzas compartidas y un exceso de copas.

Bobby pidió una cerveza.

—¿Cómo tú por aquí, Vaughan? ¿No tienes una cita fabulosa siendo viernes por la noche? Estás en baja forma.

—He quedado... más tarde.

—Ahora lo entiendo. Una cita a medianoche. Que la disfrutes.

Soltó una carcajada condescendiente.

—No te pases, Cassandra. Vamos a ir al cine a las siete y media. Eso no es medianoche.

Por raro que parezca, Bobby era mi mejor amigo, y hay que subrayar lo de «amigo». No era una situación de la que me alegrase; bueno, sí, lo quería mucho, pero a veces me preguntaba si nunca sería capaz de mirarme con otros ojos. Y la respuesta siempre era la misma: podría si fueses más normal. Si no tuvieras esa puñetera pinta, algún día tal vez te miraría como a las chicas con las que se acuesta.

Debería decir «las hermanas» con las que se acuesta, ¿verdad? Pero no lo he dicho porque sabía más de Bobby Vaughan de lo que él creía. Aunque se lo tuviera bien calladito, no limitaba su vida sexual a las mujeres negras.

En todo caso, lo que hiciera en ese terreno no era asunto mío. Bobby era alto, fuerte y tan guapo como el potro salvaje zaino de un cuento ilustrado para niñas. No le habrían bastado ni tres vidas para atender a todas las mujeres en las que despertaba interés.

Yo nunca he tenido ese problema. Los hombres acostumbran mirarme como si fuera transparente. Me sobran unos nueve kilos. Fea, lo que se dice fea, no soy, pero en mi rostro no hay ángulos ni planos encantadores, y mi cabello rojizo, recogido en una gruesa trenza que me cuelga por la espalda, no está ni totalmente encrespado ni románticamente enortijado; es rebelde sin más. Soy corta de vista y llevo unas gafas sin montura, que ahora, en parte gracias a John Lennon, se han puesto de moda. Recuerdo que un día eché un vistazo a lo que estaba haciendo un compañero en clase de química. Dibujaba caricaturas de varios de los presentes, incluido el profesor, un joven blanco de una altura descomunal al que los alumnos habían apodado el Niño Pájaro. Y yo también aparecía

en su cuaderno, representada como una lechuza.

–¿Sabes cuántos nombres llevo ya? –le pregunté a Bobby.

–¿Nombres?

–Sesenta y siete.

–¿Sesenta y siete qué?

–¡Nombres, Bobby! ¿Es que no me escuchas? Tías, abuelos, primos, familia política. Todos los parientes a los que recuerdo haber conocido en alguna ocasión.

–Maldita sea, Cassandra, estás pirada, ¿lo sabías? ¿Para qué coño estás haciéndolo?

–Piensa un poco –repuse–. Sólo te lo he contado unas seiscientas o setecientas veces.

–Ah, ya, claro. Vas a tener la reunión esa.

Pedí otra cerveza y me la bebí de un trago. Luego exploté:

–¡Santo cielo! Si acaban de enterrarlo. ¿Por qué cojones no han cancelado la celebración? ¿A quién le importa una absurda reunión familiar en estos momentos? Ojalá hubieran prendido fuego a la puñetera Parkway Inn.

–Tómalo con calma, chica. A veces mi familia también es un coñazo. Pero no los odio.

–No he dicho que los odiara, ¿a que no? No los odio a *ellos*, odio a todo el mundo.

Rompí a llorar a raudales. Me sacudían unos sollozos incontrolables. Estaba dando el espectáculo. Ay, Señor, cómo me miraba la gente. ¿Qué pensarían? Sabía que estaba avergonzando a Bobby, pero no lo podía evitar. Me sentía fatal.

Mi amigo se quedó mudo como una piedra. No me lo perdonará nunca, pensé. Pero entonces se inclinó, cogió unas servilletas de papel y me las tendió.

Enseguida me recompuse. Luego traté de disculparme:

–Lo siento. Lo siento mucho. Debe de ser una reacción de efecto retardado –hablé tan bajito que seguro que no oyó ni una palabra.

–Todo va bien. No pasa nada –dijo al fin–. Pide otra cerveza y bébetela despacio.

–No, no puedo. Ya es hora de irme. Seguro que tengo mocos en la cara.

–No, qué va. Márchate, anda. Nos vemos.

Me bajé del taburete y salí como una bala, sin siquiera despedirme.

Cogí el «B» en dirección sur, la línea de Jackson Park, en la estación de Harrison. De las ruedas del vagón saltaban alarmantes chispas que se extinguían como luciérnagas tras un fogonazo. Utilicé de espejo la grasienta ventanilla. Verifiqué la situación de los mocos y luego me pinté con la misma barra de labios que llevaba en el bolso desde décimo de bachillerato.

Aparte de los kilos de más, las gafas y el pintalabios caducado hacía siglos, estoy a punto de cumplir los veinte y sigo siendo virgen. No lo soporto.

El tren salió del túnel y siguió rumbo por las renegridas vías elevadas que atraviesan el South Side hasta la terminal de Jackson Park. Final del recorrido, y que lo digas. Muchas veces trataba de imaginar ese barrio cochambroso cuando era un magnífico pabellón de la Exposición Mundial Colombina de 1893. Lo llamaban la Ciudad Blanca, qué gracia me hacía.

El elevado serpenteó entre viejos edificios con las ventanas rotas, inclinándose en las

curvas oxidadas como un patinador de velocidad entrado en años. Algún día, pensaba siempre, este maldito tren se va a caer de la vía y yo me caeré con él. Habría dado lo que fuera por estar con Bobby en el Yacht Club y no de camino a la fiesta familiar.

La semana anterior también había estado en el Yacht Club, el día después de que asesinaran a King. Estudiantes, profesores, gente que iba de compras y oficinistas beodos solían abarrotar ese antro desde las diez de la mañana hasta que cerraba. Pero esa tarde, el día después del asesinato, los clientes se podían contar con los dedos de las manos. Bobby y yo nos sentamos muy cerca el uno del otro y hablamos en susurros, guardamos largos silencios y nos tragamos las lágrimas mientras bebíamos una anónima cerveza tostada.

—Martin ya no era eficaz —sentenció Bobby—, lo que no impedía que fuera maravilloso. Seguía siendo maravilloso.

Asentí con un gesto.

Algún cliente sumergido en las sombras de una de las mesas del fondo no paraba de echar monedas en la rockola. Dos temas sonaban una y otra vez, «The midnight hour» y «Ode to Billy Joe».

Siempre que no sabía adónde ir, me encaminaba hacia la universidad. Ese día, Bobby y yo habíamos decidido, cada uno por su cuenta, ir a clase. Parecía que el resto del mundo supiera instintivamente que había que quedarse en casa con la puerta bien cerrada. Ivy y Woody estaban en su dormitorio, viendo la tele medio atontados, cuando salí furtivamente.

Era un día de abril agradable y luminoso, de una tranquilidad apocalíptica. Fui al centro prácticamente sola en el autobús de Michigan Avenue. Nada de tráfico. Las persianas metálicas de las tiendas echadas. Los escasos transeúntes tenían una expresión fúnebre. Se respiraba un ambiente siniestro.

Los pasillos de la facultad estaban desiertos; todas las clases canceladas, anunciaba en la entrada principal una nota escrita a mano. Me quedé plantada en el vestíbulo vacío con la sensación y, sin duda, la apariencia de estar totalmente perdida. Cuando divisé a Bobby en las escaleras, elevé a los cielos una oración de gracias. Tenía pinta de no haber dormido y de no haberse duchado. Sin cruzar una palabra, salimos del edificio y fuimos derechos al Yacht Club, que está al lado. Fueron cayendo una tras otra las jarras de cerveza, y también los cigarrillos. Hicimos chistes sarcásticos y usamos los tacos más malsonantes de nuestro repertorio. Nos quedamos bebiendo en el bar todo el día y parte de la noche.

Si las novelas y las películas no me habían mentido, Bobby y yo tendríamos que haber pasado juntos esa noche. Los dos estábamos apesadumbrados y furiosos, paralizados y dolientes. Si alguna vez hubo un momento oportuno para retirarnos a hacer el amor, fue esa noche. Pero no lo hicimos. Al caer la oscuridad, las llamas se elevaron sobre la ciudad. En el North Side, el West Side y el South Side ardían los barrios densos, mugrientos. Los guetos —esa palabra estúpida e hiriente y, sin embargo, indiscutiblemente apropiada— ardían. Como si el propio pasado sangriento de los negros estuviera siendo incinerado.

Los incendios fueron finalmente sofocados y se reanudó la vida de la ciudad. Y las clases. En la de literatura, retomamos a Emma Bovary justo donde la habíamos dejado; volví a mis almuerzos a base de sándwiches calientes de queso y bollos en la cafetería; y nuestro adorado profesor de historia, Daniel Bluestein, nos habló de Emma Goldman y me puso muy buena nota por el trabajo que había hecho sobre la prensa clandestina soviética.

—Cass, has llegado. Ven a darme un abrazo. Pero qué aspecto... bueno... al diablo con ello.

Hasta que tía Ivy hizo ese comentario no recordé que debería haberme cambiado antes de ir a la fiesta.

Llevaba una blusa india de flores desteñida, mis pantalones acampanados de siempre y unas botazas de trabajo con mucho trote encima. Ivy vestía un traje azul marino que le llegaba justo por encima de las rodillas con hoyuelos, el largo de moda. A sus años —¿cincuenta y seis?, ¿cincuenta y ocho?—, usaba la talla treinta y ocho, tenía una cintura minúscula, la piel lustrosa, brazos y manos finos y piernas bien torneadas sin una sola señal, y mucho menos venas varicosas.

Me retiró de la cara unos mechones rebeldes y me plantó un afectuoso beso en la frente. Luego entrelazó sus dedos con los míos y se quedó mirándome mientras yo me ponía colorada como un tomate.

Los ojos de Ivy eran grises; amables, pero de una extraña opacidad. De pequeña pensaba que mi tía abuela veía en la oscuridad como el viejo gato callejero de pelaje moteado al que mi abuela tiraba de vez en cuando algunas sobras.

Ivy y Woody no eran los típicos padres. Aunque no tenía muchos amigos cuya familia pudiera servirme de referencia, no tardé en darme cuenta de lo distintos que eran. Sin la menor idea sobre cómo educar a una cría, y menos aún a una preadolescente melancólica, siempre estaban improvisando. En algunos aspectos me malcriaban muchísimo. Era fantástico. Sacarles lo que quería se volvió tan fácil que acabó por aburrirme.

Ivy, con sus modales impecables, su infalible tacto y un buen gusto irreprochable, consiguió convertirme en una señorita, o algo parecido. Al menos sabía comportarme cuando la situación lo requería.

Me cogió del brazo y me condujo al salón principal. A esas alturas de la reunión anual de la familia, docenas de parientes con sus mejores galas, de todas las edades y rincones del país, solían estar de lo más animados y pasándoselo en grande. Pero esa noche me habrían bastado los dedos de las manos y de los pies para contar a los asistentes.

El salón parecía la sala de espera de una clínica oncológica. Nadie bailaba al son de la música en vivo que Woody había contratado sin reparar en gastos. Y en los rostros de la escasa concurrencia no vi ni una sola sonrisa de bienvenida.

—Un ambiente poco festivo, ¿verdad? —dijo Ivy. Se le acumularon las lágrimas en la comisura de los ojos.

—¿Para qué pasar por esto? —pregunté, tratando de reprimir la irritación—. O sea... —dejé

ahí la frase y abarqué con un ademán la inmensa sala semidesierta.

—Es verdad. Pero ya era demasiado tarde para cancelarlo. Además, Woody dijo que, en un momento así, nada como reunir a la familia. Cuando sucede lo peor que podía suceder, es reconfortante saber que sigues teniendo familia, algo donde apoyarte. Nos han asestado un golpe muy duro, pero no tenemos miedo. Pase lo que pase, seguiremos avanzando.

Un discurso emocionante. Pero si de la boca de mi tío habían salido esas palabras, yo era Lois Lane¹. No, Ivy había dado voz a sus propios sentimientos, me habría apostado lo que fuera. Seguro que había sido ella quien había convencido a Woody de seguir adelante con el plan, y a sí misma de su estribillo triunfalista: ra-ra-ra-nosotros-venceremos.

—Toma algo de comer, Cass —me dijo—, a no ser que estés a dieta.

—No, Ivy, no estoy a dieta.

Inspeccioné una vez más sus peculiares ojos. No lloraba y no parecía asustada, aunque sí abrumada por el dolor y tal vez un poco desquiciada. Sin darme la oportunidad de añadir algo más, giró sobre los talones y se alejó.

Rodeé la mesa donde estaba dispuesto el bufé y comprobé su abundancia: pavo, jamón, pollo, panecillos, tortas de maíz, todas las variedades de patatas y batatas conocidas por el ser humano, macarrones con queso, ensalada de tomates, col rizada, tartas de frutas, de coco, de chocolate, bizcocho, quesos variados, melón, frutas del bosque, bombones.

Un recuerdo me cruzó por la cabeza de pronto. Tendría unos trece años cuando una mañana me levanté muy temprano y entré sigilosamente en la cocina. En la cena de la víspera habíamos tomado de postre una tarta de crema que no lograba apartar de mis pensamientos. Ivy encendió la luz y me pescó rebañando el plato con el dedo. Me sentí la más deleznable de las pervertidas.

Un viejo en silla de ruedas se propulsó hasta la mesa en ese momento. La chica que caminaba a su lado le preparó un plato y se lo tendió. Se alejaron sin haber abierto la boca. Un ambiente poco festivo, desde luego, no se podía expresar de otra forma.

Mi gran plato blanco continuaba vacío.

—Has podido venir, Cass, qué bien.

Besé a Woody en la mejilla.

—Sí, aquí estoy.

Siempre olía a loción para después del afeitado con aroma a lima, a tabaco y a ropa almidonada. Alto y delgado, con las facciones esculpidas en granito, te lo imaginabas perfectamente disparando desde el estribo de uno de esos coches antiguos de las películas de James Cagney. Moreno y atractivo con su traje de rayas. El cabello engominado hacia atrás sin una pizca del gris que ahora se lo veteaba. Algún día tenía que preguntarle a Ivy cómo consiguió no desmayarse cuando la besó por primera vez.

Dicen que cuando estás agonizando, si tienes suerte, claro, revives todos los momentos hermosos que han alegrado tu existencia. En mi delirio, yo reviviría un paseo dominical del brazo de mi tío Woody.

Mi tío jamás ponía el pie en una iglesia, por eso los domingos solíamos irnos juntos de exploración hasta que llegaba la hora de recoger a Ivy en la iglesia metodista del Calvario. Después disfrutábamos de una comida relajada en algún sitio y volvíamos caminando a casa a través del campus desierto de la Universidad de Chicago.

Tío Woody sentía por la educación ese respeto reverencial tan común en muchos negros de edad. Como tantos otros, no había cursado estudios formales. Era el prototipo de autodidacta, y sin duda había desarrollado su afición a las cosas buenas de la vida durante su experiencia juvenil como camarero, ayuda de cámara, chófer y los demás oficios que desempeñó al servicio de acaudalados hombres blancos que habían fallecido hacía ya mucho tiempo.

La abuela Rosetta me contó que la sofisticación de Woody derivaba de su trabajo como portero en los hoteles Pullman. Pero Ivy decía que era una bobada, que Woody nunca había trabajado en eso.

Mi tío abuelo Woodson Lisle había sido también recaudador de un gángster de color, contrabandista de bebidas alcohólicas en tiempos de la ley seca, hombre para todo de varias generaciones de políticos corruptos de Chicago, el cerebro que había detrás de la floreciente lotería ilegal y encargado de una casa de apuestas clandestina de larga tradición.

Eso era lo que se decía.

No había forma de deslindar la realidad de la leyenda, y Woody nunca confirmaba ni negaba nada.

En las calles del barrio donde vivía antes, aún se hablaba de él. Y aunque Ivy y Woody se habían mudado hacía tiempo al apartahotel Bellingham de Hyde Park, los vecinos de antaño seguían acudiendo de tanto en tanto a su puerta para llorarle sus penas.

Él era su último recurso –el único a veces– para intentar reunir el dinero de la fianza de un hijo descarriado, mandar a una jovencita al sur a pasar su embarazo u obtener un crédito bancario para reparar la casa.

–Tu tía no está contenta –dijo. Y a eso se limitaron sus comentarios sobre la fiesta.

Tenía razón. ¿Qué más se podía decir? Aquella era sin duda la celebración familiar menos concurrida desde que se había iniciado la tradición hacía veinte años. Por muy absurdo que me hubiera parecido seguir adelante con la fiesta, lo sentía por Ivy y Woody; les había aislado muy cara.

Acabé por servirme algo en el plato. Pero la comida no me sabía a nada. La tiré al cubo de la basura que encontré más a mano y me dirigí a la barra a pedir una cerveza.

Sentí que me tiraban por detrás de la blusa y me volví a ver quién era. Vaya, vaya, otro récord batido.

–Hero, ¿qué haces tú aquí? –dije, aunque no pretendía formular así mi sorpresa. El tío Hero era de la familia, pero no habría esperado verlo en una de esas fiestas ni en la mejor de las épocas.

Hero se quedó allí plantado, escudriñándome con sus ojos hundidos y una sonrisa tímida en los labios.

–¿Cómo te va, Cass?

–Bien.

–Tienes buen aspecto.

–Gracias. Y tú..., yo también estoy encantada de verte –así salí del paso. Ya nos habíamos mentido mutuamente.

Richie Lisle, conocido en el viejo barrio como Hero, era sobrino de Woody, hijo de su hermano mayor. No había asistido ni una sola vez a las reuniones familiares. Más o menos de la edad de mi madre, me conocía desde la cuna, y en su día tuve esperanzas de que fuera para mí una especie de hermano mayor. La cosa no funcionó. Ahora que ya estaba entrado en años, manteníamos una relación tensa y distante. Aun así, lo compadecía porque había echado su vida a perder.

Había destacado combatiendo en la guerra de Corea, donde ganó suficientes galones y medallas para llenar una vitrina de una casa de empeños. Todos sabíamos que, sangrando y cojeando, había rescatado a dos compañeros marines a riesgo de perder su propia vida.

Pero al terminar la guerra regresó a Chicago, a Forest Street y al centenar de calles como ésa, y las cosas se le pusieron muy crudas. Durante algún tiempo, a Richie el héroe no se le permitía pagar ni una copa. Empezó a asistir a la universidad acogiéndose a la ley para la readaptación de los veteranos, pero no tardó en abandonar los estudios. Ya no se codeaba con los jóvenes con los que se había criado en el barrio, sino con tipos fachendosos contra los que su madre no cesaba de ponerlo en guardia. Al final, Hero dejó de invitar a sus amigos a casa de sus padres. Se enganchó a la heroína de mala manera.

La droga se cobró el precio habitual en sus facultades y acarreó cambios que nadie podía prever. Hero sobrevivía mediante pequeños hurtos y allanamientos de moradas, y trabajos ocasionales de lavaplatos o botones en hoteles del centro de la ciudad. Pero sobre todo vivía a costa de sus ancianos padres. Ellos lo atendían cuando estaba pasando el mono y fingían no darse cuenta de que se llevaba cosas de casa. Lo cuidaban, iban a visitarlo a la cárcel, lo llevaban de urgencia a los hospitales y rezaban por él, hasta que ambos murieron con ocho meses de diferencia.

Destrozado por el fallecimiento de su madre y de su padre, Hero se vino abajo y no tardaron en ingresarlo en un psiquiátrico público de Kankakee. Volvió al barrio hipermedicado y con aspecto atormentado. Circulaban rumores sobre los horrores que había padecido. Le habían practicado una lobotomía, aseguraban algunos. Otros sostenían que los médicos del loquero le habían desenganchado de la heroína pero que había dejado de ser un *hombre*.

Woody se hizo cargo de Hero. Lo intimidaba y lo regañaba. Lo puso a trabajar de mensajero, de conductor, de limpiador; según lo dictaran las circunstancias, le hacía barrer la escalera de alguno de los pequeños edificios de viviendas de su propiedad o esperarlo al volante mientras iba a cobrar las rentas o a visitar a algún acaudalado político negro.

De joven, Hero tenía muy buena planta. Lo recuerdo bien. Menudo y fibroso, apuesto, ágil, de color café, con un precioso pelo castaño. Escudriñé su rostro en busca de los

últimos vestigios de vida reconocibles.

–¿Has visto a Woody, Cassandra? –no paraba de agitarse.

–Lo he visto hace un momento.

–¿Dónde está ahora?

–Quizá en el aseo. ¿Qué pasa?

–Una persona necesita verlo. Su problema no puede esperar.

–¿Quién?

–El señor Jackson, el que vive a la vuelta de la esquina.

En ese momento, Woody se dirigía hacia nosotros con cara de póquer.

–¿Qué pasa, Richie? –dijo. Siempre llamaba a Hero por su nombre de verdad. Confío en no oír jamás a Woody pronunciar mi nombre en ese tono, que no era de odio sino de olímpico desdén.

–Woody, el señor Jackson te está esperando fuera.

–¿Qué señor Jackson?

–Clay Jackson, el vecino de Forest.

–¿Qué quiere?

–Dice que es una emergencia.

Woody hizo un gesto con la cabeza y Hero lo condujo fuera de la sala, escaleras abajo y hacia la calle. Sin que nadie me lo pidiera, los seguí.

Clay Jackson seguramente no era mucho mayor que Woody, pero saltaba a la vista que la vida lo había tratado mucho peor. Tenía la espalda encorvada y el pelo blanco como la nieve.

–Buenas noches, Clay. Cuánto tiempo –Woody le posó una mano en el hombro con ternura y, con la otra, sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta–. Richie me ha dicho que tiene una emergencia.

–Es Lavelle, señor Woody. Mi nieta. No la encuentro por ninguna parte.

–¿Quiere decir que se ha ido de casa... se ha escapado?

–No. Sólo se escapó para ir con esos negros que quemaron la tienda de gangas la semana pasada. Después de eso estuvo casi todo el tiempo en casa, conmigo. Pero luego mi vecino va y me dice que ha visto que la detenía la policía. Dice que estaba en la calle y no estaba haciendo nada malo. La trincaron en un pispás, dice, la metieron en el coche y se largaron a toda leche.

»Llevo buscándola desde entonces. Me gustaría saber dónde la tienen para pagar la fianza. Pero me vienen con el cuento de que no han detenido a ninguna Lavelle Jackson. Y ya han soltado a todos los negros que se pusieron a incendiar y a saquear y a hacer locuras. Pero a Lavelle no. ¿Por qué no la sueltan? ¿Por qué se portan como si no supieran quién es?

–¿Cuándo vio su vecino que la detenían? –preguntó Woody.

–Hace cuatro días. A mi chica le ha pasado algo, señor Woody. Lo siento en los huesos. A Lavelle le han hecho algo.

Woody observaba al viejo, que después de hablar parecía aún más disgustado.

–Está bien, Clay. Entre un momento a descansar y a tomarse una copa. Quiero

preguntarle unas cuantas cosas. Richie le puede llevar a casa cuando hayamos terminado.

Woody sujetó la puerta para dejarme pasar la primera. Luego entró acompañando al señor Jackson. Nos quedamos esperando a Hero.

—No os preocupéis —masculló—, os veo aquí fuera.

Se dirigía a Woody, pero, en lugar de mirarlo, sus ojos seguían el reguero de coches de South Parkway.

Tío Woody depositó al señor Jackson en un banco cerca del teléfono de monedas. En la reunión de la calle me había colado, pero no tenía cara para inmiscuirme en aquella charla. Eché a andar a regañadientes hacia el salón del banquete.

—Cassandra, quédate si quieres —me dijo a voces Woody.

No me lo hice repetir.

—Clay, ¿quién vio cómo detenían a Lavelle?

—Moe Pruitt. Vive en la esquina, en el segundo piso, enfrente de Pleasant's. Allí la cogieron.

La tienda de comestibles Pleasant's. Otra reliquia de mi infancia. Allí iba a comprarme chucherías siempre que la abuela me daba unos centavos. Los vecinos de Forest Street se proveían de todo lo que necesitaban en Pleasant's. Por lo visto, los alborotadores no la habían atacado.

—¿Y qué fue exactamente lo que le dijo Moe? —preguntó Woody.

—Dice que vio a Lavelle saliendo de la tienda. En cuanto dobló la esquina, dice, un poli salió de la nada y la metió a empujones en el coche patrulla.

—¿Y ella se resistió? ¿Gritó?

—No. Moe no me ha dicho nada de eso.

—¿Qué tipo de chica es Lavelle, Clay? Según me ha contado, la semana pasada se apuntó a los saqueos. ¿Está en alguna de las bandas? ¿Ha tenido problemas con la policía antes?

Jackson no respondió. Le rehuía la mirada a Woody y se notaba.

—¿Quiere encontrarla o no? —dijo Woody con brusquedad—. ¿Quiere que le ayude a encontrarla? En tal caso, haga el favor de responderme. Y no se vaya por las ramas. ¿Entendido?

El viejo asintió con la cabeza.

—Hay cosas de Lavelle de las que no sé nada. La he avisado montones de veces. «Cuidado con las compañías, hija», le digo. «Una mujer no puede corretear por las calles como un hombre, Lavelle. Los negros de por aquí te echan a perder antes de los veintiuno.» Pero soy demasiado viejo para seguirle la pista. Puede andar metida en líos, pero es una buena chica. Si fuera mala me enteraría. No tiene madre ni padre. Sólo a mí. Me enteraría.

—Así que ha estado metida en líos.

—Un par de veces.

—¿Por qué? ¿Tiene antecedentes?

Jackson suspiró.

Los modales afables de mi tío se habían esfumado. Ahora iba directo al grano.

–¿Por qué, maldita sea? ¿Prostitución? ¿Hurtos en tiendas?
–Sí, las dos cosas.
Woody encendió otro cigarrillo.
–Deme el teléfono de Moe.
–No tiene teléfono.
–¿Algún tipo en particular con el que saliera Lavelle?
–No creo. Si salía con alguno, no lo traía por casa.
–¿Hablaban alguna vez de sus amigos? ¿Mencionó algún nombre?
–Creo que hay uno que se llama Luther. Le he cogido el teléfono un par de veces.
–¿Y el apellido?
–No sé, sólo decía Luther.
–¿Y qué hay de sus amigas?
–A veces veía a una chica con la que había ido al colegio, June Barker.
–Los Barker viven en esa vieja casa blanca a mitad de la manzana –intervine.
–Sí, hum, eso es –confirmó Clay–. June es la nieta de Coleman Barker, que en paz descanse. Barker, usted y yo nos criamos juntos, ¿se acuerda? Le llevábamos un par de años. Mi hermano...
Woody interrumpió sus rememoraciones.
–Esa Barker ¿sigue viviendo en la casa blanca? –Sí.
Woody se había puesto cortante con el señor Jackson. Y yo entendía sus motivos. Había que recordarle al viejo que tenía que atenerse a los hechos, como solían decir en la serie *Dragnet*.

Dos

Tío Hero esperaba al volante del Lincoln azul marino de Woody, que se sentó a su lado. Yo me acomodé en el asiento trasero con el señor Jackson.

—Moe casi siempre está en casa —nos explicó Clay—. A veces Arthur le fastidia tanto que no le gusta salir.

—¿Quién es Arthur? —pregunté.

A pesar del disgusto que tenía, el señor Jackson rió entre dientes.

—Alégrate de no conocerlo todavía, jovencita. Arthur es lo que llaman arturitis reumática.

Woody fumaba como un carretero. La brisa del atardecer se llevaba el humo de su cigarrillo sin permitir que flotase hasta mí, maldita sea. Me apetecía uno, pero a tío Woody le desagradaba verme fumar.

Hero era un buen conductor. Cruzamos Washington Park, desierto en esa época. En verano estaba abarrotado de negros haciendo picnic, chiquillos con cubos de arena, jóvenes, viejos y vagabundos.

La vegetación del parque desapareció y de pronto estábamos en pleno corazón del Cinturón Negro. Sucias avenidas palpitantes de vida. Ruinosas casas de vecindad nos acechaban como calaveras de mirada sombría que se rieran de los mortales.

Estábamos sólo a un par de manzanas de la casa de Forest Street donde había vivido con mi abuela. Llevaba años sin volver por allí. Hero circulaba por un tramo del bulevar muy castigado por los disturbios, y yo miraba alucinada el marmágnum de madera chamuscada y cristales rotos. Divisé la marquesina resquebrajada del viejo puesto de helados adonde me enviaba a veces la abuela a por medio litro de napolitano para llevar. Si lo dejaban a mi elección, yo siempre compraba el helado con sabor a crema que se llamaba Nueva York.

Me daba la impresión de que tío Woody no se había tragado del todo la versión que nos había contado Clay Jackson sobre la desaparición de su nieta. En parte, sin embargo, era a todas luces cierta. El vecino que decía haber visto cómo arrestaban a Lavelle Jackson vivía justo enfrente de la tienda de comestibles Pleasant's.

En mis tiempos, la gente solía referirse a ella tanto por su nombre oficial como por el de la tienda de Julius. Y es que en aquel entonces la regentaba un anciano judío que se llamaba así. Hasta el día de su muerte, la abuela no dejó de recordar con indignación y pesadumbre los cincuenta dólares que Julius el judío le había estafado a su marido el mismo día que se instalaron en su casa. Por lo visto, mi abuelo acababa de cobrar el

suelo y pagó la compra con un billete de cincuenta dólares. Julius se empeñó en que el billete era de cinco. El abuelo se puso hecho una furia. Intervino la policía y la disputa se resolvió a favor del dueño de la tienda. Ésa fue la bienvenida que recibieron mis abuelos en Forest Street.

Si no me fallaba la memoria, el cochambroso edificio gris donde vivía Moe Pruitt era uno de los dos bloques de viviendas de la manzana donde, tal como lo expresó una vez mi abuela, sucedían cosas *escandalosas*. Claro que eso podía significar montones de cosas: partidas de cartas que duraban toda la noche y acababan con peleas, venta ilegal de mercancías robadas, o sencillamente alguna «mujerzuela» que se lo hacía allí sin licencia.

Woody, el señor Jackson y yo subimos juntos los dos tramos de escaleras. Clay Jackson empezó a llamar a voces a Moe a medio camino.

Los amigos de Moe lo llamaban así desde hacía siglos, nos explicó el señor Jackson, si bien su verdadero nombre era Moses Pruitt.

Una vaharada de olor a rapé salió del piso del viejo cuando nos abrió la puerta. Aunque Clay Jackson venía contándonos que conocía a Moe Pruitt de toda la vida y eran grandes amigos, la mirada de Moe resbaló sobre él y fue a fijarse... no en Woody, sino en mí.

Yo no lo recordaba, pero por lo visto él me había reconocido.

—¿No eres la hija de Rosetta? —preguntó a la vez que me daba un buen repaso visual.

—Sí, señor.

—Claro, no te veía desde el entierro de tu abuela Rosetta. Dios. Estás hecha toda una mujer. ¿Cómo te llamas?

—Cassandra.

—Hum. Y una mujer guapa, además.

Viejo verde. Los ojos se le salían de las órbitas. Debería haberle dado vergüenza. Por otro lado, era la primera y única vez en mi vida que provocaba tales muestras de excitación en un hombre.

—Moe, déjanos pasar, majadero —le dijo Clay en tono cortante—. ¿No ves que tienes aquí esperando al señor Woody?

Nos sentamos alrededor de la atestada mesa de la cocina mientras Woody iniciaba el interrogatorio de Pruitt.

—Clay me ha dicho que vio usted a la policía llevándose a Lavelle.

—Así es.

—¿Está seguro de que era Lavelle?

—Y tanto que sí. La conozco desde que nació.

—¿Le dio la impresión de que conocía al agente?

—Ni idea. No le dio tiempo a decir ni mu. Sólo sé que Lavelle no había hecho nada malo. No podía haber robado en la tienda porque tenía las manos vacías. En realidad, ni siquiera llevaba bolso.

—Las manos vacías —repitió yo—. ¿Está seguro de eso?

—Sí. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Y está seguro de que no estaba entrando en la tienda sino saliendo?

—Sí, seguro.

—¿Sabe por qué Lavelle entró en Pleasant's? —le preguntó Woody a Clay Jackson.

—A comprarme un poco de café instantáneo y un par de puros. Y no nos quedaba leche. También le pedí que comprara cereales.

—O sea que la mandó a hacer la compra.

—Eso es.

Sin duda, Woody y yo queríamos despejar la misma incógnita. Fue él quien planteó la pregunta.

—Entonces, ¿por qué no llevaba nada cuando salió de la tienda?

Jackson estuvo meditando largo rato sobre la pregunta, que, al final, quedó sin respuesta.

—¿Reconocería al policía que la metió en el coche patrulla si volviera a verlo? —preguntó Woody a Moe Pruitt.

—Tal vez. Pero no era un coche patrulla.

—¿Cómo dice?

—No era un coche de policía normal. Era un Chevy. De color tostado.

—Y el tipo que metió a Lavelle en el coche ¿no iba de uniforme?

—No.

—Entonces, ¿por qué dice que se la llevó la policía? ¿Cómo lo sabe?

Estoy segura de que sólo el prudente respeto que le inspiraba el temperamento de Woody impidió que Moe se riera en sus narices.

—A estas alturas, reconozco a un madero en cuanto le echo la vista encima, señor Woody. No hace falta que vaya de uniforme. Además, ¿qué otro blanco iba a aparcar en las calles de por aquí con la polvareda que estaban levantando los negros? Muy pocos se atreverían.

Me levanté, y cinco o seis pasos me bastaron para pasar de la cocina al salón. Descorrí las tiesas cortinas amarillas y miré a la calle.

Pleasant's tenía las luces encendidas. Estaba abierta.

El hombre de piel moteada de detrás del mostrador nos echó un vistazo a los tres — Clay, Woody y yo— y fijó la mirada en Woody. ¿Lo reconocía? No había forma de saberlo.

—¿Qué tal te va, Clay? —preguntó con voz queda y solícita—. ¿Se sabe ya algo de Lavelle?

—No, Shep, de momento nada. Éste es el señor Woody Lisle. Me está ayudando a buscarla.

La versión de Shep concordaba más o menos —menos que más— con la de Moe. Él no había visto cómo se llevaban a Lavelle. Sólo podía informarnos de que esa tarde entró en la tienda y cogió unas cuantas cosas de los estantes, pero en lugar de llevarlas al mostrador para pagar, se marchó de repente sin que mediara explicación alguna. Más tarde él encontró un tarro de café instantáneo, una caja de copos de maíz y un par de cosas más amontonadas junto al congelador. No había vuelto a verla desde que la puerta

se cerró a sus espaldas.

—Lo siento, Clay, ya te he dicho que no sé qué le pasaba ese día. Estaba tan tranquila haciendo la compra y, de golpe y porrazo, va y sale corriendo por la puerta.

Woody hizo una breve inspección de la pequeña tienda. La entrada daba al bulevar y un escaparate con persiana metálica a Forest Street. Me asomé a mirar la ventana de Moe Pruitt. Allí estaba, vigilándonos.

—De acuerdo, señor Shepherd —dijo Woody—. Muy agradecido.

El tendero se quitó las gafas y se puso a limpiarlas mientras repetía que sentía mucho que Clay tuviera esa preocupación.

—Pero ya saben cómo son los jóvenes, seguro que mañana se presenta en casa como si nada.

Woody no hizo comentarios. Antes de marcharse, compró un paquete de Pall Mall.

Luego mandó a Clay Jackson a casa y le aconsejó que tratara de no preocuparse.

La fiesta había terminado, no cabía duda. Cuando regresamos a recoger a tía Ivy a la Parkway Inn, era la única persona que quedaba en el salón de banquetes, excepción hecha de los hombres uniformados de rojo que vaciaban los ceniceros y barrían el suelo. Sobre las largas mesas del bufé, los montones de fuentes envueltas en papel de aluminio parecían una bandada de insectos mutantes de la era espacial.

—¡Dios mío! —exclamó Ivy—, todo el mundo se ha marchado a casa con un paquete bajo el brazo. Pero ni se nota que falte algo. ¿Qué voy a hacer con toda esta comida, Woody?

—Déjala aquí, mi amor.

—Lo dirás en broma.

—Déjala. Los que están haciendo la limpieza la aprovecharán.

—De acuerdo, si tú lo dices. Cass, ve a buscar una bolsa de la compra. Por lo menos, que Hero se lleve algo a su casa.

Salí en busca de la bolsa, aunque con la sensación de que sería una pérdida de tiempo. No veía yo a Hero, flaco como un palillo con drogas o sin ellas, interesándose por las sobras de Ivy. Lo cierto era que no recordaba haberle visto comer jamás, punto. Mientras merodeaba por los pasillos, imaginé una malévola escena: el tío Hero junto a los fogones del cuchitril, el piso prestado o donde demonios viviese, con delantal y gorro de cocinero, calentando la ternera rellena y los exquisitos panecillos mientras sus amigos yonquis estaban tirados en un colchón sucio, colgadísimos. Pero cuando Hero sacaba los postres, todos salían de estampida. Veía a mi tío planchado como el Correcaminos, con un cuchillo de partir tartas en la mano. Dios, qué vena tan cruel había en mí. La tarta de coco que estaba envolviendo parecía realmente deliciosa. Qué lástima que no estuviera de humor para esas cosas. En circunstancias normales, me habría puesto las botas.

En el coche reinaba el silencio mientras nos alejábamos del salón de banquetes. La noche caía y fue como si las calles se vaciaran instantáneamente. El clamor lejano de la habitual panda de tipos de color que salían a sacarle a la noche lo que pudieran. Como habían impuesto el toque de queda, sólo unas cuantas tabernas permanecían abiertas: sus

letreros de neón brillaban tenuemente a la luz crepuscular, como apariciones solitarias.

Un puñado de jóvenes, todos varones, demostraban la clara intención de desafiar el toque de queda. Avanzaban audazmente, con sus pantalones rojos y naranjas y sus camisas africanas de rayón, por el camino de Lincoln.

Ivy dio un respingo cuando doblamos una esquina. Miré por la ventanilla y vi lo que la había sobresaltado: un tanque del ejército, vestigio de la insurrección. Mi tía me apretó contra su costado.

Uno de los soldados se asomó al coche y levantó el arma. No la apuntó contra nosotros; sencillamente, la estrechó contra sí y luego observó cómo continuábamos adelante. Woody chascó la lengua con asco. Ivy estaba rígida y con los ojos petrificados. Seguíamos sin hablar.

Rompí el silencio.

—Como dice mi amigo Bobby, somos un pueblo colonizado. Esto es una ocupación.

Hero masculló entre dientes. Sin necesidad de haberlo oído, se sabía que había soltado algún exabrupto.

Al cabo de unos minutos llegamos a la seguridad relativa del barrio de la universidad donde vivíamos. Aparcamos en el garaje de al lado de casa. Ivy y yo le dimos las buenas noches a Hero y luego Woody y él cruzaron unas palabras antes de separarse.

Al subir a casa, me fui a mi habitación y cerré la puerta. Me senté junto al escritorio para fumar en privado un cigarrillo.

Cuando me reuní con mis tíos en el cuarto de estar un poco más tarde, Ivy estaba tomando un té y Woody ya había vaciado medio vaso de whisky. Se habían enfrascado en una conversación sobre Clay Jackson y su nieta desaparecida.

—Vamos a ayudarles, ¿verdad, Woody? —dijo—. ¿No hay alguien en la comisaría a quien puedas llamar?

—Sí, podría. Pero hay que saber con quién hablar, en quién confiar. Como me toque un poli blanco de los malos, se librará de mí con cuatro embustes. Están hartos de los negros, y que haya desaparecido una chica les traerá al fresco, sobre todo considerando que tiene antecedentes por puta. Será mucho mejor que llame a un par de peces gordos que conozco.

—Señor, no entiendo cómo han podido tratar así a Clay —dijo Ivy—. ¿Cómo es posible que la detención no esté registrada? Es igual lo que haya hecho la chica, están obligados a cumplir con los trámites burocráticos.

Woody cogió el vaso de whisky, esbozó una sonrisa tensa y soltó un gruñido antes de tomar un sorbo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ivy—. ¿Por qué pones esa cara?

Woody no respondió.

Yo sabía por qué ponía esa cara.

—¿Qué crees que le habrán hecho, Woody?

—Prefiero no especular. Lo primero es hacer esas llamadas.

Ahora Ivy lo entendió. Noté que se estremecía.

Alargué la mano hacia uno de los Pall Mall que estaban sobre la mesa de cristal.

Woody empezó a regañarme, pero Ivy lo interrumpió.

—Que se lo fume si quiere —dijo en tono perentorio—. Deja de tratar a Cass como a una niña. Si fuma, que lo haga en casa.

Woody se encogió de hombros y me ofreció su mechero.

Pall Mall es un tabaco puñeteramente fuerte. Un par de caladas y ya tenía ganas de apagarlo.

—Cariño, ¿conoces al tipo que lleva la tienda de Julius? —preguntó Woody, volviéndose hacia Ivy—, Pleasant's, mejor dicho.

—Creo que lo he visto un par de veces. ¿Por qué?

—No me gusta su maldita historia. Ni me gusta él.

—A mí tampoco —remató mi tía.

Estaba muerta de cansancio, se me había pasado el efecto de las seis o siete cervezas que me había tomado; prácticamente no había ingerido ningún alimento en todo el día. Con todo y con eso, no lograba conciliar el sueño. Me senté en la cama y traté de hacer alguna anotación en mi diario, algo a lo que siempre me animaba el señor Kittridge, mi profesor preferido de literatura inglesa. Aunque me sobraba material para escribir, no conseguía poner nada sobre el papel. No había forma de encauzar mis pensamientos difusos, y mucho menos de organizarlos.

Me levanté, encendí un cigarrillo y puse la radio con el volumen bajo. Un DJ de la ciudad que había alcanzado una popularidad enorme entre los adolescentes blancos hacía cinco años estaba contando chistes manidos sobre los hippies y el jabón. En la emisora de soul, el presentador aconsejaba a los oyentes: *quédate tranquilo donde estés, amigo*, y no paraba de poner música funky. Pero los candentes bajos y los alaridos del soul no emocionaban: esa noche sonaban descarnados, huecos y alarmantes. No me dieron ningunas ganas de bailar, eso por descontado.

En el informativo dijeron que en el West Side se habían producido actos violentos dispersos por la noche. Los saqueos y los destrozos casi podían darse por terminados, pero aquí y allá seguían produciéndose incendios.

Las autoridades declaraban su confianza en poder poner coto a la situación.

¿Tan seguros están?, pensé. Les deseo suerte.

Tres

Antes he dicho que Hero era un buen conductor, pero comparado con Ivy no valía gran cosa. Ella sí que era un as al volante. A mí me enseñó a conducir Woody, pero creo que Ivy me habría insuflado una dosis extra de aplomo y desparpajo. Siempre me está prometiendo que me motorizará si no dejo los estudios, si me gradúo con buenas notas, si no hago ninguna tontería como quedarme embarazada sin contar con el apoyo de un marido. Bueno, ahí está el quid de la cuestión. A no ser que lo haya entendido todo al revés, es necesario *tener* un hombre antes de que te haga un bombo y te abandone.

Ivy aparcó justo delante de la puerta de Pleasant's. Su Buick gris era uno de los pocos coches que había en la calle. Supuse que los disturbios habían acabado con la mayoría de los automóviles del barrio; la revuelta, mejor dicho. Es curioso la división que puede crear una palabra común y corriente. Las personas de más de treinta años los llamaban disturbios. La gente más joven decía «la revuelta».

En tiempos más amables, una campana tintineaba cuando los clientes entraban en la tienda. Eso había pasado a la historia. Nuestra inesperada visita tomó por sorpresa a Shep, el tendero, que estaba hablando por teléfono. Al levantar los ojos y vernos a Ivy y a mí, colgó de golpe, sin adioses, sin la menor explicación a quienquiera que fuese su interlocutor.

—Supongo que me recuerda de ayer —dije.

—Es usted la chica que vino con Clay. ¿Qué tal le va?

Ivy respondió por mí.

—Soy Ivy Lisle, señor Shepherd. Vamos tirando, gracias. Corren malos tiempos. Pero, pensándolo bien, tenemos la suerte de estar vivos para continuar luchando día a día, ¿no le parece?

Shep la miró como si fuera de Marte.

—Piense en lo que podría haberle pasado a su tienda, señor Shepherd —prosiguió Ivy—. Debe considerarse afortunado por poder seguir ganándose la vida de la misma forma.

—Es verdad, soy... afortunado.

Ivy le sonrió.

—Ya sabe que mi marido y yo estamos intentando ayudar al señor Jackson a encontrar a su nieta.

—Lo sé. Pero yo...

—Señor Shepherd, es usted una de las últimas personas que la vio antes de que desapareciera.

El tendero trató de volver a interrumpirla, pero mi tía alzó ligeramente la voz y siguió como si nada.

—Mi marido y yo no hemos parado de darle vueltas a su explicación de lo que hizo Lavelle en la tienda, y hay unas cuantas cosas que no encajan.

—No es culpa mía. Se lo he contado todo...

—Ya lo sé. Está usted tan desorientado como nosotros. Lo que pasa es que mi marido tiene mucha menos paciencia que yo. Su siguiente paso va a ser involucrar a las autoridades, ¿comprende?

—¿Las qué?

—Ha concertado una cita con unos amigos en la oficina del sheriff. En su opinión, estaría bien que vinieran a hacer un registro de su local como suelen hacerlo en la escena de cualquier crimen. Además, es muy probable que quieran verlo a usted en la oficina para hacerle unas preguntas.

—No voy a responder a ninguna...

—Pero yo le he dicho a mi marido: el señor Shepherd ha demostrado tan buena voluntad que supongo que no pondrá la menor objeción a un registro policial. Seguramente les contará con mucho gusto todo lo que quieran saber, incluso sobre la posible relación que haya tenido con Lavelle. Pero ¿sabe una cosa, señor Shepherd? Le he pedido a mi marido que lo posponga unas horas. Le he dicho que me jugaría el cuello a que ha recordado usted unos cuantos detalles más sobre el día en que desapareció la chica. ¿No le está viniendo ahora mismo a la memoria otra parte de la historia?

El tendero le lanzó una mirada que sin duda pretendía ser amenazadora.

Mi tía se la devolvió, dejó el bolso en el mostrador y empezó a tamborilear sobre él juguetonamente. Aquel día iba vestida de azul marino y estaba arrebatadora.

El señor Shepherd frunció el ceño en un gesto presuntamente reflexivo. Debía de estar sopesando la situación. Imaginé que habría hecho indagaciones y ya sabría que al tío Woody no había que buscarle las cosquillas porque tenía buenos contactos y no vacilaría a la hora de lanzarlos sobre su enemigo como una jauría bien adiestrada.

La respiración agitada del tendero delataba su rabia. Le había llegado el momento de la verdad y lo sabía. Di un paso atrás sobresaltada al ver que metía la mano bajo el mostrador y luego la levantaba bruscamente.

No, no sacó una pistola.

—Ahí lo tienen —dijo a la vez que dejaba de golpe un objeto en el mostrador. Era un pequeño anillo de oro con una piedra roja en el centro—. Adelante, cójalo.

Ivy lo cogió sin apenas mirarlo.

—Cuéntenoslo despacio —ordenó.

—Está bien. Lavelle entró en la tienda, eso ya lo saben. Cogió algunas cosas de los estantes y las trajo aquí para pagar. Estaba a punto de meterse la mano en el bolsillo cuando dice: un momento, y se va otra vez para allá a por un helado. De camino al congelador, miró por ese escaparate hacia fuera. Y entonces se dio la vuelta. Y de pronto voy y la veo salir corriendo por la puerta.

»No sabía qué mosca le había picado. Esperé un rato a ver si volvía. A lo mejor se

había ido a casa a por dinero o lo que fuera, eso pensé. Pero no. Cuando fui a colocar las cosas en su sitio, eché un vistazo al congelador y ahí estaba el anillo, justo encima. Lo cogí y me lo traje para acá por si volvía a por él. Tenía pinta de valer algo... quiero decir que...

—Ya le entendemos —le corté—, sólo quería guardárselo.

—¿Qué vio Lavelle por el escaparate? —preguntó Ivy.

—¿Cómo voy a saberlo? A lo mejor vio a su madre, a mí que me registren, bastante lío tenía yo con ocuparme del negocio.

Entonces Ivy se puso a examinar el anillo, tomándose su tiempo.

—Y hablando del negocio —continuó Shep—, a no ser que piensen comprar algo, aquí ya no tenemos nada que hacer, ¿verdad?

—Así es —respondió Ivy—. Ya vemos que es usted una persona muy ocupada. Nos vamos. Le agradecemos mucho su ayuda.

—Mantengan alejado de aquí al puñetero sheriff, será la forma de agradecérmelo —replicó ofendido—. Tengo que atender a mis clientes.

Como si les hubieran dado el pie, justo en ese momento entraron dos mocosos. El mayor le tendió a Shep la nota que llevaba en la mano y él empezó a preparar el pedido.

—No me extraña que a Woody le cayera mal —bromeó Ivy desganadamente—. En fin, no habría sacado mucho por el anillo. Esa piedra no vale nada —me lo pasó.

Dejamos el coche donde estaba y nos encaminamos por Forest Street hacia la casa de Clay Jackson.

—¿Se lo habrá regalado a Lavelle alguno de los chavales con los que salía? ¿Tú que opinas, Cass?

Mientras caminaba, iba examinando el anillo, pasando el dedo por su superficie.

—No lo sé. No lo había mirado de cerca hasta ahora. Aquí hay una inscripción, Ivy. Es un anillo de graduación.

—¿Ves lo que pone?

—Instituto Chester Arthur, 1953.

—¿Dónde demonios está eso? ¿No fue Lavelle al colegio del barrio, el Bethune High?

—Supongo que sí.

—Da igual a qué colegio haya ido, es imposible que se graduara en 1953. Es demasiado joven.

—Si se lo ha regalado algún hombre, es posible que sea su anillo de graduación. Él puede ser mayor.

—Tal vez. Pero es muy pequeño para el dedo de un hombre.

—Tienes razón. ¿Lo habrá encontrado entonces? ¿O robado?

—Cabe esa posibilidad. Bueno, esperemos que Clay lo reconozca.

Nada que hacer. El señor Jackson no podía despejar las incógnitas relativas al anillo. Nunca se había fijado en que Lavelle llevase ningún anillo y opinaba que no debía de ser

suyo. Estuve consultando la guía telefónica que había en la cocina de Clay y no logré dar con ningún instituto Chester Arthur en la ciudad.

Ivy pretendía tranquilizar a Clay, darle esperanzas, estaba claro. Pero lo cierto es que no habíamos avanzado nada. El anillo que Lavelle había dejado en Pleasant's no proporcionaba ninguna respuesta; al revés, hacía surgir más preguntas.

Al salir de casa de Clay, Ivy fue a visitar a una anciana vecina del mismo edificio que había perdido un nieto en Vietnam. Me prometió que sería cuestión de minutos. Yo opté por esperarla en el coche.

Forest Street era una especie de pueblo. Tenía su tienda de productos varios, sus familias decentes, sus borrachos, sus secretos, su historia. De regreso al coche, la recorrí de punta a punta, mirando las viejas casas junto a las que pasaba todos los días de pequeña, antes de que Ivy y Woody me recogieran. En aquellos tiempos solía preguntarme qué se cocería en las sombrías viviendas de algunos vecinos tan insociables que ni sus nombres sabíamos. Y había otros lugares con un aura demasiado siniestra o triste, tanto como para que no me despertasen el menor interés.

Se me hizo un nudo en la garganta, vestigio de la rabia que había sentido entonces, pero conseguí disolverlo. Nunca olvidaba la suerte que había tenido. La suerte de que la cólera no me hubiese impulsado a agarrar una tubería para matar a alguien a golpes; la suerte de que mi furia enquistada no hubiese implosionado, destruyéndome; la suerte de no haber tenido que asistir a un instituto cutre como Bethune. Mi buena fortuna me había rescatado de las arenas movedizas donde habían quedado atrapados y se habían hundido montones de chavales de Forest Street.

¿Y si la rueda no hubiese girado en la buena dirección? ¿Habría sido un caso más de fracaso escolar por embarazo adolescente, otra madre dependiente de la Seguridad Social? Bueno, algo habría habido en el lado positivo de la balanza: ahora no sería un virgen de veinte años. Mi vida habría sido totalmente distinta si hubiese tenido un niño. Nada de asistir a la universidad. Ni conciertos, ni viajes, ni visitas a museos con mis padres adoptivos. Nada de vida asegurada. Nada de preciosos pisos junto al lago. Por otra parte, ¿quién sabe si un bebé no me habría aportado la felicidad que soy incapaz de descubrir en todas las maravillas que la vida me ha deparado? Hasta es posible que hubiese encontrado a un hombre al que amar y con el que compartir mis días, alguien casi tan estupendo como Bobby.

Me detuve delante de la que fuera la casa de mi abuela, picada por la curiosidad a mi pesar. ¿Quién viviría allí ahora? El césped del pequeño jardín delantero estaba agostado. Una primavera, en uno de nuestros extraños momentos de armonía, la abuela y yo lo habíamos sembrado todo de margaritas.

Al poco rato apareció una sombra en una ventana del piso de arriba —el cuarto de la abuela—, y una mujer con pañuelo en la cabeza me miró fijamente, ceñuda. Justo entonces vi aproximarse a Ivy. Me apresuré a salir a su encuentro sin volver la vista atrás.

Cuatro

Nos habíamos citado para comer con Woody en Chances'R, un restaurante informal del centro comercial de Hyde Park. Aquel sitio me tenía fascinada desde la primera vez que me llevó mi tío. El suelo estaba siempre cubierto de cáscaras de cacahuete, lo cual a mi entender le daba un aire rústico y bohemio. En retrospectiva, comprendo qué ridículo era considerar sugerente un antro de ese calibre, pero a mis once años, Chances 'R era mi versión de Copacabana, un local neoyorquino que conocía a través de la telenovela *I love Lucy*. Recuerdo que me quedé pasmada mirando a un par de universitarios que bebían cerveza y se besaban sin ningún disimulo en una de las mesas. Ivy me pegó un tirón de orejas y me recordó que era de mala educación mirar fijamente a la gente.

Mientras Ivy y yo íbamos a nuestro antiguo barrio, Woody había estado haciendo otras gestiones. Y necesitaba una copa, dijo –se la merecía, así lo expresó–, porque había pasado toda la mañana hablando sobre Lavelle con un político untuoso y con un detective de la policía. Le debían una pila de favores y los tenía fichados para un caso de necesidad. Ivy y él pidieron vodka con tónica y yo acompañé mi sándwich de jamón con una cerveza.

Nos retorcimos de risa con los comentarios sardónicos que hacía Woody a expensas de los corruptos conocidos que tenía en el ayuntamiento. Pero su talante dio un vuelco cuando Ivy le puso al día de nuestra excursión a Pleasant's y de la breve visita a Clay Jackson. Dejó de bromear y nos pidió que le enseñásemos el anillo de Lavelle.

Se lo guardó rápidamente en el bolsillo en cuanto se lo di y pasó el resto de la comida taciturno, lo que no era corriente en él.

Ivy no le preguntó nada pese a haber percibido su cambio de humor. Cuando acabamos de comer, propuso dar un paseo a orillas del lago antes de irnos a casa.

–Un paseo para charlar, como en los viejos tiempos –dijo–. Vamos a cogernos de la mano como teníamos por costumbre cuando Cass empezó a vivir con nosotros.

A esa temprana hora de la tarde no había muchos paseantes en el Point, el escarpado mirador sobre el lago Michigan. Era un lugar hermoso, pero allí también sucedían cosas escandalosas.

El paseo no tuvo el efecto relajante que Ivy pretendía. Cuando por fin nos sentamos en los viejos bancos de piedra del promontorio rocoso, Woody ya había dejado de disimular su inquietud.

–Escuchadme bien las dos –dijo, como si hubiese necesidad de advertírnoslo. No la había–. En un principio pensé que Clay Jackson estaba sacando las cosas de quicio.

Supuse que a Lavelle la habrían pillado robando cualquier cosilla, o que se habría pasado de lista con algún poli blanco que habría decidido darle una lección. Hasta se me ocurrió que podía estar en casa de algún tipo echando un polvo. No es nada de eso.

Lo miramos expectantes.

–Quiero decir con esto que tal vez Lavelle esté metida en serios problemas, peores incluso que... Lo que quiero decir es que ya hemos hecho todo lo que podíamos hacer. Clay tendrá que ir a buscar ayuda a otro lado.

–¿Cómo dices?

–Ya me has oído, Cassandra. Siempre estoy dispuesto a echar una mano a la gente de Forest Street. Pero no quiero despedirme de este mundo. Y mucho menos que te despidas tú, jovencita.

–Pero ¿qué estás diciendo, Woody?

Eché atrás los hombros, lo que no era una buena señal. Nuestro señor y dueño estaba exasperado. Woody solía mimarnos mucho a sus mujeres, siempre dispuesto a darnos la luna si se la pedíamos, pero partiendo de la base de que, cuando de la vida familiar se trataba, su palabra era la ley.

–Estoy diciendo, hija, que ya va siendo hora de que te preocupes de tus asuntos. Tienes que sacar adelante los estudios y labrarte un porvenir. Con eso ya tienes bastante. Muy bonito por tu parte querer ayudar a Clay Jackson, pero sus problemas no te conciernen.

No lo entendía, y estaba a punto de decírselo cuando Ivy me mandó callar con un gesto.

–Woody, sabes tan bien como yo que Clay no sacará nada en limpio sin ayuda –dijo suavemente–. No tiene ni de lejos los recursos con los que contamos nosotros. Es imposible que resuelva solo este asunto. Imposible.

–¿He dicho acaso que tuviera que resolverlo solo? Que acuda a la policía. Para eso está.

–Si fue lo primero que hizo, Woody –tercié–. Lo que dices no tiene lógica.

–No me digas que soy ilógico, hija. Serás muy lista, pero hay cosas que no sabes.

Ivy y yo cruzamos una mirada rápida y aturdida. Traté de protestar, pero Ivy volvió a impedírmelo.

–Cállate, Cass. Vamos a casa. Tu tío y yo hablaremos de esto más tarde.

Salté del banco como si quemara, furiosa.

–Sí, claro. Ya no soy una niña pequeña, ¿sabéis? Tengo derecho a expresar mis opiniones como cualquier adulto. Pero en cuanto lo hago me mandáis callar.

Woody también se levantó.

–Estás a punto de pasarte de la raya, Daisy Mae². No hables así a tu tía.

Cuando notes que estás perdiendo los estribos, respira hondo y mide tus palabras antes de abrir la boca. ¿Cuántas veces me lo había dicho Ivy cuando era pequeña?

¡Inhalar, exhalar, inhalar, exhalar!

Regresamos a casa sin cruzar una palabra. Y subimos en el ascensor hasta nuestra planta todavía en silencio.

Pero una vez que Woody hubo cerrado la puerta de entrada, me volví hacia él y, midiendo mis palabras, eso sí, le comuniqué:

—No te estás portando de una forma racional, Woody. Claro que estás en tu derecho. Ivy y tú podéis abandonar a Clay Jackson si queréis. Yo voy a ayudar a ese viejo. Mi amigo Bobby dice que las diferencias de clase son ilusorias entre los colonizados. Nuestro pueblo no puede permitir que los opresores utilicen nuestras aspiraciones sociales contra nosotros. A lo mejor soy una burguesa, pero voy a demostrarles mi solidaridad a Clay Jackson y a Lavelle. Se lo merecen.

Había medido mis palabras, pero no las tenía bien sopesadas: a Woody lo dejaron planchado.

Cinco

Hablar con decisión fue muy fácil. Otra cosa era saber cómo encontrar a Lavelle Jackson. No tenía ni la menor idea.

Después de haberme despachado a gusto el sábado por la tarde, mis padres adoptivos y yo pasamos un fin de semana más bien tenso. La cena del domingo fue tan terriblemente formal como para dejarte helado. Demasiada energía nerviosa que consumir, por eso me puse ciega con los dulces que sobraron.

El lunes por la mañana me desperté temprano, me vestí y salí de casa antes de que Ivy y Woody fueran a tomar café a la cocina. Si en el mejor de los días solía estar despistada en clase de economía, aquel lunes no me enteré absolutamente de nada. El profe se dio cuenta de que no prestaba atención. Me hizo un par de preguntas y las dos veces me quedé como un pasmarote. Desempeñar el papel de tonta de la clase no me sentaba nada bien. A la hora de comer me llevaban los demonios.

Me reuní con Bobby en el Yacht Club para tomar una pizza. Tenía los nervios destrozados y me moría por hablar con alguien. Pero más que nada necesitaba un poco de comprensión. Lo malo fue que a él no parecía sobrarle ni una migaja. Bobby también estaba de un humor de perros y se portaba casi como si no me viera.

—Algo te pasa —le dije—. Estás muy raro.

—No he dormido.

Tenía la voz tan ronca que me costó reconocerla como suya.

Le observé comer sin ganas un trocito de salami de la pizza.

—Pero ¿se puede saber qué tienes? —pregunté. La verdad es que me fastidiaba verlo en peor estado que yo.

—Olvidalo.

—Ni hablar. Cuéntamelo.

—He dicho que lo olvides, Cassandra. No hace falta que te enteres.

Solté una carcajada burlona.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna amiga a quien no le viene el periodo?

Negó con un ademán.

—Ah, ya caigo —dije—. Es algo relacionado con Root, ¿verdad?

Aunque no respondió, supe que había dado en el clavo. El respingo de su cabeza al oír mencionar ese nombre lo delató.

Algunos estudiantes de Debs se habían afiliado al partido de los Panteras Negras, ni de lejos tantos como se decía, sólo unos cuantos. Pero muchos recolectábamos alimentos,

hacíamos donativos para las fianzas y apoyábamos los boicots, los programas de desayunos escolares y otras actividades promovidas por los Panteras.

En el campus habían proliferado los grupos estudiantiles, entre otros el Sindicato de Estudiantes Negros, el SDS³, el Partido Laborista Progresista, los anarquistas, los budistas, los comunistas, los pacifistas, los Judíos de Jesús, la Sociedad de Cultura Ética, y hasta había algún que otro joven republicano. De todo, desde clases para fabricar bombas hasta clones del teatro experimental del Living Theater.

Ahora bien, Root, la organización a la que pertenecía Bobby, se mantenía al margen de las demás. Ninguna de las creencias o acciones de cualquier otro grupo era suficientemente radical o «contundente» para ellos. Bobby no soltaba prenda sobre sus actividades ni sobre los integrantes del grupo. Lo había visto en un par de ocasiones con alguno de sus compañeros. Caminaban enérgicamente por los pasillos, por lo general con gafas oscuras opacas. Una vez avisté a Bobby en la cafetería en pleno debate febril con otros dos tíos, y él fingió no verme. Cuando le pregunté si en Root había alguna mujer, me contestó que sí, unas cuantas hermanas. Me metí en mayores honduras y quise saber si tenían voz y voto en las decisiones o sólo estaban allí para preparar los cafés, abrir el correo y, de paso, las piernas, y Bobby se cabreó y me acusó de repetir como un loro «las chorradas del movimiento de liberación femenino de las blancas».

En conjunto, imagino que me trataba igual que a su tía solterona: con bastante respeto y afecto, y a la vez con la inquebrantable convicción de que no comprendería los serios asuntos en los que estaba metido... los asuntos que de verdad importaban en el mundo real. Ni se le habría ocurrido debatir en detalle el «trabajo» al que se dedicaba Root con una burguesa bienpensante como yo.

—¿Puedo asistir a una reunión? —pregunté—. He leído tanto a Marx y a Fanon como tú. Puede que me interese afiliarme.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué?

—Entiéndelo —dijo—, es por tu propio bien.

Estábamos más que acostumbrados a discutir: Bobby me criticaba con delicadeza por mi militancia descafeinada. Pero aquella conversación no tenía nada que ver con nuestras habituales charlas amistosas. No se estaba burlando de mí por haberme hecho socia de la sociedad cinematográfica. Ni estaba poniéndome verde por echar una mano a los trabajadores sociales de los cuáqueros en el reparto de folletos. Sencillamente, se le veía fuera de sí.

Alargué la mano para tocarle la muñeca y casi salió despedido del asiento.

—Dios mío, Bobby. Dime qué te pasa.

—Ha muerto una persona.

—¿Quién?

—Un conocido mío —entonces explotó; prácticamente se convulsionaba mientras le salían las palabras a borbotones—. ¡Le tendieron una trampa! Esos hijos de la gran puta le tendieron una trampa. ¡Lo han matado!

—¿Quién era? ¿Alguien de Root?

—No me preguntes nada más.

Empujé mi cerveza hacia su lado de la mesa.

—¿Tienes problemas con la policía, tío? Dime que no te mezclas con gente a la que andan matando, por favor.

Sacudió la cabeza y apuró la cerveza de mi vaso.

—Escúchame, Bobby...

—¡Cassandra! —me cortó—. ¿Quién coño es *ése*? ¿Por qué te está mirando así?

Sin saber a qué se refería, seguí su mirada en dirección a la barra. Mi tío Hero nos miraba fijamente, al parecer pendiente de todas nuestras palabras. Del susto me quedé sin habla.

Hero no tenía una pinta mucho peor que la mayoría de los clientes, pero saltaba a la vista que estaba fuera de lugar. El camarero le lanzaba ojeadas nerviosas y estaba atrayendo otras miradas. Una mujer sentada cerca de él protegió su bolso con la mano.

—¿Quién es *ése*? —repitió Bobby—. ¿Un camello pirado o algo así?

—Qué va. Es mi tío.

Hero por fin se levantó y acudió a nuestra mesa. Me desplazé para hacerle sitio en el asiento.

—No quiero sentarme —dijo.

—Hero, te presento a mi amigo... Bobby Vaughan.

Se midieron con la mirada. Tío Hero inclinó la cabeza y masculló:

—Hola.

Estaba a punto de insistir en que Hero se quitara de en medio del pasillo y se sentara cuando me vino una idea a la cabeza: fuera cual fuese la explicación de su aparición en aquel bar, no podía ser nada bueno.

—Tengo que contarte una cosa —dijo.

Se me escapó un quejido. A Woody o a Ivy les había pasado algo, lo sabía. Un infarto. Un accidente de coche. Uno de los dos había muerto. ¿Y si habían muerto los dos?

—Woody dice que vayas a Field's a las tres en punto.

—¿Perdona?

—Que hagas el favor de ir a Marshall Field's a las tres y esperes junto al departamento de caballeros.

—¿Que espere a qué?

En ese momento, Bobby se levantó de la mesa.

—Tengo que irme, Cassandra.

Traté de retenerlo agarrándolo de la camisa, pero esquivó mi mano.

—Me tengo que ir —dijo a modo de despedida, y salió por la puerta delantera.

Exasperada, me volví hacia Hero.

—Vale. Woody dice que tengo que ir a Field's y esperar en el departamento de caballeros. ¿A qué estaré esperando?

—Eso no me lo ha dicho. Sólo que estés allí a las tres y luego vayas directamente a casa.

Si cualquier otra persona me hubiese dado unas instrucciones tan absurdas, habría

pensado que me estaban tomando el pelo. Pero Hero, el ex heroinómano y ex paciente psiquiátrico, nunca había tenido fama de gastar bromas. Supe que me decía la verdad.

Pagué la cuenta y recogí mis cosas.

Los grandes almacenes Marshall Field's eran para blancos ricos, eso se sabía desde siempre. Hasta hacía poco, un negro con buena presencia no habría encontrado allí otro trabajo que manejar el ascensor o una aspiradora después de la hora del cierre. A veces contrataban a alguna que otra negra con un discreto tono claro de piel para situarla tras el mostrador de una sección recóndita: mercería, telas, cosas por el estilo. Y ése era el máximo nivel al que podían aspirar las personas de color. De hecho, dejando al margen la cuestión de trabajar allí, los negros apenas iban de compras a Field's antes de que surgiera el movimiento por los derechos civiles. Aunque no estuviéramos en Dixie, los comercios y los restaurantes tenían sus recursos –incontables– para hacerte sentir incómodo.

A comienzos de los sesenta, los emporios comerciales de menor prestigio del centro –Carson Pirie Scott, Wieboldt's, Sears y el eternamente desclasado Goldblatt's– se rindieron uno a uno a las presiones y empezaron a contratar a negros para puestos de mayor nivel; un padre de familia negro con auténtica ambición podía incluso conseguir un trabajo de vendedor a comisión en el departamento de muebles.

Yo no daba la imagen de la típica cliente de Field's, negra o blanca. Y ni que decir tiene que no parecía una ricachona de barrio residencial comprándole algo a su media naranja. Empecé a comprender cómo debía de haberse sentido Hero en el Yacht Club.

Woody, que de hecho iba a comprar allí de vez en cuando, no estaba a la vista. Pero, siguiendo las instrucciones, esperé. Olisqueé los probadores de lociones para después del afeitado y eché un vistazo a las carteras de piel de becerro. Bajo la mirada del vendedor, empecé a revolver distraídamente la conservadora colección de corbatas y los pijamas de rayas.

Un tipo blanco que supuse sería el detective de Field's parecía interesadísimo en mi persona. Cada vez que levantaba la vista me encontraba con sus ojos clavados en mí. Comencé a ensayar lo que le diría si tenía el descaro de pedirme que circulase. Le haría un numerito al estilo de Ivy en plan furibundo.

Cuando se encaminó hacia mí, ya estaba perfectamente preparada para lanzarle una andanada de epítetos hirientes y desdeñosos. Pero me dirigió la palabra en un tono que no tenía nada de hostil:

–¿Cassandra?

Lo miré perpleja. Bueno, estaba claro que no era el detective de la tienda. ¿Qué había hecho Woody? ¿Concertarme una cita a ciegas?

–Jack Klaus –dijo–, tengo un par de cosas para tu tío.

Estábamos llamando la atención, y con razón, me temo. Una hippy negra y regordeta con un esbelto blanco de mediana edad vestido con un flamante traje de chaqueta azul marino de Robert Hall.

–¿Me estás escuchando?

–Lo escucho –repuse.

–Dile a Woody que he dado un repaso a todos los coches de la zona, a todos los calabozos, he mirado los registros de la semana pasada. Y no se detuvo ni se acusó de nada a ninguna Lavelle Jackson, ni Lavelle lo que sea, en ninguna parte de la ciudad.

–De acuerdo.

–Pero con respecto al otro asunto, Woody tenía razón. He revisado la lista de objetos de valor desaparecidos. Y parece que el anillo era suyo.

–¿De quién? ¿Se refiere a Lavelle?

–No, no me refiero a ella. Límitate a decirle a Woody: parece que el anillo era *suyo*. ¿Entendido?

–Sí.

–Encantado de haberte conocido. No recuerdas mi nombre, ¿eh?

–Sí, se llama Jack... es decir, no. No recuerdo su nombre.

–Muy bien.

Se alejó de mí a buen paso y se perdió de vista por la salida a Wabash Avenue. Me quedé pasmada mirando hacia allí. Como habría dicho Bobby: *¿Pero qué coño es esto?*

Siempre siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Hero, me fui directamente a casa. No me molesté en coger el autobús. Caminé dos manzanas hasta Michigan Avenue y me gasté un dólar y medio de más en un billete del Illinois Central. Quería llegar lo antes posible.

Me apuesto lo que sea a que muchas víctimas de un delito se han dado cuenta demasiado tarde de que no tendrían que haber tomado un atajo. Fue lo que me pasó a mí.

El IC me encantaba. Era un sistema rápido, limpio y agradable para ir del Loop a Hyde Park, aunque costaba tres veces más que el transporte público, eso sí.

Me apeé del tren con otra docena de pasajeros y descendí de las vías elevadas por los viejos escalones pavimentados con guijas. Al llegar al pie de la escalera, la correa de mi gigantesco bolso se enganchó en la barandilla curva. O eso pensé. Sólo cuando comencé a tirar de él advertí que el brazo de un fornido joven estaba enredado en la correa. Debí de dar la impresión de que estábamos bailando un twist.

Woody, Ivy y toda la gente de Hyde Park no paraban de hablar últimamente de lo mal que estaban poniéndose las cosas en el barrio. Jóvenes negros de las comunidades del otro lado del parque Midway merodeaban por allí para pegar tirones a diestro y siniestro. A una alumna de un colegio universitario mixto la habían violado y a su compañero le habían pegado un tiro. Bandas juveniles como las Cobras Egipcias y los Exploradores Piedranegra estaban poniéndose muy violentas, y su área de operaciones delictivas ya no se limitaba a los barrios del South y el West Side de donde habían surgido.

Pero aquel fulano que tiraba de mi bolso no era un delincuente juvenil. Y no tenía pinta de yonqui. Sus ojos eran demasiado claros y su aspecto, saludable. Su frente morena y despejada comenzó a perlarse de sudor. Cuando abrí la boca para chillar, me selló los labios con su manaza.

Y luego, de pronto, mis piernas volaron por los aires y él me estaba arrastrando bajo las escaleras. Un atraco a plena luz del día, a sólo media manzana de casa. Aunque más que un atraco, aquello era un secuestro.

Los demás pasajeros siguieron su camino después de apearse del tren, sin percatarse de lo que sucedía. Me di cuenta de que, metidos bajo el andén elevado, nadie nos vería desde arriba.

El hombre tiró de la pechera de mi blusa y la tela de mala calidad se desintegró. Entonces me puse a chillar. Y le mordí. Y empecé a defenderme con energía. No se esperaba aquella ferocidad. Ya éramos dos los sorprendidos.

Soy una chica bastante grandullona. No tan fuerte como un hombre, pero tengo la misma constitución que la abuela, estoy hecha para el trabajo duro aunque nunca lo practique. Aquel idiota podría haber salido corriendo con el dinero, pero no lo hizo. Me estaba pegando una paliza sin motivo aparente, menuda jodienda. Yo me defendía como una gata. Usando las uñas. Arañando. Dando patadas. Clavando las garras.

Con mis esfuerzos conseguí dos cosas: un puñetazo en la cara y la atención de un viandante. Oí la voz asustada de un anciano pidiendo auxilio.

Entonces mi agresor me apartó de un empujón y se largó con mi bolso. Salí tambaleándome desde debajo de las escaleras a tiempo para verlo cruzar Hyde Park Boulevard a media manzana de distancia, sorteando el tráfico.

El hombre que me ayudó a levantarme pretendía convencerme de que esperase a la policía, pero yo no quería saber nada de eso. Estaba cubierta de arañazos, molida a golpes, tiritando, y sentía un regusto a sangre entre los dientes delanteros. Sólo quería irme a casa. Quería estar con mamá.

Vino corriendo hacia mí.

—¡Dios nos asista!

Le faltaba el aliento.

—¿Qué ha pasado, Cassandra?

Woody salió como un rayo de la cocina.

—Estoy bien, estoy bien —dije, sin saber en qué brazos prefería desplomarme, si en los de Ivy o en los de Woody. Al final, no fueron ni los unos ni los otros. Levanté la mano para que ambos se quedaran en su sitio, me erguí y dije—: Me han atracado.

—¿Dónde? —inquirió Woody.

—Bajo las vías del IC. Se llevó el bolso con todas mis cosas.

—¡Maldita sea! —exclamó, fijando la atención en mi ropa desgarrada—. ¿Te ha... hecho algo más, hija?

Hice un gesto negativo.

Ivy trataba de enjugarme la cara con un pañuelo y yo no paraba de apartarla.

—Estás sangrando, Cass, mi niña. Baja esa condenada mano de una vez y déjame que te cure.

Estaba haciéndome la dura, y esa severa orden puso fin a la actuación. Dejé que me condujera a su cuarto de baño y me ayudase a quitarme la blusa. Luego me limpió los arañazos de las manos y los brazos, llenó una bolsa de hielo y me la colocó en la mejilla, que me ardía. Cuando me besó en la frente y empezó a peinarme con su cepillo, por fin se me escaparon unas cuantas lágrimas.

Muy bien. Mucho mejor. Estaba aseada y con ropa limpia. Woody, sentado a mi lado, me echó un chorrito de whisky en el té caliente. Se portaba con dulzura, tratándome con delicadeza, pero yo percibía que la sangre le hervía.

—Señor, qué violenta se está poniendo la gente —comentó Ivy—. Las calles son un peligro. Pero se supone que vivimos en un sitio tranquilo. ¿Es que nunca vamos a poder vivir en paz?

Woody la miró con ternura, una pizca de impaciencia y una inmensa tristeza.

—Bueno —dije muy seria, reclamando su atención—. Basta ya de misterios, Woody. ¿Quién era el tal Klaus y qué demonios está pasando? ¿A qué se refería al decir que el anillo quizá fuera suyo? Si no es de Lavelle, ¿de quién es?

Antes de responderme, Woody suspiró.

–Fue algo que pasó en el viejo barrio hace unos ocho o nueve años. En el colegio Champlain. Supongo que no lo recuerdas.

Pero ¿qué estaba diciendo? Claro que recordaba el colegio de primaria Champlain. Cómo no lo iba a recordar. Fue el escenario de la mayoría de las torturas que sufrí de niña. Luego iba a casa en busca de consuelo y la abuela sólo me decía que tenía que aprender a defenderme por mí misma.

–Allí había una chica blanca –prosiguió Woody–, una profesora. Un día la asesinaron. Fue espantoso. Los periódicos no hablaban de otra cosa.

Es verdad, aquello me sonaba. Sí, empezaba a recordarlo. Hacía ocho o nueve años. Ya estaba viviendo con Ivy y Woody, y asistía al bonito colegio de Ellis, un pequeño edificio de ladrillo rojo. Era un colegio de integración fundado hacía casi cien años por un grupo de cuáqueros.

–Fue horrible –añadió Ivy–. A esa pobre chica la abrieron en canal.

–Una auténtica carnicería –dijo Woody.

–Dios, sí, ahora me acuerdo. Lo hizo un chaval que iba al colegio, ¿verdad?

–Sí –respondió Ivy quedamente–. Ya casi me había olvidado.

–Se llamaba Quick⁴ –nos informó Woody–. Eddie Lee Quick. Lástima que de despabilado tuviera muy poco. Era un chaval grandote, un pobre desgraciado que estaba en uno de esos programas.

–¿Te refieres a la educación especial?

–Eso es –dijo Woody–. Vivía en Vincennes. Eran siete u ocho hermanos. Su madre trabajaba de asistenta.

–¿Qué relación tiene eso con el anillo? ¿Y con Klaus y todo lo demás?

–La profesora... Elizabeth Greevy. Su anillo de graduación era una de las cosas que habían desaparecido cuando encontraron su cadáver. Había asistido a un colegio llamado Chester Arthur High, allá por Ohio.

–¿Y ése es el anillo que tenía Lavelle Jackson?

–Eso parece.

–¿Cómo es posible? ¿Qué tiene que ver Lavelle con esas historias?

–Eso sí que no lo sabemos.

Woody miró a Ivy y fue ella quien prosiguió con el relato:

–Eddie Lee Quick era un negro con muy mala suerte, Cass. Un gigantón con poca sesera. Se confesó culpable de la violación y el asesinato. La detención, el juicio, la condena... todo se hizo a gran velocidad. La gente quería quitar de en medio al monstruo negro cuanto antes. Pero algunos vecinos del viejo barrio opinaban que le cargaron con las culpas sin razón. Primero, el chico no tenía muchas luces. Segundo...

–Lo segundo en realidad es lo primero –intervino Woody–. Le arrancaron la confesión a palos, fue vergonzoso. Hay pruebas porque en la instrucción de cargos estuvo presente un fotógrafo. Le remangó las perneras del pantalón. Aún se le notaban los verdugones. No quiero ni recordar lo que contó a su familia que le habían hecho. Los defensores de las libertades civiles le consiguieron un abogado, pero la policía cerró el caso sin dejar un resquicio. Y se dieron prisa. Luego el juez no quería oír nada que pudiera dar la

impresión de que aquel chaval era inocente. El jurado lo condenó a setenta y cinco años. Tenía catorce.

Asentí.

—¿Y qué hay de Klaus? ¿Fue uno de los investigadores del caso?

—No. Mi relación con Jack Klaus viene de muy lejos. Es uno de los pocos policías de la ciudad por quienes pondría la mano en el fuego.

—Te deberá algún favor gordo.

—Ha sido un toma y daca. Eso es irrelevante ahora mismo.

Cogí uno de los explosivos cigarrillos de Woody.

—Dios mío. Menuda historia. Pero la cosa no termina ahí, ¿verdad?

—Pues no. Los detectives de homicidios asignados al caso removieron cielo y tierra para asegurarse de que a Eddie Lee Quick lo condenaran por asesinato. *Banner* trató de montar una investigación pero todo quedó en nada.

Banner, un semanario popular, llevaba muchas generaciones siendo la voz negra de Chicago y de gran parte del Medio Oeste. Aunque ahora era políticamente conservador, en etapas anteriores del siglo XX había combatido audazmente a Jim Crow⁵ y encabezado más movimientos reivindicativos negros de los que yo haya llegado a tener noticia.

—¿Y *Banner* nunca descubrió la verdad?

—No sé qué descubrirían. Pero, por lo visto, toda la gente que trataba de indagar en el asunto acababa mal. Según los rumores, los compraban, los amenazaban o algo peor.

—¿Peor? ¿Quieres decir que la policía encargaba que dieran palizas a los reporteros o incluso los mataran?

—Ya te he dicho que no estoy al corriente de todo lo que sucedió, Cassandra. Ni siquiera sé si el chaval ése en realidad no violó y mató a la profesora tal como dijeron. Con el paso del tiempo, Eddie Quick cayó en el olvido. Lo único que sé es que ni uno de los implicados en el caso tenía las manos limpias, incluido el juez.

—Maldita sea —exclamé—. No me extraña que reaccionaras de una forma tan rara cuando te enseñé el anillo.

Nos quedamos los tres en silencio durante un rato hasta que oí decir a Woody:

—Se te ve agotada, mi niña. Necesitas descansar.

Di por sentado que se dirigía a mí. Pero me equivoqué. Miré a Ivy, que parecía desplomada en su asiento. Nunca en la vida la había visto tan vieja.

—No —dijo con una voz potente, que contradecía su lenguaje corporal—. No necesito descansar. Ni hablar. No podemos darnos descanso hasta que hayamos encontrado a la chica Jackson. Puede que esté metida en un asunto siniestro, pero sigue siendo una cría y sigue desaparecida.

Desaparecida.

Dios mío. Había olvidado por completo lo sucedido hacía unas horas. Me precipité hacia el teléfono del vestíbulo.

Mierda. Lo que me temía. Nadie respondió.

¿Dónde demonios estaba Bobby?

Siete

—¡Estás fumando! —exclamé con incredulidad.

Ivy encendió un cigarrillo y colocó de nuevo el cilindro cromado incandescente en su orificio del salpicadero.

—Cállate —replicó—. Estoy tratando de pensar.

Redujo la marcha mientras pasábamos junto a la tienda de comestibles Pleasant's. No se veía el interior.

La casa blanco sucio donde vivía June Barker estaba justo en el centro de la manzana. Cuando era pequeña me servía de punto de referencia. Al pasar la casa Barker, sabía cuántos pasos me quedaban exactamente para llegar a casa de la abuela. Coleman y Annie Barker, coetáneos de Woody, habían criado a tres generaciones en aquel lugar. Ya ninguno de los dos estaba vivo. Ivy aparcó delante de la casa y subimos juntas por las desgastadas escaleras.

Clay Jackson nos había dicho que June Barker era la mejor amiga de Lavelle. Seguramente era la chica de ojos grandes que nos miraba a través de las combadas persianas venecianas de la ventana delantera. Puede que nos reconociera y puede que no. En cualquier caso, por su expresión se veía que nuestra visita no le entusiasmaba.

June tuvo la gentileza de saludar a Ivy al abrirnos la puerta. Incluso la llamó *señorita* Ivy. Por mi parte, recibí una gélida mirada fiscalizadora cuando me presenté.

—Sí, te recuerdo —dijo.

Millares de jóvenes negras viven sin un hombre y con un montón de niños. Algunas descuidan por completo a sus hijos y dejan que campen por sus fueros. Hay chicas que se pasan el día metidas en casa, solas o en grupos, viendo telenovelas y fumando lo que caiga en sus manos. En Forest Street se las ve a veces en los porches, bebiendo cerveza y parlotteando con las vecinas mientras los chiquillos de mirada ausente y naricitas taponadas patalean en sus cunas y se quedan afónicos de tanto berrear.

En el extremo opuesto están las maniáticas de la limpieza. Fanáticas de la apariencia de sus niños, se diría que no hacen otra cosa aparte de bañarlos, arreglarlos y darles de comer.

Enseguida coloqué a June Barker en el segundo grupo. En el centro del salón había dos niñas pequeñas en un corralito, ambas muy felices pegando chillidos y con aspecto de muñequitas recién compradas. Ni un pañal sucio a la vista. Ni olor a leche agria ni a caca infantil. La estancia era cochambrosa, pero estaba repleta de tintineantes móviles de color caramelo y de peluches.

La imagen de June no era menos pulida. Llevaba un sencillo vestido multicolor de estar por casa con el cuello almidonado abotonado hasta arriba sobre sus macizas delanteras y el cabello enroscado en rígidos rulos de plástico, en formación sobre su cuero cabelludo como soldados rosas. No quitó ojo a las niñas mientras escuchaba las preguntas de Ivy.

No dedicó mucho tiempo a escucharlas.

—¿Por qué me está soltando ese rollo? —le espetó—. El señor Jackson dice que supuestamente ustedes van a encontrar a Lavelle. Si son tan listas, adelante, encuéntrénla.

—Estamos buscándola —respondió Ivy—. Lavelle y usted eran buenas amigas. Hemos pensado que podría darnos alguna idea sobre adónde iría si quisiera esconderse. Si le diera miedo volver a casa.

—A Lavelle no le da miedo nada.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—No lo sé, ¿el lunes? Puede que el lunes o el martes de la semana pasada.

El timbre del teléfono interrumpió la siguiente pregunta de Ivy. June se levantó de golpe para cogerlo. Tiró del largo cable y se metió en la habitación contigua para que no la oyéramos.

—Tienen que pirarse —nos comunicó una vez terminada su conversación telefónica.

—Hablaré deprisa —respondió Ivy sin moverse de la silla—. Tengo entendido que Lavelle ha estado metida en problemas con la justicia.

June frunció los labios.

—¿Y qué?

—¿Por qué razón? —preguntó Ivy.

No hubo respuesta.

—¿Fue por prostitución?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Ha estado usted metida en problemas similares, June?

Tampoco hubo respuesta.

—Ha estado usted detenida, ¿verdad? —esta vez no fue una pregunta.

—Si ya lo sabe, ¿para qué lo pregunta?

—Sólo por ver si me dice la verdad, querida. El abuelo de Lavelle dice que las cogieron a las dos robando en una tienda. ¿Han robado joyas alguna vez?

—A usted estaba pensando contárselo.

—¿Usa Lavelle muchas joyas? ¿Algo en particular que recuerde? Un anillo, por ejemplo.

—De anillos no sé nada. Tenía un collar de perlas que le regaló un negro viejo con el que estuvo hace tiempo. Decía él que era de su señora, que había muerto.

—¿Hace cuánto de eso?

—No lo sé. El año pasado.

—¿Y quién era ese viejo?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Lavelle ha estado con muchos hombres.

—El abuelo de Lavelle le dijo a mi marido que su nieta tenía un amigo llamado Luther.

¿Tenían una relación especial? Quiero decir que si era su novio.

June se echó a reír.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó Ivy—. Muchas veces hago chistes sin darme cuenta.

—Y que lo diga.

—¿Conoce al tal Luther?

—Sí, claro que lo conozco. Un amigo de lo más especial.

—¿Qué pretende decir, June? ¿Quién es, un chulo? ¿Se queda con su dinero y con el de Lavelle?

—Que lo intente *conmigo*. Nuffy nos consigue citas algunas veces y le damos algo a cambio. ¿Vale? Ahora se tienen que ir. Voy a recibir una visita.

—¿Sabe una cosa, June? —le dijo Ivy amablemente—, cuando su abuela vivía, yo solía venir de visita a esta casa de vez en cuando. Y a ella jamás se le habría ocurrido decirle a un invitado que se marchara.

Nuestra renuente anfitriona no tuvo necesidad de replicar. Yo misma podría haber escrito su respuesta basándome en la mirada asesina que nos lanzó.

—¿Nada más, señorita Ivy?

Una de las pequeñas se puso a repetir las palabras de su madre a modo de cancioncilla.

—Nada más nada más nada más —chilló.

Mi tía se levantó, se acercó al corralito y le acarició la cabeza a la niña.

—La señorita Ivy ya se va, nena, no te preocupes —se volvió hacia June—: ¿Cómo ha llamado al señor Luther?

—Nuffy. Su nombre es Luther James, pero le llaman Nuffy.

—Ya veo. ¿Y dónde vive?

June levantó las manos.

—Donde sea. Ni idea.

Ivy adoptó sus aires de gran señora.

—Le estoy muy agradecida, June. Le hemos estado robando su tiempo.

Hasta entonces me había mantenido en un segundo plano. Ivy era la estrella. Tenía de su parte el peso específico de la edad, probablemente un recordatorio de la autoridad de la abuela de June en aquella casa.

—Nos mantendremos en contacto contigo, June —dije.

—¿Para qué?

—Para decirte que hemos encontrado a tu amiga Lavelle. Ya sé que su desaparición te tiene muerta de preocupación.

Aunque no estaba a la altura de Ivy, había aprendido un par de cosas sobre el sarcasmo fino.

Estábamos prácticamente junto a la puerta principal cuando en el piso de arriba sonaron unas estrepitosas pisadas. Un estremecimiento me recorrió la espalda. Ivy y yo nos volvimos hacia la escalera, que ascendía a las tinieblas.

—¿No será por casualidad el señor Nuffy quien está ahí arriba, verdad? —pregunté.

—No, qué demonios —respondió June, retándome a hacer la siguiente pregunta, que caía

por su propio peso.

Sabía que no tenía derecho a exigir que me dijera a quién tenía arriba. A pesar de todo, quizá se lo habría preguntado si en ese momento no hubieran llamado a la puerta. June ni se movió. Estábamos paradas en el vestíbulo a un lado de la puerta, y al otro lado estaba la visita.

—Era cierto que iba a recibir a alguien —dijo Ivy—. Adelante, abra. Sabemos cómo comportarnos en público.

June expresó su indignación con un gruñido y abrió de golpe. Era un hombre de pelo gris y facciones aplastadas con una botella de whisky de medio litro en las manos. Al ver a Ivy, se puso como un pimiento.

—Buenos días, Clyde —lo saludó mi tía.

El visitante pasó desesperadamente la mirada de Ivy a June, de June a mí, y luego volvió a posarla en Ivy.

—Cuánto tiempo sin verte —dijo Ivy—. ¿Qué tal te van las cosas? ¿Y tu familia?

Silencio.

—Clyde Gamble, hace un siglo que te conozco y nunca te había visto sin saber qué decir. Por cierto, te presento a mi sobrina nieta Cassandra.

Clyde consiguió musitar «Qué tal». Pobre diablo.

Nos quedamos todos allí plantados hasta que una voz femenina gritó desde arriba:

—June, ¿qué coño está pasando ahí abajo?

—Ya nos vamos —dijo Ivy—. Puede decirle a la señorita que ha llegado su caballero. Por cierto, ¿trabajaba también aquí Lavelle?

Como June no respondió, Ivy se volvió hacia el señor Gamble.

—¿Y tú qué dices, Clyde? ¿Viniste aquí alguna vez a cortejar a Lavelle Jackson? Si no me equivoco conoces a su abuelo, que es más o menos de tu edad.

June pasó un brazo por la espalda del hombre y lo empujó hacia dentro.

—Déjelo en paz y no se meta más donde nadie la llama, señorita Ivy. Lavelle ha trabajado ahí arriba alguna vez, pero nunca ha estado aquí con el señor Gamble. ¿Vale? Y no me venga a preguntar con quién *estuvo* porque no me acuerdo. Empiezo a estar hasta las narices de todo esto, no voy a contestar nada más. ¿Me ha entendido bien?

—Sí, querida —dijo Ivy, y luego añadió por encima del hombro de June—: Dale recuerdos míos a Viola, Clyde.

La puerta se cerró estruendosamente.

—No parecías muy sorprendida —comenté mientras empezábamos a bajar las escaleras.

—No lo estaba. Ya sabes que mantengo mis relaciones en el viejo barrio, Cass —dijo—. El burdel de Forest Street no es ninguna novedad.

Ocho

Primero eché un vistazo en el Yacht Club. Luego en la cafetería de la facultad, el salón y la sala de reuniones del Sindicato de Estudiantes Negros, donde escribí con letras grandes un aviso que clavé con una chincheta en el atestado tablón de anuncios: BOBBY VAUGHAN, LLÁMAME EN CUANTO PUEDAS. TENGO QUE HABLAR CONTIGO. CASSANDRA. Me di una vuelta por las aulas donde sabía que Bobby asistía a clase e incluso me asomé a un par de aseos masculinos. No había forma de dar con él. Había estado llamándolo a casa una y otra vez, con intervalos de una hora, sin que nadie respondiera.

Desde hacía cosa de una semana me estaba fumando todas las clases. Por eso, cuando entré en el despacho del profesor Kittridge, me saludó con mucho énfasis llamándome «la estudiante errante». A pesar de su sarcasmo, sabía que no me echaría en cara que me hubiera saltado sus clases. Es más, sabía que se alegraba de verdad de verme.

—Hola, Owen. He pensado recoger los deberes que tengo pendientes.

—Estupendo. Siéntate.

Owen Kittridge era otra de mis extrañas amistades. De hecho, las probabilidades en contra de que intimáramos eran monumentales, mucho mayores que en el caso de Bobby. Por lo menos, Bobby era negro. Owen, aparte de ser blanco, de sacarme diez o doce años y de ser mi profesor, era del sur de Estados Unidos. El último vástago de una familia que se enorgullecía de un linaje de varones graduados en Yale.

Ahora bien, en la larga historia de su familia, Owen era el primero que no había regresado a vivir al sur. Y ése no fue más que el principio de una vida de romper tradiciones. Aunque no pasaban de ser suposiciones, me imaginaba que ningún otro Kittridge de la maldita Georgia era un consumidor empedernido de marihuana y vodka como sabía que lo era Owen.

Otra peculiaridad suya: detestaba el sur. Si no hubiera habido otras afinidades entre nosotros, al menos habríamos tenido eso en común. Aunque yo no había estado nunca en el sur, compartía el odio de los negros nortños por ese lugar que había generado inconcebibles sufrimientos. Sabía que los negros mayores se ponían nostálgicos con su tierra natal. Pero a mí me importaba una mierda lo azulada que fuera la hierba o lo dulce que supiera la sandía y todas esas chorradas sentimentales. Mi mayor deseo era que desapareciera del mapa como esas aldeas vietnamitas que estaba erradicando el ejército.

El profesor Kittridge y yo detestábamos a las mismas personas en Debs, ya fueran alumnos o profesores. Éramos ambos unos solitarios y se nos daba igual de bien

planificar escabrosas escenas de venganza. Los dos añorábamos a la vez que odiábamos a nuestros padres. No tenía motivos para creer que Owen... cómo decirlo, que Owen estaba *por estrenar* igual que yo; a fin de cuentas era un treintañero. Sin embargo, me daba la impresión de que se había quedado tan al margen como yo del embriagador torbellino de la revolución sexual. Y, además, esa cuestión nos tenía un poco amargados a los dos.

Por suerte lo que compartíamos no se quedaba en eso, y afortunadamente no sólo se basaba en aspectos negativos. Podíamos pasarnos hablando todo el día, daba igual que el tema de la charla fueran nuestras penas, los donuts o el cine italiano. A Bobby, como es normal, lo tenía desconcertado mi amistad con el profesor Kittridge. Era una más de mis peculiaridades por las que me decía que estaba pirada.

Supongo que Owen acabó por advertir mi gesto de preocupación, porque dejó de tomarme el pelo y su sonrisa se desvaneció.

—Tienes algún problema —afirmó.

—Sí.

Me levanté, cerré la puerta del despacho y volví a sentarme frente a él. Entonces le conté de cabo a rabo la historia de Lavelle Jackson, sabiendo que podía confiársela. Le expliqué que también mi amigo Bobby había desaparecido, aunque tuve la precaución de censurar la versión que le daba, sin mencionar que había alguien a quien habían tendido una trampa y matado. Si al final resultaba que Bobby había encubierto de alguna forma un asesinato, lo último que quería era irme de la lengua.

Owen estaba al corriente de la existencia de Root. Pues sí, hasta el apolítico Owen, flotando en su nube de marihuana, se había enterado; mucha gente de la universidad sabía que había un grupo militante negro con ese nombre. Pero ni Owen ni ningún otro blanco tenía idea de lo que Root se traía entre manos. Ni siquiera yo, a fin de cuentas. Bobby se encargaba de que así fuera.

Owen se quitó las gafas y las dejó a un lado.

—De modo que el asesinato del líder negro más carismático del planeta, un motín racial, la ocupación militar, el recrudecimiento de las matanzas en Vietnam, la amenaza de que se hunda la universidad... no son suficientes emociones para ti. Tan aburrida estás con la actualidad mundial que has tenido que involucrarte en un secuestro que puede convertirse en la investigación de un asesinato. ¿Se resume así la cuestión, Nancy Drew⁶?

—No andaba a la busca de emociones fuertes, Owen. Sólo que alguien tiene que hacer algo.

—Ten cuidado. No vayas a terminar como uno de los personajes de Paul Bowles.

—¿Me ves a mí de esclava sexual en el Marruecos profundo?

—No es lo peor que puede pasarle a una chica.

No le faltaba razón. Las mujeres de los relatos de Bowles siempre acaban enredadas en un sinfín de problemas. Pero suelen conseguir salir con vida. A ese respecto, les va mejor que al típico personaje masculino de las ficciones de Bowles. Pensemos, por ejemplo, en ese sujeto al que abandonan en el desierto para que muera después de

haberlo castrado.

Nueve

La historia del tío Hero era de dominio público. De joven había tenido aquellos éxitos espectaculares en el ejército. Ahora, en su mediana edad... en fin, la vida que llevaba parecía demasiado trivial como para hablar de éxitos o fracasos. La opinión general era que había malgastado sus oportunidades y no era un hombre entero y verdadero.

Mas no por ello había que herir sus sentimientos. Yo procuraba no tratarlo nunca como al chico de los recados, que era lo que hacía Woody. Ni tampoco como a un perro desdentado al que echas de comer en la puerta trasera, como tenía por costumbre Ivy. Mi relación con Hero era cortés pero distante, y sabía que a él no se le escapaba que me merecía tan escasa confianza como a mi tía y a mi tío.

Sin embargo, en esta ocasión Hero cumplió con creces. Le bastó un día para localizar al chulo de Lavelle Jackson. Por lo visto, algún compañero de su antigua pandilla de drogatas conocía a Nuffy James y sabía cómo dar con él.

Hero era hombre de pocas palabras. Y, cuando hablaba, solía mascullar. Por eso le pregunté por segunda vez: «¿Adónde dices que suele ir?», porque supuse que había oído mal el nombre del bar del que Nuffy era cliente habitual.

Pues no, eso era precisamente lo que había dicho Hero.

—Un sitio que se llama Puffo y Geneva's. Está entre Indiana y la calle Cuarenta y Uno. Puffo y Geneva's.

La desaparición de Lavelle no tenía ninguna gracia. Pero no pude evitarlo; al oír por tercera vez el nombre del bar, estallé en incontenibles carcajadas. La única que se rió fui yo. Tío Hero desvió la vista y se quedó mirando al suelo. Al cabo de un rato conseguí serenarme.

Estábamos echando un cigarrito en la acera, junto al Lincoln azul, a la espera de que bajara Woody. Ivy, cómo no, se había empeñado en que se las arreglaría perfectamente para entrevistar a Nuffy. Puede que se estuviera sobrestimando. Yo no lo sabía. Pero, en cualquier caso, no quería perderme el espectáculo. ¿Mi tía Ivy sentada frente a un chulo de putas, hablando en su tono de fiesta de sociedad? Eso lo tenía que ver con mis propios ojos.

Pero Woody no estaba dispuesto a dejarla. Yo había salido de casa para que tuvieran intimidad mientras Ivy hacía un último intento a la desesperada de convencerlo de que todo le iría bien con Nuffy. Un soborno, un beso o sencillamente el muro infranqueable de su voluntad; ésas son las tácticas que debió de emplear con ella, por separado o en conjunto. Sea como fuere, todos sabíamos que al final la respuesta sería no. Ivy tendría

que quedarse en casa.

En cuanto a los motivos de que a mí me hubiese permitido acompañarlo, tenía la sensación de que pretendía castigarme. Me había empeñado en ayudar a los Jackson, había recurrido a gimoteos y a amenazas, lo había empujado a seguir adelante en contra de sus deseos. Quizá Woody quería que echara un buen vistazo a la caja de Pandora que le había obligado a abrir.

El trayecto fue breve. Aparcamos en la misma manzana de Puffo y Geneva's, que estaba a la sombra de las vías del elevado de Jackson Park. Aunque lucía el sol de mediodía, tuve la repentina visión de nuestro entorno envuelto en la oscuridad de la noche: un tren que pasaba chirriando en las alturas sobre el metal oxidado, un letrero de neón roto emitiendo soeces destellos en la ventana del bar, y en el interior, hombres y mujeres que hablaban demasiado alto, risas negras insolentes y chillonas, risas que por un quítame allá esas pajas podían desembocar en una discusión, discusiones cada vez más acaloradas, veleidosos intercambios de dinero, de besos o de golpes.

Woody vestía un traje de chaqueta oscuro con rayas gris perla. La tela era tan agradable al tacto que me colgué de su brazo para recorrer los diez metros escasos que había entre el Lincoln y la entrada del bar.

El pestazo que se nos vino encima era como una presencia viva, un anfitrión borracho que abraza a todo el que va llegando a la fiesta. Hero, que había entrado el primero, señaló una mesa del fondo y se apartó. Dos segundos le bastaron para confundirse con la multitud reunida junto a la barra.

Un par de hombres entrados en años que reconocieron a Woody barbotaron un saludo deferente y se quitaron de en medio; aquello parecía sacado de un western de tercera. Forasteros en Dodge City, hombres y mujeres nos medían con la mirada mientras avanzábamos resueltamente hacia el fondo. Woody tenía tan buena facha como siempre: un negro alto, de facciones bien cinceladas, con su elegante ropa hecha a medida. Yo me había esforzado para la ocasión y llevaba una falda larga y una blusa blanca sencilla en lugar de mis pantalones de campana. A pesar de todo, oí a nuestras espaldas: «¿Adónde va con esa hippy?».

Para variar, me había equivocado al vestirme. Maldita sea, qué duros son conmigo los negros. Pero no pierdo la esperanza de dar con un vestuario que mi gente apruebe. Seguí caminando, pisándole los talones a Woody.

Mi tío colocó un taburete justo frente a una mesa a la que estaban sentadas tres personas.

—Quédate aquí, Cass.

Me acomodé entre dos hombres que bebían whiskies acompañados de cervezas Schlitz.

Woody se aproximó al trío que ocupaba la mesa.

—Me llamo Lisle —dijo, y sonó como una amenaza—. Usted es Luther James —añadió, y sonó como una sentencia.

Bajo la camisa de seda verde limón de Nuffy James se adivinaba su pecho escuálido. Aun sentado, se veía que era un tipo enclenque. El vaso de whisky con soda que tenía

delante estaba recién servido, rebosante. Jugeteaba con él con sus bien cuidadas manos.

Las dos mujeres sentadas frente a él fumaban sendos Salem. Una de ellas, la del pelo alisado, enseñó un diente de oro al dirigirle a Woody una sonrisa coqueta. La otra, flaca como un palillo y con un descuidado pelo afro, ni siquiera levantó los ojos.

Nuffy miró a Woody de pies a cabeza y luego sus labios se curvaron ligeramente.

—¿Cómo te va, tío?

—Muy bien, Luther, ¿y tú qué tal?

Nuffy se delató al arrugar la frente con ese gesto distintivo de quienes no tienen demasiadas luces.

—Luther, estoy buscando a una señorita.

Nuffy esbozó una sonrisita y señaló a las dos mujeres con uno de sus largos dedos.

—A otra señorita —dijo Woody—. Lavelle Jackson.

—¿Quién?

—Lavelle Jackson. Una de las prostitutas que trabajan para ti en Forest Street.

Pelo Alisado recogió su tabaco y sus cerillas y se apresuró a levantarse de la mesa. Afro no movió ni un músculo. Hacía todo lo posible por aparentar indiferencia. Pero no se perdía una palabra.

—Lavelle desapareció hace unos días. Su familia está preocupada por ella. ¿Y tú?

—A mí no hay nada que me preocupe, tío. Y mucho menos tú.

—Hará un año largo desde que te pusieron a la sombra por proxenetismo, ¿verdad, Luther?

—Eres un puto madero negro, ¿verdad? —dijo Nuffy.

—No.

—¿No? Pues que te folle un pez.

—¿Qué estás bebiendo, Luther?

—¿Cómo dices?

—Permíteme que te invite a la próxima.

Woody tiró sobre la mesa un billete doblado en dos, delante de Nuffy, y él se lo embolsó a toda prisa sin siquiera mirarlo.

—Así está mejor —dijo, afable, Woody—. Ya que estamos portándonos civilizadamente, ¿por qué no me haces sitio en el asiento?

Nuffy le soltó una risotada en las narices y dijo algo que no alcanzó a oír.

No vi cómo sucedió. Sólo oí el repentino gañido de dolor de Nuffy, y a continuación estaba sujetándose la muñeca derecha con la mano izquierda. Y Woody ya se había sentado a su lado.

—Pídele a tu amiga que nos disculpe un instante, Luther.

Oí el gruñido de protesta de Luther y luego la voz estrangulada con la que enseguida le dijo a Afro que se perdiera. ¿Qué demonios le estaría haciendo Woody por debajo de la mesa? ¿Lo tenía pillado por las pelotas? ¿Estaba encañonándolo con un revólver?

Afro se fue de la mesa a regañadientes y Woody me indicó por señas que ocupara el desgarrado asiento de cuero que había dejado libre.

—Ésta es una auténtica señorita, Luther —dijo Woody—, no una de tus degeneradas

potrancas. Espero que la trates como se merece.

—Hola, Luther —dije como una boba.

—Cass, coge esa servilleta de papel y pásasela al señor James. Se ha herido.

Cogí el húmedo cuadrado de papel que había bajo la botella de cerveza abandonada por Afro y se la tendí a Nuffy. Él se la apretó contra la muñeca y el papel blanco se tiñó al instante de rojo.

Dios, Woody le había pegado un tajo. Me devané los sesos tratando de encontrar otra explicación. No quería reconocer la verdad inapelable. Mi apuesto, paciente y amoroso Woody le había abierto la muñeca a ese sujeto y luego continuaba hablándole como si no pasara nada.

—No hace falta que le diga a un astuto hombre de negocios como tú, Luther, que el tiempo es oro. Pero eso no es todo. El tiempo también puede volverse tu enemigo. Las horas corren en contra de Lavelle. Y ahora tú estás en el mismo barco. Cuanto más se prolonga nuestra charla, más sangre pierdes.

Con la tez teñida de gris por el odio y el pánico, Nuffy se esforzaba en hablar con serenidad.

—Ya te he dicho que no sé nada de lo que le ha pasado a Lavelle.

—Háblame de su clientela fija.

—¿Qué?

—De los clientes habituales, Luther. Los hombres a los que vendías el cuerpo de esa chica. Los tipos que quedaban satisfechos con la compra y querían repetir.

—Lavelle no trabaja para mí, tío. De vez en cuando le busco a alguien, pero sus clientes habituales son suyos.

—¿Cómo por ejemplo?

—Garrick.

—¿Garrick? ¿A quién te refieres? ¿A ese blanco que lleva la ferretería?

—Sí, ése.

No tenía ni idea de quién estaban hablando.

—¿Quién más? —persistió Woody.

—No sé... un par de palurdos negros que viven en Forest, de esos que vinieron del sur. Y otro hijoputa blanco, no sé cómo se llama, he visto a Lavelle un par de veces con él, en su coche.

—¿Qué coche era?

—¿Cómo lo voy a saber yo? —su voz iba subiendo de tono y parecía que en cualquier momento podía ponerse a dar alaridos.

—¿No recuerdas si era claro u oscuro?

A Nuffy le corría el sudor por la cara.

—Oscuro lo vas a ver tú, cabronazo de mierda, la próxima vez. Y si no, al tiempo. Cuando te encuentre, voy a matar...

Se interrumpió con un resuello, lo que me convenció de que mi teoría del apretón de testículos era correcta.

Con un movimiento de cabeza, Woody me indicó que me levantara; luego pegó un

tirón del cuello de la camisa de Nuffy.

Cuando se pusieron de pie comprendí lo que había estado sucediendo fuera del alcance de mi vista. Woody llevaba en la mano la navaja de afeitar de aspecto más perverso que había visto en mi vida. La mantenía apretada contra la cintura de Nuffy. Su rutilante camisa tenía manchurroneos de sangre. El que sangraba era él, pero a mí se me pusieron los ojos en blanco y hubo un instante en que creí que iba a desmayarme.

—Vamos a llevar a dar una vuelta al señor James —dijo Woody mientras nos encaminábamos a buen paso a la salida.

Hero estaba al volante del Lincoln, con el motor encendido. Woody empujó al trémulo Nuffy James al asiento delantero y se deslizó a su lado. Yo me senté detrás, muda.

Aunque estábamos a plena luz, una vez más imaginaba todo en la oscuridad. De las vías elevadas caían en cascada, como bengalas del 4 de Julio, chispas eléctricas blancas. En el aire, alocadas risas femeninas. Una voz de taberna de mala muerte, como decía mi abuela. También oía música, una música antigua. Blues. Un sinuoso solo de trompeta. El tema se llamaba «Honky Tonk». De pronto vi a mi madre bailando con una copa en la mano.

Luego volvió la luz. Pero yo seguía perdida en el pasado, presenciando la escena como una niña. Estaba en Pleasant's, era una de mis excursiones a por helado. Al salir de la tienda, miré hacia la otra acera, donde una ambulancia esperaba frente a los billares. Los camilleros de bata blanca cargaban a un hombre que tenía la cabeza envuelta en vendajes ensangrentados. Era Hero.

El sobresalto bastó para devolverme al tiempo real, al presente. Di un respingo hacia delante mientras Hero se sumergía en el tráfico. Imagino que iba a preguntarle si la visión fugaz que había tenido era real, si de verdad lo habían herido en los billares. Pero la vista de la camisa empapada en sangre de Nuffy James me cortó en seco. Volví a hundirme en el asiento.

Miré por la ventanilla la vieja fachada de ladrillo del bar. El letrero de PUFFO & GENEVA'S estaba primorosamente rotulado con pintura amarilla. Y debajo, entre comillas, «ME GUSTA TAL COMO ES».

De pequeña tenía entendido que cuando un negro se ponía enfermo lo mandaban al hospital del condado de Cook. Por lo que yo sabía, todos los negros de Chicago que no procedían del sur habían nacido en el condado de Cook. Sin embargo, Woody llevó a Nuffy James al hospital Provident. Me quedé observándolos desde el coche mientras mi tío lo hacía pasar por la puerta doble de urgencias.

—¿Hero? —era la primera vez que hablaba desde que me habían presentado a Nuffy en el bar.

—¿Qué?

—¿Sabías tú que Woody tenía eso? ¿La lleva siempre encima?

Me echó un vistazo por el retrovisor y dijo algo entre dientes.

Encendí un cigarrillo y le di otro.

—¿Hero?

—¿Qué?
—¿Ha sido un delincuente tío Woody en algún momento?
—Woody ha sido montones de cosas. La mitad de ellas ni las sé.
—Pero ¿tú que piensas? ¿Piensas que ha estado en la cárcel?
—Woody no me paga para pensar, ¿a que no?
—Hero, quería preguntarte algo.

—¿Qué?
—¿Conocías a Lavelle Jackson?
—No.

—¿Y a June Barker, la conocías?

Otra mirada fugaz de Hero a través del espejo.

—Desde que murió tu abuela, no me enteró mucho de lo que pasa en Forest Street. Pero la casa donde vive June Barker sí la conozco. Eso no significa que vaya por allí.

—¿Tienes novia, Hero?

—¿Por qué me estás preguntando todo esto, Cassandra?

—Sólo por curiosidad.

—No, no tengo novia —se dio la vuelta para mirarme de frente—. Pero ya que estás cotilleando mis cosas, yo también voy a cotillear las tuyas. ¿Y *tu* chico qué?, ¿dónde está?

Me cabreé durante al menos dos segundos. Estaba a punto de contestar: ¿Que dónde está?, pues mira, no es yonqui ni un chico de los recados de cuarenta y tantos tacos, para que te enteres.

Mi irritación infantil se esfumó en el acto. Hero se había limitado a hacerme una pregunta que él consideraba de lo más normal. No pretendía ofenderme ni ponerme en ridículo. ¿Cómo iba a saber que nunca había estado con un hombre?

Tenía razón: estaba entrometiéndome en su vida. Pero sólo porque hacía un momento se me había ocurrido que quizá conociera de primera mano los infectos asuntos en los que andaban enredados algunos vecinos del viejo barrio. A fin de cuentas, el círculo social de Nuffy James no le era tan ajeno. Y se me pasó por la cabeza que, quién sabe, a lo mejor había usado los servicios de Lavelle y no se lo contaba a Woody por pura vergüenza.

—No tengo chico —dije sin más.

—Demasiado liada con los libros, ¿no?

—Sí, justo. Estoy demasiado liada.

No hablamos más hasta que Woody regresó al coche andando a zancadas. Abrió la puerta del copiloto y, antes de sentarse, sacó su descomunal pañuelo blanco y limpió la sangre de Nuffy del asiento. Le oí darle instrucciones a Hero sobre la siguiente parada: regresábamos al viejo barrio. No se volvió a mirarme ni una vez.

Las persianas metálicas del escaparate de la tienda colgaban de las bisagras, arrancadas de cuajo. Cartones y planchas de madera sustituían al cristal. La fachada del edificio había sufrido daños considerables, pero al menos se había salvado del fuego. Centenares de esquirlas de vidrio centelleaban bajo nuestros pies. Me planté junto a Woody y él llamó a la puerta.

Parecía que dentro del local había movimiento. Pero la puerta estaba cerrada.

—Tranquila, Cass. Ten cuidado —me advirtió mientras escudriñábamos la oscuridad.

De pronto, la puerta se abrió hacia dentro con una sacudida y estuvo a punto de tirar a Woody al suelo. En el vano apareció un hombre de constitución mediana y cabello color de arena empuñando un martillo. Woody se enderezó y adoptó una postura de lucha. Cara a cara, con los lomos erizados como dos gatos de Halloween, ambos esperaban a que su adversario iniciara el juego.

Por fin el hombre blanco rompió el compás de espera. Antes de hablar, dirigió una mirada severa a Woody.

—Váyanse a casa, maldita sea. ¿No ven que está cerrado?

Mi tío no cedió terreno.

—No hemos venido a comprar... El señor Garrick, ¿no es así?

El hombre le dirigió una penetrante mirada de perplejidad. Qué fácil me fue reconocer esa mirada. Un desconocido blanco, o una desconocida, se encuentra charlando con una persona negra bien vestida y bienhablada. Los modales de ésta no son en absoluto provocadores ni tampoco deferentes, sólo se nota que está ojo avizor. En la persona blanca esto puede provocar una amplia gama de respuestas, por lo general hostiles.

—Soy Carl Garrick, sí. ¿Qué quiere?

—Me llamo Lisle, señor Garrick. Si me contestara algunas preguntas, me ahorraría mucho tiempo y muchas dificultades.

Garrick chasqueó la lengua con fastidio e hizo ademán de cerrar la puerta.

—Sus dificultades no me interesan.

Woody bloqueó la puerta.

—Hágame caso. Lo digo en serio. Así podríamos evitar que se involucre la policía.

—¿Policía? ¿Qué policía? ¿Quién es usted, un agente de seguros? —preguntó, incrédulo, Garrick.

—No. Actuamos en nombre del señor Clay Jackson, cuya nieta Lavelle ha desaparecido. Tengo entendido que conocía usted a esa joven.

En un instante, Carl Garrick pasó de ser un mortal común y corriente a convertirse en una figura de cera.

—¿Nos podría dedicar unos minutos?

Como no dijo que no, pasamos al interior.

Pero una vez que estuvimos en el local, Garrick recuperó el habla.

—Ahora, explíquemelo otra vez —dijo a la vez que cogía del mostrador una lata grande de Miller High Life—. ¿Quién coño es usted?

Woody dejó la pregunta suspendida en el aire con olor a chamusquina. Su hombro izquierdo dio una sacudida casi imperceptible bajo la camisa.

No, pensé. No, no, no, a menos que haya perdido el seso, no es posible que vaya a sacar la cuchilla. ¿Le va a rebanar el gáznate esta vez? Woody tenía que saber que no saldría impune si rajaba a aquel blanco. «Distinguido hombre de negocios negro jubilado se enfrenta a una cadena perpetua», ése sería el titular de *Banner*.

Volví a respirar cuando Woody bajó la voz hasta el mismo tono de indiferencia que había empleado con Luther James.

—El fuego le ha causado graves pérdidas, según veo, señor Garrick. Pero no dudo que reanudará su negocio enseguida.

—¿Es usted idiota? —Garrick se dejó caer en un taburete de madera—. Esto ya no es un negocio, es un montón de chatarra. Echen un vistazo.

Así lo hice, con precaución. No era fácil ver con un farolillo de hojalata por toda iluminación. Un auténtico muestrario de clavos y tornillos estaba desparramado por el suelo. Distinguí en un rincón la mole de la caja registradora puesta de pie.

—No he salido del todo mal parado —dijo Garrick—. En una ferretería no hay mucho material que la gente quiera llevarse. Por suerte no vendo costillas de cerdo, ¿eh? ¿Han visto cómo han dejado A&P? Es una suerte que no venda televisores y esas cosas, ¿eh? El dueño de una tienda de Cottage Grove, o de algo que antes era una tienda, dice que ahora los aparatos no le duran ni cinco minutos en los estantes. Sólo que a cambio no ingresa ni un centavo —soltó una larga carcajada sarcástica—. Dios mío —masculló—, ay, Dios mío.

Esperamos a que dejara de invocar al Señor. Tardó unos minutos.

—¿Por qué lo han hecho ustedes? —preguntó al final, con voz llorosa.

Woody y yo cruzamos una mirada de desconcierto.

—Tengo que ganarme la vida como todo el mundo, ¿no? —gritó Garrick—. ¿Por qué la han tomado conmigo, eh? Yo no maté a King. ¿Por qué yo?

Imagino que la pregunta era sincera. Parecía hacerla de corazón.

Creí que Woody iba a montar en cólera al ser acusado de saquear la tienducha de aquel blanco. Y porque le exigieran una explicación de los motivos por los que la gente del barrio había desatado el caos después de que asesinaran a MLK. Pero no lo hizo. Una vez más, afrontó la histeria de Garrick con la mayor serenidad.

—La gente de color... nunca se sabe lo que puede hacerlos saltar —dijo, encogiéndose de hombros—. Es una verdadera lástima.

—Yo los he tratado bien —replicó Garrick, sacando pecho—. No tenían ustedes derecho...

No pude soportarlo más.

—¿Y a Lavelle cómo la trataba? —le espeté, poniéndole toda la mala intención que pude—. ¿A ella también la trataba bien? ¿O no hacía falta puesto que le pagaba?

—Pero ¿qué dice? No sabe nada de mi relación con Lavelle.

—No, nada. ¿Por qué no nos lo cuenta usted? Para eso hemos venido.

—No tengo por qué contarles una puñetera mierda. ¿Qué pasa si acepta dinero por... lo que hace? Lavelle me gusta y yo le gusto a ella. Lo demás no es asunto suyo.

—Entonces, ¿le gustaba? ¿No sabrá nada de un anillo de oro que usaba? A lo mejor se lo regaló usted.

—No sé de qué me está hablando. Yo no le he regalado ningún anillo.

—No, ¿cómo se lo iba a regalar? No era más que un frío intercambio de dinero por carne fresca, ¿verdad?

—No diga ni una palabra más sobre nosotros. Pero ¿quién se ha creído que es?

—De eso no tiene que preocuparse, Garrick —terció Woody—. Lo único que nos preocupa es Lavelle Jackson. ¿Cuándo la vio por última vez? ¿Estuvo con usted el martes pasado?

—¿Cómo carajo quieren que sepa lo que pasó el martes pasado? Menudo descaro, venir aquí a someterme al tercer grado. No les diré nada hasta que sepa por qué me lo están preguntando.

—Porque la raptaron en plena calle y desde entonces no se ha tenido noticia de ella. No ha dejado rastro en ninguna parte; empieza a parecer que quizá haya muerto. ¿Le ha quedado claro ahora?

El rubor colérico se borró de golpe del rostro de Garrick.

—¿Es verdad eso? Lavelle está... ¿le ha pasado algo? —preguntó como un niño.

—No tengo motivos para mentirle al respecto —dijo Woody—. Responda la pregunta.

—Puede que la viera el martes —farfulló—, y puede que no. No me acuerdo.

—¿Dónde suele reunirse con ella? —pregunté—, ¿aquí, en la trastienda, en la casa que está calle arriba, o dónde? ¿Les proporcionaba un sitio Luther, su chulo?

—Qué estupidez. No hago tratos con ese cerdo cabeza-afro.

—Entonces, ¿adónde iban?

—No es... Mire, se acabaron las preguntas.

—¿Por qué, señor Garrick? —pregunté—. Creía que le tenía cariño a Lavelle. ¿No quiere ayudarnos a encontrarla?

—A irse al infierno los voy a ayudar. Venirme a mí con amenazas. Como no desaparezcan ahora mismo de mi local, les voy a enseñar quién va a «involucrar» a la policía. ¿Creen que la puta policía les va a escuchar a *ustedes*?

Ahí estaba, la seguridad de sentirse respaldado. El comodín en el que siempre se podía confiar. Y el gran incordio de verse obligado a jugarlo.

—Si esa chica aparece muerta, Garrick —dijo Woody—, ya me encargaré yo de que todo el mundo se entere de lo que hacía con ella. Incluida su familia.

—Ni se atreva a mencionar a mi familia, viejo negro tarado.

—Ha tardado mucho en decirlo. Supongo que se está sintiendo bastante acorralado.

Garrick permaneció en silencio.

—Por un instante ha dado la impresión de que le importaba que Lavelle estuviera viva o muerta —dije—. Ya veo que en realidad no es verdad.

—Fuera de aquí. Los dos. Ahora mismo.

El Lincoln olía a gambas fritas. Woody le había encargado a Hero que se pasara por White's, toda una institución en el Cinturón Negro desde los años treinta. Debió de pensar que una de sus cenas a base de marisco aplacaría a Ivy, que nos esperaba en casa.

No podía menos de plantearme qué habría sucedido si las indagaciones las hubiera hecho Ivy. Por lo menos, Nuffy James estaría más feliz. Todo se habría desarrollado de otra forma si Ivy se hubiese hecho cargo del asunto, eso sin duda. Habría pasado un mal rato con Nuffy y con Garrick. Pero ¿estaríamos volviendo a casa con las manos vacías? Sin contar con las gambas, claro.

Once

Y seguía buscando a Bobby. En los últimos días lo habría llamado como poco treinta mil veces, siempre sin respuesta. En mi caso, localizarme habría sido fácil para cualquiera. Habría bastado con ponerse en contacto con Ivy y Woody. Pero ¿adónde tenía que acudir para que me dieran noticia de Bobby? ¿Quién podía saber si estaba enfermo o en apuros? No se me ocurría nadie salvo sus camaradas de Root.

La madre de Bobby había muerto. Tenía una hermana casada que vivía en Gary, Michigan City o algún sitio por el estilo; una de esas lúgubres ciudades asfixiadas por la pobreza que quedaban a un corto trayecto en coche desde Chicago; pero ni siquiera recordaba su nombre, y mucho menos su apellido de casada. Además, si no me engañaba la memoria, había oído comentar a Bobby que no se llevaba bien con su cuñado.

Yo consideraba a Bobby mi amigo, pero era reservadísimo con su pasado, tanto que lo suyo rayaba en el secretismo. Sabía que tenía alquilada una habitación en Vincennes, en casa de una viuda, con derecho a cocina y teléfono propio. Lo conocí en la cafetería un día en que me sacudí mi reticencia y mis miedos habituales y prácticamente le exigí que me hiciera caso. Fue igual que la atracción que sentí por Owen. Algo en mi interior me decía que era un alma gemela, por mucho que las apariencias indicaran lo contrario. No sé si otras personas han sentido ese flechazo con sus amigos, pero es lo que me pasó a mí.

Avisté a un conocido junto al surtidor de agua del fondo del pasillo, pero no recordaba cómo se llamaba. Esa noche casi no había pegado ojo y mi cerebro reaccionaba con tanta agilidad como un coche viejo en una mañana de febrero.

Era uno de los compañeros de Root de Bobby. Algo metido en carnes, con un pelo afro y una barba bien cuidados, no era ni de lejos tan guapo como Bobby, pero es que pocos hombres estaban a su altura. Llevaba una especie de dashiki⁷ modernizado sobre sus pantalones de pana.

Quise llamarlo a voces, pero su nombre no me venía a la cabeza. Eché a correr hacia él, agitando los brazos como una espástica. No me vio. Y antes de que lo alcanzara, dobló una esquina y se perdió de vista.

Ya que estaba en la facultad, se me ocurrió pasarme a ver a Owen. La puerta de su despacho estaba cerrada y las luces apagadas. A la derecha de la puerta había media docena de notas pegadas a la pared con cinta adhesiva. Una de ellas, firmada por la secretaria del Departamento de Literatura Inglesa, decía que el profesor Kittridge tenía

gripe y sus clases de ese día quedaban canceladas. Me encogí de hombros. Las probabilidades de que estuviera enfermo eran del cincuenta por ciento. También podía ser que una resaca monstruosa le hubiera impedido ir a dar clase. Junto a ese comunicado había otro del profesor Woolsey, diciendo que la fecha tope para entregar los trabajos que había encargado era el viernes.

Woolsey estaba especializado en Melville. Me horrorizaba pensar en el día en que tuviera que asistir a su clase y preparar el ineludible trabajo sobre *Moby Dick*, un libro que ya había tratado de leer media docena de veces. Pero si iba a graduarme con una especialización en literatura inglesa, no había forma de eludirlo.

Melville. ¿Qué me estaba recordando? Melville... Merwin... Marvin. ¿Se llamaba así? No, Marvin no. *Melvin*.

Así se llamaba el amigo de Bobby.

La puerta de la sala de reuniones de Root estaba cerrada y la gruesa cartulina pegada al cristal de la ventana ocultaba por completo el interior. Sacudí el picaporte varias veces y esperé; no hubo suerte.

La cafetería estaba en el entresuelo. Decidí ir a tomarme un café y sentarme a pensar en lo que iba a hacer a continuación. Casi toda la comida que servían era una porquería. Pero tenían un bizcocho de nuez pacana que me volvía loca. Me puse a la cola.

La cocinera que te servía los platos preparados era una morena clara de unos treinta años con una agradable figura bajo su pringoso delantal blanco. Yvonne –pronunciado *Guai-vonne*– reunía en sí una extraña combinación de rasgos. Una mujer de aspecto encantador con un temperamento explosivo y una lengua más sucia que el fondo de un retrete. La había visto echar de allí a imprecación limpia a más de una persona por pedir ensalada de col en lugar de ensalada de patatas. Claro que, cualquier otra tarde, era la melosidad personificada. «¿Qué te apetece hoy, cielo?» o «¿Cómo te van las clases, corazón?», y cosas así. Tan pronto estaba cantando un viejo himno mientras daba la vuelta a las hamburguesas como soltaba un comentario tan subido de tono que habría hecho desmayarse al marqués de Sade. Y aunque comprendía que estaba chiflada, la temía como a un nublado.

Me había zampado medio bizcocho cuando vi que Melvin se sentaba en una mesa del rincón. Recogí mis cosas y me precipité hacia allá.

–¿Dónde está Bobby Vaughan? ¿Le ha pasado algo?

Lo interrumpí justo cuando le hincaba el diente a un sándwich de carne en conserva y pensé que era eso lo que explicaba su gesto de irritación. No estaba preparada para la tremenda agresividad de su voz estrangulada.

–Vete a tomar por culo, gilipollas de mierda.

Eché un vistazo a mi alrededor. No, nadie más lo había oído. Pero daba igual, sus palabras me dejaron clavada al suelo, tan dolida que no podía ni moverme. Hice un esfuerzo para sobreponerme y le pregunté con serenidad:

–¿Por qué demonios me hablas así?

Él fijó la vista al frente y continuó masticando.

No le bastaba con tratarme como a un perro. Ahora iba a fingir que no existía. Dios de

los cielos. ¿Qué había hecho yo para merecer ese odio? Me quedé pasmada unos segundos. ¿Qué habría hecho Ivy en esa situación? Había recursos para manejar a los estúpidos maleducados. ¿Por qué no recordaba ninguno?

Nada, imposible. Así pues, decidí hacer lo que las mujeres llevaban haciendo muchos siglos. Puse los brazos en jarras, eché la cabeza atrás y, más como Yvonne que como Ivy, empecé a lanzar la peor sarta de improperios que logré hilvanar, dando unas voces como para despertar a Herman Melville.

—¡Te estoy hablando a ti, cabronazo! —chillé—. ¿Qué le ha pasado a Bobby?

Melvin saltó de la silla y me agarró por las muñecas.

—¿Estás zumbada, chica? Haz el puñetero favor de sentarte.

—Decídete de una vez, capullo. ¿Quieres que me vaya a tomar por culo o que me siente? Una cosa o la otra, Melvin.

Tiró de mí hacia él, con fuerza. Y cuando traté de soltarme, me lanzó a una silla. Maldita sea, si pensaba que iba a dejar que me zarandeara de esa forma, se equivocaba de medio a medio. Acababan de maltratarme y robarme y no pensaba pasar otra vez por algo similar. Aspiré aire a fondo para lanzar un chillido atroz.

Pero entonces me tocó un resorte. *¡Por favor!*, exclamó, como si conociera el significado de esa expresión.

—¿Qué has dicho?

—Deja de dar gritos, ¡por favor! Nos puede ver cualquiera. No sabes la que se podría armar.

—Suéltame.

Me soltó las manos y permanecimos sentados en silencio, respirando profundamente, hasta que el extasiado público que habíamos atraído perdió interés en nosotros. Entonces ambos echamos una ojeada cautelosa a la sala. Yo no tenía ni puñetera idea de lo que buscaba. Confié en que él lo supiera.

La oficina de Root era un caos impresionante, casi como cualquier sitio habitado por hombres jóvenes. No había por ahí tiradas unas apestosas zapatillas deportivas ni unos suspensorios olvidados, eso no, ni tampoco carteles de modelos medio desnudas. El caos se componía sobre todo de panfletos y cajas atiborradas de opúsculos programáticos mimeografiados y de libros de Fanon y del presidente Mao. Las obras de arte de las paredes estaban protagonizadas por Ali, el Che y Huey.

Melvin se puso a hurgar en el cajón del escritorio hasta que encontró una caja de cerillas. A continuación encendió un porro.

En la cafetería le había otorgado el beneficio de la duda. Accedí a no hacer una escena, sentarme tranquilamente hasta dejar de ser el centro de atención y después seguirlo a la oficina, donde podría contarme lo que quería saber sobre Bobby.

Más o menos, mantuvo su palabra. Me contó lo que a su juicio *debía* saber en lugar de lo que yo quería saber.

—¿Qué quieres decir con que está desempeñando una «misión»? —dije—. ¿Quién te has creído que eres, James Bond?

—Quiero decir precisamente lo que he dicho —bramó—. Está fuera por cuestiones de trabajo y no puede atender a nadie. No hay forma de que hables con él.

—Pero ¿a qué se refería con eso de la trampa? De que a alguien le habían tendido una trampa y lo habían matado. ¿Es peligroso lo que está haciendo?

—¡Baja la voz!

—Vale, vale, pero qué...

—Escúchame bien. No tienes derecho a ninguna explicación porque no estás relacionada con Root, ¿vale? Sólo te estoy contando lo que te estoy contando para que cierres el pico. Los idiotas de clase media os lo tomáis todo como si fuera un juego. Entérate de una vez, nena, de que aquí no estamos jugando. Somos un pueblo oprimido, para que lo sepas.

Tensaba y relajaba las manos, las volvía a tensar y a relajar, como reprimiendo el impulso de cerrar los puños.

—No vuelvas a llamarme idiota.

—Ay, chica...

—Tampoco me llames así. Tengo un nombre: Cassandra.

—Sí, claro —dijo.

Luego se dio la vuelta y rescató del estante que tenía a sus espaldas un trozo de papel. Era la nota que yo le había dejado a Bobby en el tablón de anuncios del Sindicato de Estudiantes Negros. La rasgó en dos y la tiró a la papelera delante de mis narices.

—No vuelvas a dejarle mensajes. El hermano Vaughan te llamará cuando te llame. No vayas por ahí preguntando por él. Y haz el puñetero favor de olvidarte de que hayan matado a nadie. Si no quieres que le pase algo, harás lo que te digo.

—¿Que le pase algo?

—Eso mismo. Y tampoco te vendrá mal protegerte a ti misma.

El miedo y la congoja me encogieron el corazón. Melvin no tenía que preocuparse de que no lo tomara en serio; cualesquiera que fuesen los asuntos a los que se dedicaba Root, desde luego no eran un juego. Pensé en la posibilidad de no ver a Bobby nunca más. Pensé en él, muerto. Y, sin poder contenerme, me eché a llorar.

—¿Qué te pasa? ¿Estás chiflada? —preguntó Melvin—. Solamente te he dicho que está fuera. Está sano y salvo.

—¿Cómo puedo saber que me estás diciendo la verdad? —aduje.

—Maldita sea. Con todas las hermanas a las que conoce Bobby... ¿por qué cuernos se ha enganchado contigo? Sus rollos no suelen ser así.

—No soy ningún puñetero rollo suyo. Soy su amiga. ¿Nunca has oído que a un hombre le guste una mujer tanto si se enrolla con ella como si no?

Melvin no llegó a responder esa pregunta. Se abrió la puerta y entró una chica alta de piel clara, con una camiseta desteñida y una peluca afro naranja. Tenía las facciones marcadas y unos increíbles ojos de mirada penetrante.

—¿Cómo lo llevas, Tanya? —farfulló Melvin.

Ella lo miró y luego desvió la mirada hacia mí y de nuevo hacia él, y se puso a cantar *a capella* una versión grosera de «Who's That Lady?» de los Isley Brothers a la vez que

chasqueaba los dedos.

Buscaba la complicidad de Melvin con sus burlas, pero él se limitó a fruncir el ceño y a aumentar unos centímetros la distancia que nos separaba.

–Ya te ibas, ¿no? –me dijo.

–¿Cuándo tendré noticias...?

–Sí, estupendo –me cortó–. Te llamaremos.

–¿Para qué la vamos a llamar? –preguntó la chica.

Les oí echar el cerrojo tan pronto como salí.

Doce

Durante todo el trayecto de autobús hasta Hyde Park no dejé de preocuparme por Bobby ni de darle vueltas a la forma en que me habían tratado Melvin y aquella chica guapa. ¿Cuándo se me iba a caer por fin el letrero de MACHÁCAME que llevaba colgado del cuello? Bajé la vista y vi que tenía una mancha de grasa en la blusa. Tanto me enfraqué en frotarla que casi me paso de parada.

Tal y como demostraba mi fondo de armario, no era demasiado aficionada a ir de compras. Ivy era otra cosa, a ella le fascinaba. Convertía en una fiesta la compra de un par de medias y un forro de vestido del baratillo. Una legión de empleadas de tiendas de toda la ciudad parecían dedicarse en cuerpo y alma a apartar artículos escogidos en espera de una visita de Ivy.

Por mi parte, yo era la pesadilla de las dependientas. Al final de cada verano, cuando llegábamos a casa después de las vacaciones, sabía lo que me depararían los siguientes días: el suplicio de equiparme de ropa para ir a clase. Desde los sombreros hasta los zapatos, ninguna prenda me quedaba bien. Baste decir que viví como una liberación que los vaqueros acampanados y las camisas holgadas se convirtieran en el uniforme de la juventud del país.

Woody y yo habíamos quedado en recoger a Ivy en la boutique del centro comercial de Hyde Park para una cena temprana en el Tropical Hut. Nosotros llegamos puntuales, pero Ivy se retrasó, lo cual era raro en ella. La dueña de la tienda puso el teléfono a mi disposición. Traté de localizarla en casa sin éxito. Woody empezó a preocuparse cuando pasó una hora larga sin que apareciera.

Decidimos ir al restaurante y esperarla allí. Me abstuve de pedir la acostumbrada cerveza y opté por uno de esos combinados de frutas que son un auténtico bombazo. Woody se tomó un whisky mientras fumaba. Algo iba mal y ambos lo sabíamos.

—No creo que consiga probar bocado, Woody. Vamos a casa —dije.

Mi tío asintió con la cabeza.

Justo cuando llamaba a la camarera para pedirle la cuenta, entró en el local un hombre delgado y se dirigió hacia nuestra mesa. Era Klaus, el informante de Marshall Field's. Lo último que me había dicho era que lo borrara de mi memoria. Entonces, ¿qué hacía ahí? Tenía novedades sobre el caso de Lavelle Jackson, sin duda. Novedades de importancia, pensé, algo muy gordo, de otra forma no vendría con tantas prisas.

No se anduvo con rodeos.

—Se trata de Ivy —se limitó a decir.

Nos llevó en coche al hospital del condado de Cook con la sirena aullando al máximo volumen de su tono más alto.

—He recorrido toda la ciudad buscándoos. Menos mal que vi a Richie en el Lincoln. Me dijo que había llevado el coche a encerar mientras cenabais en el Tropical Hut.

—¿Es grave? —preguntó Woody.

—Está en estado crítico. Un disparo. Estaba en Forest Street arrancando el coche. Recibimos una llamada anónima.

Un estertor de gato medio ahogado salió de los labios de Woody.

Era como si los semáforos aún no se hubiesen inventado. Klaus propulsaba el coche hacia delante, más como una locomotora que como un Chevy.

A Woody le fallaron las piernas durante unos segundos cuando nos apeamos. Estaba medio cegado por las lágrimas. Yo tenía demasiado miedo para hablar. Temblaba como una anciana tratando de enhebrar una aguja.

Ivy estaba en el quirófano y tardaría horas en salir. Cuando logró sobreponerse un poco, Woody hizo un par de llamadas telefónicas. Un antiguo contacto de la alcaldía le iba a enviar a su médico personal para que supervisase la atención que recibía Ivy, y también una enfermera particular para que la cuidase durante la convalecencia. Eso si llegaba a convalecer, de lo cual no teníamos la menor garantía.

Estábamos de pie en el pasillo, sujetándonos mutuamente, cuando llamaron a mi tío por su nombre.

Woody se puso firme. Me soltó la mano. Su expresión de inquietud y pesar se transfiguró en odio. El hombre que se plantó delante de nosotros tenía un extraño parecido con Roy Wilkins, el líder del movimiento por los derechos civiles, sólo que con muchos kilos más encima. Traía un gigantesco ramo de flores de invernadero, aunque no más llamativo que su ancha corbata de seda.

—¿Qué haces aquí? —dijo Woody. Apparently, una pregunta sencilla en lenguaje corriente. Pero esas simples palabras rezumaban inquina y desafío.

—Me he enterado de lo de Ivy, chico. ¿Qué te crees, que he venido a verte a ti?

—Llevas treinta años sin verla y no vas a verla ahora, ¿me oyes? Piérdete de vista ahora mismo con tus puñeteras flores.

El desconocido lanzó un bufido.

—Sigues siendo el hombre de hierro, ¿eh? Sigues creyendo que puedes cantarle las cuarenta a cualquier negro de Chicago. ¿Por qué no te bajas de la moto, Woody? Te has hecho viejo, y yo también. Esas gilipolleces son cosas del pasado —en ese momento fijó la vista en mí, acercó la mano a su suavísimo sombrero flexible y añadió—: Discúlpeme, joven.

—Por mucho que te disfraces de dandy de Nueva Orleans y vayas por ahí en un cochazo contando fajos de dinero —dijo Woody—, sigues teniendo mugre en el cuello, Waddell. Sigues siendo un asqueroso matón a quien no le importa nadie aparte de sí mismo.

—Hay que ver cómo te pones, Woody. ¿Acaso te has olvidado de dónde has salido tú, negro? ¿Te crees mejor que yo? ¿No sabes que si me hubieras hablado así en los viejos

tiempos te habría rebanado el pescuezo y te habría pegado tres tiros antes de que cayeras al suelo?

Los miraba a los dos atónita, boquiabierta. ¿Qué estaba pasando, en nombre del cielo? ¿Quién era aquel hombre?

—Cass, aléjate de este cerdo —dijo Woody bruscamente—. Ve a sentarte a otra parte. No quiero que se te acerque. Basta con que toque a una mujer para que la desgracie.

Reculé, pero de ningún modo pensaba irme. Justo en ese momento, qué va.

De pronto, el tal Waddell se puso conciliador.

—Vamos, Woody, mira, ya te he dicho que no tenemos edad para estas cosas. Tú debes pensar en Ivy. Sólo he venido a decirte que he descubierto quién le disparó, y ahí se acaba la historia. Ya no está con nosotros, da igual quién fuera. Ha muerto.

—No te preocupes por eso, que es asunto mío. Ni tampoco por mi mujer. Llegas con unos treinta años de retraso para preocuparte por ella.

Conque era eso. Aquel sujeto había sido el rival amoroso de Woody. Pero por mucho que Ivy fuese el quid de la cuestión, algo más tenía que haber ocurrido para explicar el desaforado odio que a todas luces aún sentían el uno por el otro. Más historias del pasado de las que yo no sabía nada. Más secretos. A veces tenía la impresión de que ni un solo personaje de mi historia familiar era lo que aparentaba ser.

En ese momento apareció por el pasillo uno de los cirujanos. Se dirigía hacia nosotros. Esto puso fin a la confrontación de Woody con aquel hombre.

—¿Señor Lisle? —preguntó el doctor.

Nos quedamos en vilo, pendientes de sus labios.

—¿Ha muerto? ¿Ha muerto? —preguntó Woody lastimeramente.

—No, pero hemos de estar preparados para esa posibilidad.

Mi tío Woody, tan fuerte y orgulloso, se desplomó contra la pared, llorando como un niño. El médico continuó hablando con él unos minutos y luego se fue por donde había venido.

Ni me atrevía a mirar a Woody a la cara; mantenía la vista apartada de él. Cuando al fin levanté los ojos, él estaba enjugándose los suyos. Y su viejo enemigo había desaparecido.

Bueno, ya lo sabíamos. Probablemente Ivy no iba a salir adelante. Sólo quedaba esperar. Entramos en la sala de visitas.

Woody estaba medio fuera de sí. Comprendí que habría necesitado a su lado a una adulta en lugar de a una chiquilla. Y traté de serlo. Pero no di la talla. No había pasado ni una hora cuando me vine abajo. Me puse a gemir a gritos y a balancearme. Woody no conseguía hacerme callar.

—Es culpa mía —gritaba una y otra vez—. Todo por mi culpa. Tú no querías saber nada de esto y yo te obligué. Os obligué a los dos a implicaros.

Me aseguró que no era responsabilidad mía lo que le había sucedido a Ivy, pero sin gran fuerza de convicción. ¿De dónde la iba a sacar? Aquello era el resultado de nuestras idas y venidas metiendo las narices en todo, interrogando a la gente sobre Lavelle, recurriendo a amenazas. Woody lo sabía tan bien como yo.

Me daba la impresión de que estaba girando como un trompo y saldría despedida hacia el espacio si alguien no me sujetaba. Ambos llorábamos desconsoladamente.

—No puedo —dije al fin.

Woody me tenía abrazada.

—¿Qué es lo que no puedes, Cass?

—No puedo aguantarlo más. No puedo quedarme aquí... cuando tendría que dejaros en paz para siempre. No deberíais haberme recogido. Soy una maldición, Woody.

—Deja de decir sandeces, hija.

—¡No! —me sacudí sus brazos de encima—. Tú quédate con Ivy. Yo no puedo. No puedo. Quiero morirme.

Me largué, crucé como una exhalación el pasillo y la sala de urgencias y salí a la noche. Pasé entre el tráfico de la calle. Y no dejé de correr hasta que me falló la respiración. Para entonces ya casi había llegado al Loop.

En Chicago, a veces los pies se te quedan tan fríos en invierno, tan helados, que apenas puedes caminar. Es como si llevaras puestos los zapatos de Frankenstein. En esos momentos no sentía ningún frío. La temperatura era suave. Sin embargo, al llegar a Roosevelt Road adopté los andares de Frankenstein. Aunque estaba desfondada, continué avanzando como pude. Supongo que esperaba a que mi corazón también fallara. Lo mejor sería explotar. O morir mientras caminaba y que por la mañana me barriesen junto al resto de la basura que no permiten ver a los turistas en North Michigan Avenue.

Tenía el parque Grant a la derecha. La Universidad Debs a la izquierda. Entré en el edificio. El vigilante de servicio me conocía. Era un entrañable anciano negro con el uniforme descolorido a quien nunca veías sin su transistor. Me dio las buenas noches y creo que ni le devolví el saludo. Los acordes del último éxito de Engelbert Humperdinck me siguieron hasta la cafetería, que estaba cerrada. Pero la biblioteca aún estaba abierta. La rodeé y me dirigí al despacho de Owen por si daba la remota casualidad de que se hubiera quedado a trabajar hasta tarde. Como era de esperar, estaba cerrado.

Me senté ahí al lado, en las escaleras, y di rienda suelta a toda la tristeza que llevaba dentro. Lloraba porque me sentía culpable y sola, y porque me odiaba a mí misma; porque sabía que todos los golpes de mala suerte y los abandonos que había sufrido a lo largo de la vida eran culpa mía. Detestaba mi piel; detestaba al fantasma que era mi padre y a la mujer ausente que me había traído al mundo. Sollocé y sollocé hasta que se me agotaron las lágrimas. Puede que además de sollozar rezase un poquito. Al final, me quedé agotada.

Conseguí levantarme. Llevaba todo el día sin probar bocado, sólo me había tomado el zumo de frutas del Tropical Hut. Tenía la sensación de que mi estómago se devoraba a sí mismo. Junto a las puertas cerradas de la cafetería había una máquina expendedora de refrescos y otra de golosinas. Me planté frente a una de ellas, mirándola fijamente. Y caí en la cuenta de que no llevaba dinero suelto. Así pues, traté de saborear con la vista los Milky Ways, los frutos secos salados y las Pepsis bajas en calorías.

—¿Y ahora qué te pasa?

Del susto me derrumbé sobre la máquina.

—¿Estás mal? —me preguntó. Era Melvin, el compañero de Root de Bobby.

—Tengo hambre —logré articular. Y antes de que pudiera impedírmelo, o yo misma lo evitara, me arrojé en sus brazos, llorando a mares de nuevo.

Melvin me ayudó a cruzar el umbral de la oficina de Root. Iba colgada de él como si de ello dependiera mi vida, con la cabeza reclinada en su axila, que desprendía un leve olor acre. No un pestazo, no, sólo era la salobridad acumulada a lo largo del día.

En la oficina no había más que una botella de agua tibia y nada para hincar el diente. Bebí ávidamente. A continuación, Melvin me dio un porro y me dejó que fumara tranquilamente mientras iba a traerme una bolsa de cacahuetes y un poco de papel de cocina previamente humedecido con agua fría.

Una vez que me hube tranquilizado, se sentó a mi lado en el viejo sofá. Aún no me había terminado el porro. Me cogió la mano, volvió la palma hacia su cara y dio una profunda calada, pegando los labios a mis dedos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —dije, pero aparté la vista, avergonzada.

Puso las manos sobre mis mejillas y me giró la cabeza hacia él.

Vaya, otra vez la misma historia. Por puro empeño en realizar mis deseos, había tomado por asalto a un desconocido, obligándolo a hacer amistad conmigo. *La bondad de los desconocidos*, pensé, y hasta lo dije en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó.

—Da igual.

Entonces me dio un beso, de tornillo, y me atrajo más hacia sí. Hasta que me desabrochó el sujetador no caí en la cuenta de que estaba sucediendo algo trascendental. El primer beso... al menos de ese tipo. La primera vez que abrazaba a un hombre con ese abandono.

Mi cuerpo deforme me avergonzaba. Le pedí que apagase la luz del techo. Quedamos frente a frente, desnudos, bajo la tenue luz de la lámpara del escritorio. Más besos, y él guiándome las manos mientras le tocaba.

—Tengo que decirte una cosa —anuncié, apartándome de él.

—¿Qué?

—Nunca... soy... quizá no quieras enrollarte conmigo. Es la primera vez que tengo relaciones sexuales.

—No es posible.

—Lo siento. Por lo visto, a algunos hombres les gusta eso —dije— y a otros no.

Melvin me sorprendió en todos los frentes. Habría dicho que era el tipo de tío al que *no* le gustaba estar con una virgen. Pensaba que apenas dedicaría tiempo a los preliminares. Y jamás habría previsto que pudiera ser tan cariñoso. La vida sonreía una vez más a Cassandra, la pequeña gafe que todo lo hacía al revés. Ni doce horas habían pasado desde que Melvin cayó sobre mí como un azote y prácticamente llegamos a las manos. Y ahora estaba tomándome con una ternura inmensa, aún mayor que la de mis

viejas fantasías protagonizadas por Bobby.

Después de hacer el amor, me tapó con una capa de lluvia que encontró en un cajón del escritorio. Luego me tuvo abrazada mientras le contaba el horror que me había llevado a la universidad esa noche. Me tranquilizó cuando volvió a acometerme la inquietud y siguió abrazándome mientras dormía un rato.

Me despertó también con mucha dulzura. Apenas daba crédito a lo que me hacía sentir con tan sólo unas caricias de sus dedos.

—Quiero que me digas una cosa —dije al cabo de un rato—. Te prometo que no voy a ponerme pesada preguntándote por Bobby. Sólo quiero saber por qué no te caía bien. Me refiero a antes. Como cuando nos cruzábamos en el pasillo, o esa vez en que estabais mandando cosas al sur y yo traje un montón de latas de comida a la oficina. Sin conocerme de nada, me trataste como si fuese gilipollas.

Tal vez confiaba en que olvidase la pregunta si seguía comiendo cacahuets como si nada un buen rato. Pero yo me mantuve a la espera.

—Mira, Cassandra —dijo al fin—, no eres como yo.

—¿A qué te refieres?

—A todo, todo lo relacionado contigo. Hablas de otra manera. Te portas de otra manera. Casi como si quisieras ser blanca o algo así. No estás en la lucha como nosotros. No estás con los negros de la calle como nosotros. Así de sencillo.

—¿Por qué? ¿Sólo porque no llevo el uniforme? ¿Sabes cuántas personas se dejan el pelo natural y hablan en jerga pero no mueven un dedo en su vida para ayudar a los demás? ¿Qué te has creído? ¿Que sólo con ponerse un dashiki ya no se es un farsante? ¿En eso consiste... en la ropa que lleves?

—Oye, oye, tranquila. No he dicho nada de eso. Sé distinguir a los que se tiran el pegote de la gente auténtica. Ésos no engañan a nadie. Sólo te estoy diciendo que crees haber encontrado una forma decente de actuar en el mundo y que va a servir para algo. Y yo te digo que no, nena, para nada.

—Entonces, para hacer algo que valga la pena tendría que ser como vosotros, ¿no es eso? Bobby y tú vais a matar o a que os maten... a caer en trampas... y tengo que pensar que eso es lo suyo.

—Oye, que no hemos sido nosotros los que hemos declarado la guerra al hombre blanco. Él nos la ha declarado a nosotros. O le plantamos cara a este hijo de puta o no, así es como lo vemos. No hay mucho más que hablar.

Mentira, yo tenía muchas cosas que decir. Pero no lo hice; para variar, mantuve la boca cerrada. Me quedé allí tendida, imaginándonos como protagonistas de un absurdo *remake* de una película de la Segunda Guerra Mundial, sólo que con un reparto exclusivamente de negros. Justo antes de zarpar, el soldado pasa una noche de amor con la vecina. Unos días después, no lo mandan al Pacífico sino a la esquina de la calle Sesenta y Tres con Cottage Grove, y en lugar de japoneses, mata a blancos de mierda con una pistola a presión. En la última secuencia, un poli de Chicago con gafas negras reflectantes le pega un tiro en la cabeza.

La universidad cerraba a las once. En los quince minutos que quedaban nos vestimos y

fumamos un cigarrillo.

—¿Dónde vives? —me preguntó después de cerrar con llave.

—En Hyde Park.

—¿Tu familia tiene pasta?

—Más o menos —respondí—. Pero ahora mismo no puedo ir a casa. No puedo enfrentarme a mi tío.

—A algún sitio tendrás que ir. A mi casa no te puedo llevar.

—¿Por qué no? ¿Dónde vives?

No respondió.

Ah. Vivía con su novia. O tal vez con su mujer. O tal vez era el rollo patatero de su secretismo.

—¿Sigues teniendo hambre? —Sí.

—Me gustaría echarte una mano, pero estoy sin blanca. A lo máximo que llego es a pagarte el transporte. ¿Qué vas a hacer?

—Sin problemas. Pasaré la noche en casa de un amigo.

Nos separamos a la entrada. Él echó a andar en dirección a State Street. Yo me quedé plantada en Michigan Avenue cinco minutos de reloj, indecisa. Al final crucé la avenida para coger un autobús.

Llamé al profesor Kittridge desde la cabina telefónica de la esquina.

—¿Owen, es verdad que tienes la gripe? —le pregunté a modo de saludo.

—¿Quién es?

—Cassandra.

—¿Dónde estás? Te noto rara la voz.

—Necesito un sitio para quedarme, sólo esta noche.

—Voy a recogerte.

—No hace falta, estoy cerca.

El lugar donde vivía Owen no tenía nada de especial. Era el típico barrio blanco del North Side. Familias trabajadoras codo con codo con estudiantes que compartían piso, matrimonios jóvenes, artistas, profesores mal pagados. Había sucursales bancarias, cafeterías y supermercados convenientemente ubicados. Los vecinos recibían en casa el correo postal y las calles se barrían, los portales de los edificios estaban limpios y bien iluminados. En resumen, un abismo lo separaba de la mayoría de los barrios del West Side y el South Side.

En la estrictamente segregada ciudad de Chicago, la técnica inmobiliaria de lograr que los blancos vendieran a toda prisa sus propiedades al sentirse amenazados por nuevos vecinos negros funcionaba con una eficiencia pasmosa. Fuimos testigos de cómo un barrio entero pasaba de estar habitado por blancos a ser exclusivamente negro en menos de sesenta días. Juzgado con cualquier criterio racional, un barrio obrero blanco era un lugar perfectamente aceptable y normal para vivir. En los años sesenta, la comunidad prototípica de trabajadores negros se había convertido en una especie de torbellino de violencia y dejadez con unos servicios municipales demencialmente chapuceros cuando

no inexistentes.

Llamé al timbre donde ponía «Kittridge». Ésa era otra cosa que rara vez se encontraba en una comunidad negra pobre: un timbre que funcionase.

Nada más que un par de limas y media lata de sopa Campbell semiputrefacta en la nevera de Owen. Me encargó una pizza. No sabía de qué era y me daba absolutamente igual. Bebí una Coca-Cola detrás de otra mientras él tomaba vino tinto.

—Tu tío debe de estar preocupado por ti —dijo una vez que le hube contado lo de Ivy y la espantada que había pegado en el hospital.

—Sí, lo sé. Si Ivy muere, tendré que dejar los estudios y buscarme la vida.

—¿Cómo que dejar los estudios?

—No tendré más remedio. Qué sé yo. Quizá pueda apuntarme a las clases nocturnas.

—La cosa no llegará a tanto, estoy convencido.

—¿Por qué no? Miles de personas lo hacen. ¿Por qué iba a ser yo diferente?

—Porque eres una estudiante excelente y si no estudias a tiempo completo no podrás optar a la beca McConwill.

Me encogí de hombros.

—Pues no optaré.

—¿Vas a tirar así la toalla? ¿Ya no estás interesada en ir a Inglaterra?

Interesada no era la palabra. Hasta el momento en que el poli nos dijo que habían abatido a tiros a Ivy, si me hubieran concedido la beca McConwill habría saltado hasta el techo de alegría. Un año en Inglaterra con todos los gastos pagados. Habría sido la oportunidad de vivir en Europa, y tal vez incluso de conocer París.

Pero ya nada era igual. El detective Klaus lo había transformado todo al entrar en el restaurante.

—Ha sido una especie de presagio —dije—. Que hayan herido a Ivy, y que tal vez muera, ya es de por sí bastante espantoso. Pero significa algo más. Para mí. Es una señal de que no estaba predestinada a lograr lo que quería en la vida. Una señal de que estaba predestinada a quedarme sola... de que les jodo la vida a los demás cuando trato de modificar algo que obviamente tiene que ser como es.

—Estás diciendo estupideces, amiga mía —me cortó Owen—. Estás cansada y triste. Nada más que eso.

—Y me siento culpable.

—¿No me has oído? No dices más que estupideces. Cállate ya y a la cama. La manta está en el armario del vestíbulo.

—Y hay algo más, Owen.

—¿Qué?

—He echado un polvo.

—¿Esta noche? ¿Ha sido esta noche?

—Sí. Más o menos obligué a un tal Melvin a desvirgarme.

Por lo visto, Owen no acababa de asimilar lo que le había dicho. Es más, parecía horrorizado.

—Bueno —dijo al final—, a dormir —y se encaminó a su dormitorio.

—Un momento —le pedí.

Se dio la vuelta, todavía con una expresión sombría.

—¿Te has cabreado conmigo, Owen?

—No. Claro que no.

—Mira, los dos sabemos que si fuera guapa, o Bobby o tú os habríais acostado conmigo hace mucho.

—No, no, por favor. No digas nada más ahora. Vamos a dejarlo para otro momento.

—Está bien.

Pero no estaba bien. Me tumbé en el sofá, resistiéndome al sueño. Me venció.

Trece

Supuse que si la telefonista del hospital me pasaba con la habitación era porque Ivy no estaba muerta. No iban a asignarle un número de teléfono a una paciente difunta.

Respondió Woody. Pasaron varios segundos sin que le dijera nada.

—¿Cass, eres tú? —Sí.

—¿Dónde estás, pequeña?

—En casa de mi profesor.

—¿Dónde? Mandaré a Hero a recogerte.

—¿Cómo está?

—Mal. Pero no hay que perder la esperanza. Dame la dirección.

—No, estoy muy al norte. Tardaré menos en el elevado.

—Ven derecha al hospital, ¿me oyes? Si encuentras un taxi, cógelo.

—Sí, señor.

—¿Estás bien, cielo? —Sí.

Habría llorado de alivio. Ivy seguía viva y Woody no me odiaba.

Owen preparó un café deleznable. Me tomé una taza y me puse en marcha.

—Vuelve por aquí siempre que lo necesites —me dijo desde lo alto de las escaleras. — Gracias. —¡Cassandra! Alcé la vista.

—Nada. Sólo que me hagas saber qué tal sigues.

—Lo siento, Woody.

—Ya lo sé, cariño.

Mi tío abuelo me retiró el pelo de la cara. Debía de estar hecha un espantajo. Sus hermosos dedos, como largos habanos, se detuvieron en mi frente.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Se la llevaron otra vez al quirófano. Debían comprobar el motivo de una hemorragia que tuvo anoche.

—¿O sea que está peor?

—No creo. La tienen en cuidados intensivos hasta que se recupere. Luego la bajarán a la habitación.

No hubo forma humana de convencer a Woody de que se fuera a casa a descansar un rato; aunque sobre las tres de la tarde juntó dos sillas y se estiró. Al cabo de unos minutos estaba dormido.

Bajé entonces al puesto de periódicos para comprar el *New Yorker*. No lo tenían. Me

conformé con *Ebony* y *Ellery Queen*. Al salir de la tienda pasé junto al expositor en el que estaban los ejemplares de *Jet*, una revista que no había sido capaz de hojear desde que tenía seis o siete años. En aquel entonces ya sabía leer y encontré un *Jet* en el cuarto de estar de la casa de mi abuela. En él me topé con una fotografía del asesinato de Emmett Till en todo su horror. Cada vez que miro la portada de esa revista veo dentro de mí su cráneo aplastado. Oigo sus espeluznantes alaridos de agonía. Y en mi cabeza se agolpan imágenes de sus torturadores: bocas húmedas, semblantes congestionados. Desde entonces, Mississippi ha sido eso para mí.

No habían bajado a Ivy a la habitación. Decidieron dejarla todo el día en cuidados intensivos. Estuve leyendo, mendigué un café en el mostrador de enfermeras, recorrí los pasillos del hospital, y de vez en cuando salía al aparcamiento a fumar.

A las siete de la tarde, Woody se ablandó y dijo que a los dos nos convenía dormir bien esa noche. Pero antes le pediría a Hero que nos llevara a cenar algo caliente a algún sitio.

Nos decidimos por Shorty's, en la calle Cuarenta y Tres, legendario por su pollo asado y sus panecillos. Hero declinó la invitación de Woody a cenar con nosotros. Lo dejamos en el Lincoln, leyendo mi ejemplar de *Ebony*.

—Woody —empecé a decir cautelosamente mientras esperábamos a que nos sirvieran los ponches de melocotón—, tal vez no sea el momento oportuno...

—No sigas, cielo —me interrumpió—, ya sé lo que vas a decir. Quieres preguntarme sobre Henry Waddell. Siento que haya sucedido eso delante de ti.

—No te preocupes. Pero ¿quién es? ¿Es peligroso?

Woody tardó un rato en responder.

—Sí —dijo sin rodeos.

—¿A qué venía toda esa historia de lo que pasó hace treinta años? ¿Estaba interesado en Ivy al mismo tiempo que tú?

No hubo respuesta.

—¿Fue novio suyo?

—No voy a hablar de eso. No tienes por qué enterarte.

—De acuerdo. Eso no es de mi incumbencia. Pero dime si es peligroso. Era un granuja, ¿verdad?

—Sí, eso mismo. Y lo sigue siendo. En aquel entonces tuvimos muchas enganchadas. Lo raro es que uno de los dos no matara al otro.

—¿Y tú? ¿En qué andabas metido? ¿En la lotería ilegal o algo así?

—Eres muy joven, Cassandra. No puedes ni imaginar lo difícil que lo tenía un negro para sobrevivir en esta ciudad hace cuarenta años. No me siento orgulloso de todo lo que hice, pero jamás me propuse dañar a nadie como hacía Henry Waddell. Nunca provoqué esas tragedias que él fomenta con la droga. Nunca le chupé la sangre a la pobre gente con préstamos abusivos como los suyos. Ahora somos un par de viejos, ya lo ha dicho él, y lo pasado, pasado está. No pienso contarte mucho más, Daisy Mae. Ya conoces el dicho: La curiosidad mató al gato.

—Pero puede que algún día me cuentes algo más, ¿verdad? Si no tú, quizá Ivy.

—Acábate la tarta, Cass. Tenemos que dormir un poco.

Una vez terminada la cena, pasamos por el mostrador de comida para llevar y le compramos una ración de pollo frito a Hero, que seguía aparcado en la esquina. Woody me pasó paternalmente el brazo por los hombros. Íbamos hablando del tantas veces aplazado viaje a Ghana que le gustaría hacer a Ivy cuando dos tipos surgieron de la nada.

Hero salió precipitadamente del Lincoln al oír mi alarido.

Uno de los hombres me derribó de un puñetazo. El otro llevaba un bate de béisbol y su objetivo era la cabeza de Woody. Mi tío tuvo buenos reflejos y detuvo el golpe, pero perdió el equilibrio y reuló dando tumbos. Para entonces ya había llegado Hero, que se lanzó sobre el hombretón del bate por detrás. Oí crujidos de huesos y el gigantón cayó al suelo todo deslavazado. Hero le había partido el cuello.

Su compañero me puso de pie de un tirón y me utilizó de escudo para retirarse.

—Quítale las manos de encima a la chica, negro de mierda —bramó Woody, y se abalanzó sobre nosotros; la hoja de su navaja destellaba como una moneda recién acuñada.

—No te acerques, cabrón —le ordenó el tipo, y en ese momento percibí por el rabillo del ojo el resplandor de su navaja—, o le rajo el culo.

Woody se quedó paralizado.

—Atrévete y eres hombre muerto.

Había logrado distraer al agresor el tiempo suficiente para que Hero actuara. Caí a plomo y el cascajo del pavimento se me incrustó en las rodillas. Hero y el hombre se peleaban por la navaja como un par de borrachos bailando un vals. Entonces intervino Woody, pero era demasiado tarde. Vimos que el tipo apartaba a Hero lo suficiente para clavarle la navaja en el pecho. Hero se desplomó. Y el hombre echó a correr. A la velocidad que iba, jamás le habría dado alcance, y no digamos ya Woody.

Dos hombres yacían en la calle.

El último reguero rojo de vida salía de los labios de tío Hero mientras su corazón y sus extremidades se relajaban para el largo vuelo que iba a emprender. Pero el negro musculoso —el mismo que me había asaltado en las vías del tren— era como si estuviese muerto desde siempre.

Me puse a gemir y a chillar como en una pesadilla y corrí a ciegas hacia la zona iluminada más próxima.

Catorce

No tenía mujer ni se le conocían hijos, novia o amigos. ¿De dónde salía entonces toda aquella gente doliente? Supongo que los funerales funcionan como un imán para los negros.

Hero era un ex marine que se había hundido en la drogadicción. Sus posibilidades en la vida, sus contactos sociales, su capacidad de vivir, amar y trabajar se fueron atrofiando hasta que se volvió prácticamente invisible. Era uno más entre un millón de tipos como él. Los vecinos del barrio que no querían saber nada de ellos mientras estaban vivos se presentaban en su funeral derrochando lágrimas y palabrería; por respeto a los padres, o quizá porque recordaban lo encantadores que eran de críos esos don nadie, y sobre todo por lo mucho que les habían querido sus madres.

Yo había decidido firmemente no tener hijos jamás, y menos, varones. Me angustiaba imaginar que criaba a un niño para luego ver cómo se metía en una banda de delincuentes, acababa entre rejas, moría en la trena. ¿Cómo lo podían soportar tantas y tantas mujeres desdichadas de Chicago?

El salón velatorio estaba casi lleno. Desde luego, la ocasión había tenido mucho más poder de convocatoria que la reunión anual de los Lisle, donde empezó todo el embrollo. El anciano Clay Jackson, afable y frágil, le había pedido a Hero que lo pusiera en contacto con Woody para pedirle consejo sobre la desaparición de su nieta Lavelle. Una petición muy sencilla, pero había que ver adónde nos había llevado: Hero, muerto; Ivy, con las entrañas destrozadas de un balazo; y yo ya no era virgen.

Woody estaba mucho más afectado de lo que yo habría previsto. Lloraba y lloraba tras su gran pañuelo blanco. Puede que las lágrimas no fueran sólo por su sobrino. Tal vez también las derramaba por Ivy. Debía de tener presente, a buen seguro, que quizá tuviéramos que volver a reunirnos allí dentro de poco para despedir a Ivy.

No habría entierro. A Hero lo iban a incinerar.

Cuando los asistentes desfilaban hacia fuera al final del velorio, divisé a June Barker. Tenía la vista puesta en nosotros, pero al cruzarse nuestras miradas apartó los ojos y aceleró el paso.

June había estado antipática el día en que Ivy y yo nos presentamos en su casa. Una mujer como Ivy, con pinta de asidua a clubes de señoras, no era lo mejor para un negocio de prostitución, desde luego; pero no fue ése el único motivo por el que June había querido librarse de nosotras cuanto antes. Me dio la sensación de que sabía más de lo que decía. Y ahora que las cosas estaban al rojo vivo, tendría aún menos ganas si cabe

de colaborar. Ya no sólo se trataba de la desaparición de Lavelle. Los cadáveres se iban amontonando. Después de que hiriesen a Ivy, Jack Klaus había citado a varios vecinos de Forest Street para interrogarlos, incluida June, pero no le sacó nada.

Estaba dispuesta a exponerme a las iras de June; me figuraba que no se pondría demasiado grosera conmigo en el funeral de un pariente. Pero cuando logré abrirme paso entre el gentío que se interponía en mi camino, ya había desaparecido. Vi a mi tío rodeado de un corrillo de personas que le daban el pésame y, suponiendo que no le vendría mal un rescate, volví hacia él sorteando a la gente.

Por nada del mundo habría consentido Woody que un sacerdote oficiara el funeral de Hero. Muchos de los asistentes debieron de sentirse defraudados porque les dejaran sin sermón. Y sin la oportunidad de sollozar y lamentarse a gritos. Aunque quizá se resarcirían de haberse quedado sin esa vía de escape con las copas gratis y el condumio casero. Uno de los primos de Woody iba a recibirlos en su casa, en Altgeld Gardens. Era un barrio de edificios de dos plantas con pisos de renta baja en la periferia de la ciudad, un experimento de viviendas protegidas que había funcionado mal, metamorfoseándose con el tiempo en una pesadilla del mismo calibre que las Robert Taylor Homes.

Sea como fuere, Woody y yo excusamos nuestra presencia. Queríamos ir al hospital para ver cómo seguía Ivy.

Estaba del color de una galleta marinera, pero seguía viva. Viva y semidespierta, lo suficiente para darnos a entender que estaba consternada por tener enchufados todos aquellos tubos, cables y monitores. Le estaba haciendo una desfallecida y extraña pantomima a la enfermera que tenía a su servicio las veinticuatro horas.

—Tiene sed —nos explicó la mujer.

Le fui dando pedacitos de hielo mientras Woody sostenía su pobre manita y la miraba a los ojos. Mi tío tenía el rostro bañado en lágrimas. No era de extrañar. Jamás había visto a nadie en tal estado, a nadie que estuviera vivo, me refiero.

Cuántas cosas le quería decir. Barboteé una oración rogando que llegara la oportunidad de decírselas. Quería hablarle de Melvin y de mí. En circunstancias normales, seguramente no habría hecho falta que se lo contara. Con su vista de águila, Ivy habría percibido la transformación de mi vida. Quería hablarle de Hero, no de su muerte, que de momento le ocultábamos, como es natural, sino de su vida. Él también formaba parte de la bruma que cubría mi infancia. Y quería que me hablara de mi madre, que respondiera a las preguntas que llevaba eludiendo diez años.

Ivy trató de mantenerse despierta para hacernos la visita, pero el esfuerzo la superó. Justo antes de volver a hundirse en el sueño, le dijo algo a la enfermera con voz ronca, y ella asintió con la cabeza.

—Sí, señora, ahora se lo digo. Usted descanse.

—¿Qué nos tiene que decir? —pregunté—. ¿A qué se refería?

—Esta mañana, la señora Lisle se ha puesto nerviosísima. No estoy segura de lo que pretendía decir ni de lo que significa. Quería que les comunicara algo sobre no sé qué arcilla. La entendía con dificultad. Pero tenía mucho interés en que les dijera que la

pistola de casa estaba manchada de arcilla, o tal vez que la pistola se había perdido en el barro. Algo por el estilo.

Woody lo comprendió en el acto, y yo también. Ivy nos estaba diciendo que Clay⁸ Jackson estaba relacionado de algún modo con la agresión a tiros.

Sin darme tiempo a comentar nada, Woody salió a toda velocidad por la puerta.

—¡Espera un momento, haz el favor! —nunca le había hablado a Woody en ese tono—. ¡Sólo un instante! —le supliqué—. Lo que nos ha dicho la enfermera no tiene ni pies ni cabeza. A lo mejor lo oyó mal. O puede que Ivy estuviera delirando. No podemos irrumpir en su casa y lincharlo.

Por lo visto, esto le hizo recapacitar. La sangre empezó a retirarse de sus ojos.

—Además —continué—, no olvides lo que te dijo Jack Klaus. La policía supone que quien disparó contra Ivy fue uno de los dos tipos que nos agredieron a nosotros. Parece lógico, ¿no? Estos idiotas que vienen continuamente a por nosotros: el que me dio una paliza bajo las vías del elevado, el que mató a Hero, el que hirió a Ivy, todos deben de estar conectados de alguna manera. Pero no con Clay Jackson, ¿no crees?

—Tienes razón, Cass. Pero voy a averiguar lo que significa este galimatías. Sea lo que sea. Y si Clay ha tenido algo que ver con lo sucedido, que Dios se apiade de él.

Aunque parecía haber atendido a mi exhortación a la prudencia, tan pronto como llegamos al edificio donde vivía Clay Jackson, Woody volvió a ser el juez de la horca. Subió las escaleras pisando tan fuerte que daba la impresión de que toda la casa vibraba.

El señor Jackson nos abrió la puerta en alboroz. Imagino que el viejo estaba dormitando. Se echó atrás acobardado mientras Woody le decía a voces:

—¿Qué sabe de una pistola, Clay? ¿Qué demonios ha hecho?

Jackson empezó a tartamudear una respuesta confusa en la misma puerta, pero Woody lo arrastró hacia dentro.

—Vamos, hable. ¿Qué es eso de la pistola? ¿Sabe quién ha disparado contra mi mujer?

—No, no, señor Woody. La señorita Ivy la encontró y luego la dejó aquí. No sé quién la ha herido.

—Maldita sea, hombre. ¿Qué me está contando?

Jackson se precipitó hacia una destartalada cómoda, cogió una pistola y se la tendió a Woody, con la culata por delante.

—La señorita Ivy la encontró en el cuarto de Lavelle. Me pidió que la ayudara a revisar toda la habitación para ver qué encontrábamos y esto estaba en el armario, pegado con cinta adhesiva sobre el cerco de la puerta.

Woody empuñaba la pistola de calibre 45 como si en cualquier momento fuera a usarla para romper algo en pedazos. Clay estaba asustado. Yo misma me aparté unos pasos de mi tío.

—¿Nunca la había visto antes, señor Jackson? —pregunté.

—No, nunca.

—¿Y no tiene idea de quién disparó contra Ivy cuando salió de aquí?

—No, lo juro. No entiendo cómo han podido creerse algo así. Después de cómo me han ayudado con lo de Lavelle, y de todo lo que ha hecho por mí la señorita Ivy durante estos años. Tendría que ser un gusano para traicionarles así.

—Sí, señor Jackson, ya lo sabemos. Siento mucho que haya pensado que lo estábamos acusando. ¿Por qué no me enseña el cuarto de Lavelle?

Dejamos a Woody en la salita con un aspecto tan mortífero como el arma que tenía en la mano.

Ivy y Clay debían de haber hecho un registro a fondo. La habitación estaba patas arriba. A pesar de todo, le di un repaso superficial. Retiré las sábanas y eché un vistazo debajo de la cama, abrí los cajones de la cómoda, pasé rápidamente las páginas del par de libros de bolsillo de la estantería. Había un tocador abarrotado de las cosas previsibles: aceite para el pelo, pintalabios, un pequeño cuenco con pendientes desparejados. Cogí un peine afro de dientes irregulares y, por algún motivo, no lo dejé otra vez en su sitio. Sin saber bien por qué, me quedé agarrándolo casi como Woody había agarrado la pistola.

Clay me observaba desde el otro extremo de la habitación. No me extrañaba nada que hubiera preferido quedarse conmigo en lugar de volver a enfrentarse a la ira de Woody.

—Señor Jackson, ¿se acuerda de que nos habló de Luther, un amigo de Lavelle?

—Sí.

—Pero usted no lo conoce en persona, ¿verdad? No sabe qué aspecto tiene.

—No, no lo sé.

—Pues yo sí lo conozco —dije—, y no lleva el pelo natural. Lo lleva todo engominado. Alisado.

—Si tú lo dices.

Volví a la sala.

—Woody.

Levantó la vista.

—Tenemos que irnos.

—¿Cómo?

—Vamos a darle las gracias al señor Jackson y nos largamos.

Aunque evidentemente no sabía por qué le decía eso, me hizo caso. En cuanto salimos a la escalera, le dije:

—El tipo ése de la ferretería... ¿qué dijo de Luther?

—¿De qué me estás hablando, Cass? ¿Quieres decir que el cerdo de Luther está detrás de lo de Ivy?

—No. Yo le pregunté a Garrick, o tal vez fuiste tú, si trataba directamente con Lavelle o a través de su chulo, Luther.

—Sí, lo recuerdo.

—Y contestó que nunca había hecho tratos con ese negraco cabeza-afro o algo así.

—Me acuerdo.

—¿Ya lo entiendes? ¿Cómo llevaba el pelo Luther?

—Chamuscado, todo estirado. No lo lleva afro.

–Eso es. O sea que Garrick se refería a otro hombre relacionado con Lavelle. Quizá otro chulo. Tenemos que ir a ver a Garrick de nuevo, y si se negara a explicarnos las cosas...

–Jack Klaus le haría cantar. Vamos allá.

La fachada de la tienda estaba más o menos igual que la última vez. Pero, en esta ocasión, los golpes que dio Woody en la puerta no surtieron ningún efecto y no había señales de vida en el interior. En uno de los pisos de encima de la tienda subió muchísimo de golpe el volumen de una radio. Alguien estaba pasándolo en grande con «Chain of Fools».

Caminamos hasta el final de la manzana y nos dirigimos por un callejón a la parte trasera de la ferretería. La puerta oxidada de aluminio estaba cerrada con un candado.

–¿Y ahora qué? –pregunté.

Woody sacudió la cabeza y soltó una maldición entre dientes.

–¿Será una coincidencia que no esté? ¿O se habrá marchado para siempre?

Woody pegó una patada a la puerta. Y después otra más fuerte. Luego se agachó a coger una lata vacía de salchichas Vienna y la arrojó con todas sus fuerzas contra la entrada trasera de la tienda de Garrick. Como no se quedó satisfecho, cogió una piedra y la tiró. Luego un trozo de ladrillo. Cualquier escombros al que pudiera echarle mano, lo arrojaba contra la puerta. Sudaba a mares y se le veía fuera de sí. Esperé a que se le pasara el ataque.

Su frenético desahogo duró un minuto. Nos quedamos plantados en el callejón, rodeados de vidrios rotos que centelleaban como si estuviéramos en una especie de depósito de chatarra de cuento de hadas. Olía a rayos. Un perro de aspecto lamentable pasó de largo furtivamente.

–Más habría valido que los negratos lo hubieran reducido todo a cenizas –dijo Woody–. El mundo entero. Y a empezar de nuevo. Desde cero.

–Te entiendo.

–No sé si me entiendes, tesoro. Creo que no tienes edad para verlo así.

–Da igual, lo veo así.

–Tienes razón. Eres joven pero del bando de los serios. Siempre lo has sido.

–«Deprimidos» lo describiría mejor.

Dejó caer al suelo de tierra el palo que tenía en la mano.

–Bueno, Cass, no vamos a sacar nada en limpio quedándonos aquí y lamentándonos. Primero pasaremos por el hospital y luego llamaré a Klaus. Es el momento de volver a los fundamentos. De alguna manera, eso nos llevará hasta quien ha herido a Ivy. Y ese individuo se las verá conmigo.

–¿A qué fundamentos te refieres?

–Lavelle Jackson es uno de ellos. Y el anillo de graduación. Una chica blanca muerta. Y un desgraciado chaval negro llamado Eddie Quick.

Quince

Jack Klaus vivía en Archer Avenue, territorio tan desconocido para mí que pensé que habíamos salido de la ciudad. Una casa grotescamente revestida de piedra y madera tras otra. Era una zona de lo más gris y la tranquilidad de las calles resultaba más amenazadora que relajante. Antes muerta que vivir en un sitio así. Pero a todas luces no todo el mundo opinaba igual. Cuando las manifestaciones por una vivienda digna atravesaban barrios como éste, los vecinos tiraban verduras podridas al doctor King y escupían a las monjas que iban de su brazo.

El césped de los jardines estaba de un flamante verde y las calles limpias, y el precio de los copos de maíz y del detergente para lavadoras anunciados en los escaparates del supermercado era más o menos la mitad de lo que había que pagar por esos productos en la Metrópoli Negra.

Había otro motivo que me impulsaba a prestar tanta atención a nuestro entorno: la creciente aprensión, o paranoia si se quiere, de que unos matones blancos nos avistaran y se pusieran a seguir nuestro coche. Puede que Woody tuviera la misma sensación. No lo sabía y no aludí al asunto. Empecé a sentirme sofocada por un miedo terrible y un enfado monumental, y el viejo truco de Ivy de contar hasta diez no funcionaba. La única manera de dominar mis sentimientos era pensar en el pavor que sentiría si estuviéramos en Mississippi o Alabama. Allí lo tienen peor, me repetía sin cesar. Comparados con ellos, somos afortunados.

Woody aparcó en la entrada de coches de detrás. Klaus nos esperaba en la puerta trasera. En lugar de conducirnos a la casa, nos llevó directamente a un garaje que había sido transformado en cuarto de estar, repleto de falsos paneles de madera y una mesa de ping-pong.

Sobre una mesa de juego, había café caliente, sándwiches y una tarta de bizcocho comprada en alguna tienda.

—Por si Cass y tú teníais hambre.

Me puse en guardia. Era un exceso de confianza eso de llamarme Cass. No me sentó bien.

—Muchísimas gracias —dijo Woody, y se sirvió un café.

—¿Qué tal está, Woody?

—Mi mujer saldrá adelante. Se recuperará.

—No olvides transmitirle mis mejores deseos.

—Lo haré. ¿Has logrado localizar a Carl Garrick, el de la ferretería?

—No. Su esposa dice que hace un par de días salió de casa para ir a trabajar, como siempre, y no ha vuelto. La llamó una vez para decirle que estaba bien, pero no le reveló su paradero. Cassandra y tú tenéis razón. Garrick sabe algo.

—¿Qué tal tu familia, Jack?

—Estupendamente. Laura ha llevado a los niños a casa de su madre. Volverán pronto. Por eso he preferido que nos viéramos aquí. Es confidencial.

«¿Qué es confidencial?», pensé.

Luego caí en la cuenta de que la mesa de ping-pong estaba cubierta de papeles: hojas escritas a máquina, formularios, notas a mano, carpetas, fotografías. Estas últimas me llamaron la atención. El rostro del hombre fornido al que había matado mi tío Hero se veía en una serie de fotos de ficha policial. Era el mismo sujeto que me había quitado el bolso y vapuleado bajo las vías del elevado. Al pie de cada foto estaba escrito su nombre: REGGIE GREEN. Había un amplio abanico de cargos en su contra, desde extorsión hasta atraco a mano armada, violación e intento de homicidio. Así que había estado a punto de que me violara un delincuente profesional llamado Reggie, un nombre que nunca me había gustado. Jamás me había topado con un Reggie digno de confianza. Las mujeres negras deberían dejar de poner ese nombre a sus hijos.

Ni Woody ni yo habíamos sido capaces de hacer una buena descripción del otro tipo, el que mató al tío Hero. Era de piel ni muy clara ni muy oscura y estatura mediana, y todo había sucedido en la oscuridad. Klaus nos dijo que la policía estaba dando un repaso a los ex presidiarios que habían coincidido en la trena con Reggie Green.

Eché un vistazo rápido a los demás papeles. En una de las carpetas de papel manila había fotocopias del expediente del caso de Eddie Lee Quick. La cogí.

Woody estaba enseñándole a Klaus la pistola descubierta en casa de Clay Jackson. Me puse a leer a toda velocidad mientras charlaban.

El 18 de octubre de 1959, dos hombres encontraron el cadáver destrozado de Liz Greevy, que había sido violada. Trabajaba de profesora de educación especial en el colegio de primaria Champlain. Los hombres en cuestión eran el conserje Tom Springer y el profesor de ciencias Wally Humphrey. Humphrey avisó al policía que en ese momento hacía la ronda cerca del colegio.

El policía, un tal Charles Ryan, se lo notificó a la brigada de homicidios de la comisaría. Los dos detectives que atendieron la llamada y posteriormente trabajaron en el caso fueron el sargento Zeke Shelton y el inspector Anthony Carmen. Todos los implicados, incluida la víctima, eran de raza blanca.

Eddie Lee Quick, un chaval negro de catorce años a quien se describía como «de pocas luces», «un adolescente de tamaño descomunal» y «un mulo», fue descubierto escondido en la sala de calderas y arrestado la misma tarde del asesinato.

Otras notas, informes y recortes de periódico se referían al insigne abogado Jerome Kapperstein, famoso por su participación en la lucha por los derechos civiles, como asesor de la defensa.

Un párrafo de la cobertura de prensa del juicio despertó particularmente mi interés. El fiscal, decía, pedía para el acusado la cadena perpetua, pero debido a recientes cambios

legislativos su aplicación ya no estaba permitida. El jurado dictó una sentencia de setenta y cinco años.

Woody me quitó la carpeta de las manos y también él hizo una lectura rápida del contenido. Entretanto, abrí otra carpeta. Estaba rotulada: ZEKE SHELTON. Y también había dentro una foto de ficha policial.

—No lo entiendo —dije—. ¿No fue el detective que dirigió la investigación del caso?

—Así es —confirmó Klaus—. Según dicen, en su día Shelton fue un policía de primera. Pero hace mucho que cambiaron las cosas. Es el más despreciable de los canallas.

—¿Por qué?

—Porque protege a los traficantes de drogas del South Side y la lotería ilegal. Seguro que Henry Waddell lo tiene a sueldo.

—Ese desalmado anda metido en más fechorías que un senador de los estados del sur —rezongó Woody—. Tendrían que colgarlo por el puto cuello.

Me sobresaltó que mi tío emplease ese lenguaje delante de un blanco. Hasta noté que me ruborizaba. Pero seguí leyendo sin decir nada.

—Por lo visto, Asuntos Internos le echó el guante a Zeke Shelton hace unos años —me explicó Klaus—. Lo condenaron y ya iba camino de Joliet. Pero había untado al juez, o si no él, Waddell. Revocaron el veredicto.

—¿Y fue él quien puso a la sombra a Eddie Quick?

—Sí. Y se empleó a fondo. La prisa que se dio para meter a ese chico entre rejas siempre me pareció sospechosa.

—¿Ha oído comentar que a Eddie Quick le arrancaron la confesión a golpes? —pregunté.

—Sí, he oído que tal vez pasó eso.

—¿Fue Shelton el que le pegó la paliza?

—No hay forma de saber qué policía de la comisaría lo hizo. Pero me apostaría el cuello a que Shelton participó en la juerga.

—¿Sigue en el cuerpo?

—Sí.

—¿No está enterado de que usted nos está ayudando? En lo de Lavelle Jackson y en general.

—No. Y tiene que ser así. Woody lo comprende. Espero que tú también.

—Por supuesto que sí. ¿Me ha tomado por una retrasada mental?

Tal vez no tendría que haber saltado así; a lo mejor no me estaba tratando con condescendencia. No lo tenía claro. Sólo sabía que algo en él me fastidiaba.

Woody dejó las notas.

—Por lo que veo, sólo cuatro personas tuvieron la oportunidad de quitarle el anillo al cadáver de la profesora: los dos hombres que lo descubrieron; el primer policía que llegó a la escena del crimen, Ryan; y el propio Eddie Quick. Pero no encontraron el anillo en posesión de Quick. De hecho, nadie había vuelto a ver ese anillo desde la mañana del asesinato hasta que Lavelle Jackson lo dejó en la tienda de comestibles.

—Lo que está claro como el agua es que Quick no ha guardado el anillo en la cárcel todo este tiempo —añadió Klaus.

Trató de animarnos a tomar un bocado, pero nos resistimos. Después yo cedí y cogí un trozo de tarta. De Sara Lee, deduje.

—Por cierto —dijo Woody—, ¿se ha descubierto algo sobre los otros polis? Tony Carmen, el compañero de Shelton, o Ryan, el que estaba haciendo la ronda.

—No. Carmen ha muerto. No tenemos conocimiento de que también estuviera pringado. Y en cuanto a Charlie Ryan, es intachable. Lo ascendieron a jefe de departamento.

—¿Y qué hay de los dos tipos del colegio? —pregunté.

—¿El profesor de ciencias y el encargado de mantenimiento? Nada de nada.

Klaus y Woody se pusieron a revisar algunos datos más y yo reanudé la lectura de las noticias sobre el so-brecogedor asesinato y el juicio que vino a continuación. Qué curioso, quienquiera que hubiese recopilado las informaciones periodísticas había olvidado incluir recortes de la prensa negra. Recordé que Ivy y Woody me habían contado que *Banner* trató de indagar en el caso de Eddie Lee Quick. Recordaba también que especulaban sobre la posibilidad de que a los reporteros los hubieran intimidado o untado.

Le dejamos el revólver del 45 de Lavelle a Jack Klaus, que dijo que iniciaría las pesquisas para averiguar su origen tan pronto como llegara al trabajo al día siguiente.

—Pero no os hagáis ilusiones —nos advirtió—. Puede haber salido de cualquier parte.

A la vez que Woody daba marcha atrás por la entrada de coches, otro vehículo apareció de pronto en dirección contraria. No nos chocamos por un pelo. Todos nos quedamos paralizados en nuestros respectivos asientos un rato, recobrando el aliento. No se oía nada salvo una música casi subliminal. Al volante del otro coche iba una mujer bastante guapa de unos cuarenta años. Y en el asiento trasero, dos niños. Eran, sin duda, la esposa y los hijos de Klaus. En su radio sonaba «Up, Up and Away», de Fifth Dimension.

Dieciséis

Hacía un día espléndido y la mejoría de Ivy lo volvía aún más maravilloso. Woody y yo tomamos un desayuno rápido en casa, compramos tantas flores como nos cabían en los brazos y pasamos casi toda la mañana haciéndole compañía. Luego la dejamos dormitando bajo la atenta mirada de su enfermera particular.

En la calle, un viento fuerte y fragante se había llevado los últimos restos del humo que flotaba sobre la ciudad. Yo iba conduciendo el cupé de Ivy, y la sensación era tan fantástica como había imaginado. Sólo que, por desgracia, no iba a lucirme por ahí con Bobby, y eso era un elemento permanente de mi fantasía. No iba a pasar una tarde agradable en el jardín botánico de Morton ni conducía como un rayo por las orillas del lago con la radio sintonizada en una emisora de rock duro. Nada por el estilo: estaba de regreso en el viejo barrio, y si todo iba como me figuraba, pronto tendría a June Barker mirándome de arriba abajo con su rictus de hostilidad.

Había un factor nuevo, eso sí, la presencia de Woody. No era probable que con él se pusiera en plan huraño. Mi tío debía de haber sido un canalla de cuidado en su juventud. Generación tras generación, la gente del barrio lo temía y tenía el buen sentido de tratar de no contrariarlo. Era rápido con aquella cuchilla suya. Podía imaginarme cómo la habría manejado de joven.

Nos tuvieron esperando un buen rato a la puerta hasta que al fin acudió alguien a abrirnos. No era June, sino una joven a la que nunca había visto. June estaba fuera, nos dijo.

—¿Hasta cuándo? —insistimos.

—Hasta que vuelva.

Portazo.

Nos alejamos en el coche, todavía conduciendo yo, mientras nos vigilaba oculta tras las cortinas, pero luego giré en redondo y aparqué en la otra acera a unas cuantas casas de distancia de la de los Barker. Al cabo de veinte minutos, un taxi se detuvo en la puerta y June salió de la casa. El taxi giró por Vincennes y yo lo seguí.

Lo seguí hasta la periferia de mi propio barrio. Hyde Park trazaba una invisible línea de color. O más de una, en realidad. Ningún estudiante de la Universidad de Chicago la cruzaba salvo para hacer alguna que otra incursión en un asador o en un club de blues. June se apeó en la esquina de la calle Cincuenta con Ellis y echó a andar en dirección norte, pasando de largo unos cuantos portales, hasta un edificio de viviendas. Vimos que llamaba al timbre de un piso, se impacientaba, volvía a llamar una y otra vez.

Al cabo de unos cinco minutos, salió de detrás del edificio un hombre alto con una buena mata de pelo gris. Iba cargado de bolsas de basura. June mantuvo una breve conversación con él y luego dio media vuelta y se alejó. Le seguí la pista hasta la parada de autobús de Garfield Boulevard. Cuando llegó el autobús, subió a él.

Regresamos al edificio de Ellis. Woody se apeó y saludó cortésmente al conserje. Yo me quedé mirando desde el coche.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté cuando volvió.

—June andaba buscando a una chica que vive aquí. Se llama Antonia Riddle.

—¿Será esto una sucursal del burdel de Forest Street?

—No lo sé. Dice que Tonia recibe amigos varones con frecuencia, pero no monta ningún alboroto. Es una joven decente. Paga el alquiler. Según dice el conserje, está estudiando en la universidad. Igual que tú.

Cualquiera pensaría que una persona tan reconcentrada en sí misma como yo, que ha pasado tanto tiempo regodeándose en las penas del pasado, hurgando en la memoria, jugando a ser su propia psicoanalista..., está inmunizada contra los recuerdos de tiempos pretéritos, eso pensaría cualquiera.

Y se equivocaría de medio a medio.

La visión del colegio de primaria Champlain me descompuso. Al cabo de unos dos segundos me estaba rondando por la cabeza una escena de mis desdichados tiempos escolares. Nieve amontonada contra los edificios. Niños con abrigos abultados, capuchas y guantes húmedos. Es la hora de comer y los chavales están tirando bolas de nieve dentro de las cuales han metido piedras y cristales rotos. Una me alcanza en la cara al cruzar el patio del colegio. El chico que la ha lanzado se ríe y me insulta con uno de la media docena de nombres que me tiene reservados. Es de los chicos más temidos del colegio. Yo le hago rabiar llamándolo retrasado mental. Corre hacia mí hecho una furia, resbala en el hielo y cae a mis pies. Es como si el mundo se volviera rojo. No hay forma de justificar lo que hago. Primero le doy una patada en la cabeza. Luego, cuando intenta levantarse, le pego un puntapié en las costillas. Cojo una piedra enorme, me tiro de rodillas y me pongo a machacarle la cara con ella. No recuerdo cómo terminó. Sólo me acuerdo de cuánto se enfadó mi abuela al tener que presentarse en el colegio unos días después. Y también de que la madre del chico le dijo que debería encerrarme en un manicomio.

Era algo así como estar bajo el agua, caminar por aquellos pasillos. Iba conteniendo el aliento, como cuando estás sumergido.

En mis tiempos, la directora era una vieja demacrada y sádica, una tal señora DeHaans. Gafas sin montura. Zapatos ortopédicos con cordones. Medias de muselina blanca. Un broche que se ponía todos los puñeteros días: una esfera de reloj de la que colgaba un bolígrafo sujeto con una cadenita de oro.

Qué oportuno fue que la decisión del Consejo de Educación de nombrar directores negros en los colegios negros se amoldara tan bien a los intereses de los profesores blancos, que temían por sus vidas en los barrios negros. La señora DeHaans desapareció.

Hay quien lo llama progreso, y siempre tiene un precio.

La directora actual, Lucille Crooks, era una negra pechugona con un vestido de lino naranja oscuro. Saludó a Woody como si lo conociera de antes. Una vez intercambiados los cumplidos de rigor, no le alegró saber el motivo de nuestra visita.

—No sé si voy a poder complacerle, señor Lisle. ¿Por qué le interesan nuestros registros?

—Estoy tratando de ayudar a un viejo amigo cuya nieta asistió a este colegio. Se llama Lavelle Jackson. Ha desaparecido.

—Ya veo. No puedo permitirle que lea su historial, pero yo le echaré un vistazo.

La señora Crooks se dirigió a la puerta y la oímos repetir el nombre de Lavelle a una de sus secretarias.

—Le agradezco sus esfuerzos, pero el historial de Lavelle no es el único que me interesa.

—¿Ah, no? ¿Qué más deseaba?

—El historial de algunos empleados.

—¿De mis profesores, quiere decir?

—Sí, de profesores y otros empleados.

—Eso podría provocar muchos problemas, señor Lisle. No estoy en condiciones...

—Voy a precisárselo más. Quiero ver el historial de un profesor que trabajaba aquí en la época del asesinato de Elizabeth Greevy. Wallace Humphrey. Y quiero ver la documentación relacionada con Tom Springer, el encargado de mantenimiento.

La directora se quedó de una pieza en su sillón de cuero.

—Por ahí no paso, señor Lisle.

—¿Qué quiere decir?

—No voy a permitir que este colegio vuelva a quedar expuesto a la curiosidad pública. Todo aquel desbarajuste es anterior a mis tiempos. Usted está relacionado con el chico que asesinó a la profesora. Está colaborando con su familia para que lo liberen de la cárcel.

—No, me ha interpretado mal —dijo Woody con brusquedad—. Mire, confiaba en que pudiera ayudarnos sin obligarme a entrar en grandes detalles. Me limitaré a preguntarle si ha tenido noticia de una agresión a tiros que se produjo aquí cerca hace unos días.

—Sí, algo que pasó en Forest Street.

—Me figuro que no sabrá usted que la mujer contra la que dispararon es mi esposa.

—Quiere decir que a la señora Lisle le han...

—Sí, eso es, a la señora Lisle. Y no pienso descansar hasta que averigüe quién lo hizo.

Se quedó muda mientras una de sus ayudantes entraba a dejarle una carpeta sobre la mesa. Una vez que se hubo retirado, la directora abrió el cajón de su escritorio, sacó un Kleenex y procedió a enjugarse la humedad de la frente y el cuello.

—¿Qué tiene que ver este colegio con la agresión contra la señora Lisle? ¿O con la tal Lavelle Johnson?

—Jackson —la corregí.

—Jackson. Dice usted que no están tratando de que se revise el caso de asesinato.

Entonces, ¿qué pretenden usted y su nieta?

—Es imposible explicarlo en pocas palabras, señora Crooks —respondí—. Ahora mismo, ni siquiera sabemos cuántas palabras nos harán falta. Pero el asesinato de esa profesora, la agresión a mi tía abuela y la desaparición de Lavelle Jackson forman parte del mismo... bueno, por lo menos del mismo párrafo.

La directora me miraba de una forma extraña.

—¿Y dice usted que estudió en este colegio?

—Durante una temporada.

Me figuro que estaba sopesando todos los factores, asimilando la información. Al cabo de un minuto nos preguntó si no nos importaría esperar fuera de su despacho un momento.

Cuando volvió a hacernos pasar, nos dijo que le había pedido a Tom Springer que viniera.

—Wally Humphrey se jubiló hace año y medio —nos comunicó—. Tiene una enfermedad de corazón. Es un hombre bastante mayor.

—Si pudiera darme el teléfono de su casa, se lo agradecería —dijo Woody.

—No lo tengo, señor Lisle. El señor Humphrey se fue a vivir con sus nietos a Maine.

Los apagados ojos grises de Tom Springer hacían juego con el uniforme que llevaba. Salvo cuando hizo un gesto de inquietud al ver a Woody en el despacho, no nos miró directamente a la cara en ningún momento. Lo que hacía era inclinar la cabeza hasta que su frente quedaba casi en paralelo al suelo, y luego giraba los ojos hacia arriba cuando alguien le dirigía la palabra.

A lo mejor creía que eso le daba un aire a James Dean. En cualquier caso, no era como yo esperaba. Un conserje de colegio te lo imaginas más bien gordito, calvo y con un carácter muy afable o, por el contrario, muy desagradable. Además, si no me hubiese informado sobre su persona leyendo el archivo que Jack Klaus había compilado para nosotros, habría pensado que era negro en lugar de blanco.

Springer era de constitución delgada, de unos cuarenta y cinco años, con un espeso cabello rubio pajizo. Woody le dio las buenas tardes y, en vez de hacer lo propio, Springer preguntó:

—¿Y ahora qué ha pasado?

Lo miramos sin entender nada.

—Venga, no se hagan los tontos. Ha vuelto a chivarse de algo, ¿no?

Aunque no sabía a qué demonios se refería, preveía problemas. Me sobresaltó que a continuación adoptara un tono de broma.

—Estaba seguro de que Trasero de Sebo había vuelto a quejarse de mí al sindicato —dijo—. Esperaba ver por aquí a un representante. Por cierto, no será usted su marido, ¿eh?

La antedicha Trasero de Sebo era sin duda la señora Crooks, que había salido un momento para dejarnos hablar.

—No —respondió Woody—, no soy el marido de la señora Crooks. Y, por lo que yo sé,

su trabajo no peligró.

Springer sonrió y encendió un cigarrillo.

—Vale. Entonces, ¿de qué se trata?

—Me llamo Woody Lisle. Ésta es mi sobrina nieta, Cassandra.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Vale. Entonces, ¿de qué se trata?

—Sea paciente conmigo, señor Springer. Enseguida se lo voy a explicar.

Dirigió a Woody otro de sus vuelcos de ojos.

—¿De dónde es, Lisle?

—De joven viví en Louisiana, pero soy de Chicago. ¿Por qué lo pregunta?

—No habla como la mayoría de ellos... o sea que se ve que es fino. ¿Qué es, un profesor nuevo?

—No.

—¿Entonces es del Consejo de Educación? Ha conseguido uno de esos trabajos chollo que andan repartiendo ahora, ¿eh?

—Así es.

—A mí la educación me da igual —dijo Springer—. Estoy harto de la educación, ¿me capta?

—Señor Springer, lleva bastantes años trabajando en el colegio, ¿verdad? —Sí.

—¿Conoce bien el barrio?

—Y que lo diga.

—No sé si conocerá la tienda de alimentación Pleasant's, en la calle Cuarenta y Tres.

—Claro. La lleva un tipo de color que se llama Shep.

—¿Y qué me dice de los niños del colegio? ¿Le gustan los críos? ¿O más bien le ponen un poco nervioso?

—No se meten conmigo y yo no me meto con ellos.

—¿Está casado, señor Springer? ¿Tiene hijos?

—Qué va. Soltero profesional, ése soy yo.

—¿Y los padres de los niños? ¿Conoce por su nombre a alguno?

Se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Veo a las madres cuando vienen porque suspenden a alguno o algo de eso. Y a veces Trasero de Sebo trae aquí a alguna a la fuerza por algo que ha hecho su crío.

—¿Conoce a un vecino del barrio llamado Clay Jackson?

—No me suena. ¿Tiene aquí a sus hijos?

—No. Es un hombre bastante mayor. Su nieta asistió a este colegio hace años. Lavelle Jackson.

—La mitad de los chavales del cole se llaman Jackson o algo parecido. Pero a esos dos no los conozco. La verdad es que cumplo con mi horario y me voy a casa. Mis amigos no viven en esta parte de la ciudad. ¿Sabe lo que quiero decir? No le estoy faltando, ¿eh? Ya entiende lo que quiero decir.

—Lo entiendo, lo entiendo, señor Springer.

–¿Hemos terminado ya?

–Casi. Sólo un par de preguntas más si puede concedernos unos minutos.

–¿Está escribiendo un libro o algo así? ¿Sobre los conserjes de colegio y lo emocionantes que son sus vidas?

–Más o menos. En realidad, estoy escribiendo sobre antiguos crímenes. Crímenes que tuvieron lugar en recintos escolares.

–¿Crímenes? –Sí.

Los ojos azulados giraron hacia mí un instante.

–Vaya por Dios, tendría que haberlo imaginado.

Esto me inspiró una extraña asociación de ideas. Había un actor negro especializado en papeles serviles, rastreros. Se llamaba Willie Best. Mi abuela era fanática de la telenovela *The Stu Erwin Show*, donde Best interpretaba al criado corto de luces de la familia.

El hombre blanco que estaba en el despacho, Tom Springer, no se humillaba ante nosotros y me daba la impresión de que sabía que en realidad no éramos del consejo escolar. Pero sus modales sí recordaban a los del tonto del pueblo.

–Tengo entendido que estaba usted presente cuando asesinaron aquí a Liz Greevy, y he pensado que no me sería fácil conseguir otro testigo como usted. Todos los periódicos de la época lo citan.

–Testigo, testigo, no fui. Solamente me la encontré en la biblioteca rajada de arriba abajo. El señor Humphrey y yo. La encontramos los dos.

–Ya sé que esto es pedirle demasiado, pero ¿no recordará para qué fue a la biblioteca?

–Estábamos buscándola por todas partes. Registramos el edificio de punta a punta antes de encontrarla.

–¿Y por qué la estaban buscando?

–Porque nadie la había visto desde la comida. Tenía que haberle pasado algo.

–Comprendo. ¿Estaban juntos el señor Humphrey y usted cuando descubrieron el cadáver? ¿O lo encontró uno primero y llamó a voces al otro?

–La encontramos a la vez.

–Muy bien. Debió de ser una visión espantosa, la joven profesora destrozada, sangre por todos lados...

–Sí, nunca he visto nada tan horroroso –levantó los hombros e imitó un escalofrío de miedo.

El tonto del pueblo. ¿De verdad lo era? ¿O estaba haciéndose pasar por idiota? Y es que daba la impresión de que Springer era consciente de la inconsistencia de sus respuestas pero le importaba un comino.

–¿No se fijaría por casualidad en si Liz Greevy llevaba un anillo?

–¿Cómo?

–Un anillo. Con una piedra bastante grande. Un anillo de graduación.

–Ah, eso. No. Salí de ahí a toda velocidad. No me fijé en ningún anillo.

–Bueno, salió corriendo y avisó a un policía que andaba por aquí cerca.

–Sí, o sea no. Fue el señor Humphrey quien le avisó.

–¿Y usted? ¿Adónde se fue corriendo?

–A mi cuarto, supongo, cerca de la caldera.

–¿Y se quedó allí esperando hasta que llegaron los detectives?

–Sí, creo que sí.

–Se fue corriendo a su cuarto porque estaba asustado, ¿verdad?

–Hum, sí, asustadísimo.

–Comprendo. Y, dígame, ¿qué tipo de persona era el señor Humphrey? ¿Un buen hombre, diría usted?

–Supongo que sí. ¿Cómo lo voy a saber? Aquí la gente no me hace ni puñetero caso menos cuando se ponen a chillar porque hace frío o hay ratones en el comedor.

–Los profesores no le prestan demasiada atención, ¿no es eso? ¿Lo tratan a veces con aires de superioridad? ¿Como si fueran mejores que usted?

Se encogió de hombros.

–¿Recuerda al chaval que cometió el asesinato?

–Eddie.

–Sí, él. ¿Habló alguna vez con él?

–No, ya le he dicho que yo no me meto con nadie.

–Sí, le he oído. Pero es que Eddie Quick no era un alumno corriente. ¿Se fijó alguna vez en lo grandullón que era? ¿Nunca pensó al verlo que aparentaba más años que la mayoría de los otros alumnos?

–Era un retrasado. No le hacía mucho caso.

–Sin embargo, parece que la señorita Greevy le tenía cariño. Creo haber leído en alguna parte que era su protegido, que le mandaba a hacer pequeños recados y cosas así.

–Ni idea.

–¿Vio a Eddie cuando los detectives lo encontraron en la sala de calderas?

–Sí. Estaba llorando como loco.

–Debía de estar todo ensangrentado, ¿no?

–Supongo que sí. A la fuerza, ¿no?

–No lo sé, señor Springer. ¿Lo estaba?

–Sí, creo que sí. Pero es que se lo llevaron muy deprisa. Por eso no lo vi bien.

–Bueno, muchas gracias –Woody se volvió hacia mí–. Creo que hemos reunido suficiente material para este capítulo, ¿no te parece, Cass?

–Sí.

–Le dejo volver a su trabajo, señor Springer.

–No se olvide de mandarme el libro. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Diecisiete

—¿Qué opinas? —pregunté mientras cruzábamos a pie el aparcamiento del colegio.

Woody me devolvió la pregunta:

—¿Tú qué opinas?

—Hay algo que no me ha gustado. Está ocultando algo y le importa un pimiento que nos demos cuenta o no. Se divierte haciéndose el tonto. Es como si nos estuviera diciendo: «Que os den por saco».

—Yo pienso lo mismo. Parece como si se creyera invulnerable. Insolente palurdo...

—¿Crees que fue él quien mató a Liz Greevy?

—Quizá.

—Y aunque no fuera él, ¿crees que Eddie Lee Quick era inocente?

—De eso no estoy seguro ni de lejos.

Ni yo tampoco, lo cual no impedía que mis pensamientos fueran más allá. ¿Y si el único delito del chaval era ser negro y torpe?

Compadecer a Eddie Lee Quick era fácil. Me inspiraba la misma empatía que siempre sentía al leer una novela absorbente. Me identificaba con los sufrimientos del personaje, dejando que todo el peso de lo sucedido en las páginas me calara hondo en el corazón. Pero me desprendí de las penas de Eddie Quick con la misma rapidez con que las había hecho mías. Me estaba rondando por la cabeza otra idea que reclamaba mi atención.

—Espera un momento —dije.

—¿Te has olvidado de algo?

Debía de parecer una papanatas, ahí plantada, parpadeando. Estaba tratando de atrapar un pensamiento antes de que se me escapara. Y, de pronto, lo agarré.

—Woody, ay, Dios mío, Woody.

—¿Qué?

—Tenemos que volver a ese edificio de Ellis, donde June intentó ver a la tal Antonia Riddle.

—¿Para qué?

—Tienes que encontrar otra vez al conserje. Y preguntarle a qué universidad va Antonia Riddle. Pregúntale si va a Debs.

—¿Por qué?

Lo miré abstraída, tratando de decidir a quién responder primero, si a él o a mi voz interior. «No puede ser cierto», eso es lo que me estaba diciendo a mí misma. «Pero, por otra parte, prácticamente tiene que ser así.»

Cuando Woody mencionó el nombre de la chica que vivía en aquel edificio, un pequeño pistón se disparó en mi cerebro. Ahora sabía por qué. El conserje del edificio dijo que Tonia era una chica decente, o algo por el estilo. *Tonia*, diminutivo de Antonia. «Está estudiando en la universidad, igual que tú.» Al final de mi primer encuentro con Melvin en la oficina de Root, una chica a la que llamó Tanya se había burlado de mí. Era como si lo estuviera oyendo: «¿Cómo lo llevas, Tanya?».

Sólo que, en realidad, no había dicho «Tanya», sino *Tonia*.

Yo había preguntado a la ligera si aquello no sería una sucursal del burdel de Forest Street. De pronto ya no le encontraba la gracia. Puede que el día antes no hubiera visto tan claras todas aquellas interconexiones. Pero en esos momentos en que los cabos sueltos de la desaparición de Lavelle Jackson enlazaban con el caso de Eddie Lee Quick, empezaba a parecerme que todos los sucesos y personas vistos y oídos en la última semana formaban un solo rompecabezas.

Regresamos al edificio de apartamentos de la calle Ellis. Woody localizó al conserje y le dio discretamente un billete de veinte. El individuo habló con un par de vecinos. Enseguida quedó confirmado que Antonia Riddle, larguirucha y de piel clara, estudiaba en la Universidad Debs.

Le pedí a Woody que me diera tiempo para jugar una baza que podría proporcionarnos respuestas.

—Tú haz lo que veas que hago yo —le dije.

Además, seguí actuando de chófer. Woody, a mi lado, fumaba uno de sus grandes puros. No interrumpí el curso de sus pensamientos ni él se inmiscuyó en los míos.

Eddie Quick estaba vinculado a Liz Greevy, y Liz Greevy a Lavelle Jackson. Lavelle nos llevaba a June, a Garrick, a Luther y a «Afro», aún por identificar. June estaba conectada con Luther, posiblemente con «Afro» y con Tonia. Tonia nos llevaba a Root, es decir, a Melvin y Bobby. ¿Adónde nos llevaría todo esto al final? ¿Dónde encajaba la ráfaga de disparos que estuvo a punto de matar a Ivy? ¿Dónde encajaba yo?

—Cuidado con lo que haces, Cass —me avisó Woody—, estás pegándote demasiado al coche de delante.

—Lo siento.

—¿Adónde demonios me llevas? —Bueno, acabas de salir de la escuela elemental y, como eres tan inteligente, puedes saltarle el instituto. Ya va siendo hora de que vayas a la universidad, ¿no crees?

Veía perfectamente a Woody entrando con paso firme en una sesión de las Naciones Unidas. Lo imaginaba sin problemas luchando con un tigre, tocando la flauta, haciendo de partero, pilotando un avión. Pero cuando entramos en el vestíbulo de la Universidad Debs le acometió una extraña timidez, y, en lugar de ir en cabeza, me seguía los pasos. Además, apenas hablaba.

Mi idea era localizar a Owen y presentárselo a Woody. Pero en el último momento decidí no hacerlo. Tuve la corazonada de que juntar a ese par podría ser un error. Un privilegiado blanco del sur, amable y comprensivo, eso sí, y un negro mayor cuya familia

había sobrevivido en tierras sureñas a varios siglos sanguinarios. Se corría el riesgo de que de pronto explotaran la tristeza, el remordimiento o el odio enquistados en sus entrañas. No. Esa dialéctica, como era tan aficionado a decir mi profesor de historia, la íbamos a dejar para otro momento.

Le di un buen meneo al picaporte de la oficina de Root. Como de costumbre, estaba cerrada. También llamé a la puerta, pero nadie abrió. Luego pegué la oreja al cristal eternamente tapado con la cartulina opaca. Y no es que oyera algún sonido; lo que oí era una especie de silencio contenido. ¿Qué te lleva a pensar que hay una presencia viva al otro lado de una puerta? No es algo que se pueda precisar con claridad, no es más que una sensación.

A la vez que proseguía la búsqueda de Melvin, le iba enseñando el edificio a Woody. Cada pocos minutos regresaba a la oficina de Root para tratar de pescar a alguien entrando o saliendo.

Entré en la secretaría justo cuando estaban cerrando. A petición mía, la secretaria consultó el horario de clases de Tonia Riddle.

—Tiene una clase a última hora de la tarde. A las ocho.

Ya era hora de ir a tomar un bocado; y, aún más importante, algo de beber. Eso equivalía a ir al Yacht Club. Si no lo hubiera propuesto Woody, lo habría hecho yo.

La barra estaba animadísima. Eché una ojeada fugaz a los dos taburetes que Bobby yo habíamos ocupado en tantas ocasiones. Algo me decía que nunca volveríamos a sentarnos en ellos, riéndonos, criticando esto o lo otro. No volveríamos a tomarnos el pelo mutuamente. Dolía como una puñalada.

Encontramos una mesa libre al fondo y pedimos las bebidas.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó Woody mientras repasaba la carta, escrita a mano.

—La cerveza.

Se echó a reír.

—Aparte de eso, Daisy Mae.

—La pizza.

—¿Sólo eso?

—Los espaguetis no están mal. Hay un buen pan de ajo.

—Muy bien, pidamos eso.

Woody se disculpó para hacer unas llamadas desde el teléfono público, junto a los aseos. Quería saber cómo seguía Ivy y también preguntarle a Jack Klaus si había novedades por su parte.

Absorta en mis divagaciones, saqué el tabaco y tomé un sorbo de la cremosa cerveza. ¿Qué canción sonaba el día en que Bobby y yo estuvimos llorando por el asesinato de Martin? ¿Era algo de Billie Holiday? No. ¿De James Brown?

Esta noche había algún cliente con debilidad por Buffalo Springfield. Sus temas iban sonando en la rockola uno detrás de otro. Luego los sustituyó Otis Redding. Y a continuación dos versiones rivales de «Heard It Through the Grapevine»: la primera de Marvin y la segunda de Gladys Knight.

Justo cuando empezaban los grandes éxitos de las Supremes, avisté a una de las figuras

estelares de la universidad, Danny Helm, el líder de Estudiantes por una Sociedad Democrática. Coincidió con él en la clase de historia sindical del profesor Bluestein, pero Danny había dejado de asistir semanas antes que yo. Era muy entusiasta, eso nadie se lo podía negar. E inteligente. Lo había oído hablar en una mesa redonda. Además era alto, tenía una buena mata de rizos castaños y unos ojos límpidos del mismo color, y había como un millón de chicas blancas que querían llevárselo a la cama.

Woody regresó a la mesa con la mandíbula apretada.

—¿Ha empeorado?

—No, cielo. Está bastante bien. Incluso ha intentado hablar un poco conmigo.

—Qué genial.

Asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué estás enfadado?

—Aún no lo he atrapado, por eso. Ya te he dicho, Cass, que cuando averigüe quién le ha hecho esto a Ivy, tendré que matarlo.

—Sí, claro, lo sé —y no lo dije por decir. Yo también quería que lo mataran. Cómo no iba a quererlo con todo el odio que llevaba dentro. Y le deseaba una larga agonía.

Sin embargo, confiaba en que no fueran más que bravuconadas de Woody. Pasar entre rejas sus últimos años de vida no era una de las numerosas posibilidades que imaginaba para él. Al otro tipo que nos asaltó a Woody y a mí aquella noche, el que escapó, ojalá la poli lo encontrara antes que mi tío, si era él quien había herido a Ivy.

Cenamos en relativo silencio. Si después no hubiera decidido tomarme un café, tal vez no habríamos coincidido con Melvin. Lo vi cuando se dirigía a los aseos.

Lo llamé por su nombre.

Giró en redondo con expresión agobiada. Más o menos la misma reacción que había tenido aquella vez en la cafetería. No le gustaba que lo tomaran por sorpresa ni llamar la atención. Pero su expresión se suavizó un poco al darse cuenta de que era yo. Luego, cuando se encaminó a nuestra mesa, desvió la vista hacia Woody.

—Melvin —dije—, necesito que me digas algo.

No me preguntó qué quería saber. Seguía mirando fijamente a Woody.

—Éste es mi... te presento a Woody Lisle. Me he criado en su casa.

—Lisle —repitió Melvin—. Sí, ya me lo imaginaba. Cuando Cassandra me habló de usted, no caí en la cuenta de que era el mismo que hacía el trabajo sucio del tío Tom a los políticos de la ciudad. ¿No es así? Usted era uno de los negros vendidos de Daley.

Woody ni pestañeó.

—¿Es uno de tus amiguitos, Cass? —me preguntó.

—No le hables así, Melvin —dije.

Woody me puso una mano en el brazo.

—No te preocupes, tesoro. ¿No quiere sentarse con nosotros, señor...?

—No. Y un cuerno.

—Te estás portando como un gilipollas y un grosero, Melvin —y al decirle esto, reparé en un detalle: había mantenido relaciones sexuales, las primeras de mi vida, con un hombre de quien no sabía el apellido. Me habría echado a reír de no haber estado

convencida de que al siguiente insulto de Melvin, Woody iba a intentar derribarlo de un golpe—. ¿No me has oído, Melvin? Necesito preguntarte una cosa.

—¿De qué se trata ahora? Si es algo sobre Bobby, olvídale. Olvida a Bobby, punto.

—¿Cómo que «lo olvide»?

No respondió.

—En el fondo eres bondadoso —le dije—. Lo sé. ¿No ves que estoy preocupada por él?

—Tranquilízate. No le va a pasar nada malo, nena. Sólo tiene que reeducarse un poco.

Vaya, ahora creemos que estamos en China. Tuve que reprimirme para no decirlo en voz alta.

—El otro día, en tu oficina había una chica. Tonia.

—¿Y?

—¿Se llama Riddle de apellido? ¿Vive en Kenwood?

—¿Por qué?

—Ay, Señor, ¿no puedes responder directamente una pregunta? ¿No confías en nadie?

Lanzó una carcajada taimada, desagradable. Así se había reído de mí Tonia Riddle.

—Lo interpretaré como una respuesta afirmativa, Melvin. Escúchame bien.

—Que te folle un pez. Bueno, ya lo he hecho yo.

—¡No, Woody! —lo detuve cuando ya se levantaba para emprenderla a puñetazos—. Escúchame, Melvin...

—No, me va a escuchar a mí —dijo Woody, y se volvió hacia él—. A ver, animal, ¿qué sabes de una agresión a tiros contra una mujer en Forest Street?

—¿En qué calle? No sé de qué me habla. ¿Por qué no se sienta, abuelo? —y echó a andar, no en dirección a los aseos del fondo sino hacia la salida.

—Un momento, Melvin, por favor —lo llamé.

—Se te acabó el tiempo. Estáis los dos locos. Tengo cosas que hacer.

—No vas a morir heroicamente, Melvin.

—Me lo montaré mejor que tú.

—¡Maldita sea! —le chillé—. ¡Haz el favor de decirle a Tonia que está jugando con fuego!

—Estás loca —repitió—. Y no sabes qué es el fuego.

—Cámbiate de asiento, Cassandra. Para volver a casa, conduzco yo.

—De acuerdo.

Woody aún no me había preguntado lo que se moría por saber: ¿Era cierto? ¿Me había acostado con Melvin? Demasiadas preocupaciones y cosas que resolver antes. Además, como sabía que nunca le mentía, en el fondo no quería oír mi respuesta.

Habíamos regresado a la universidad y allí habíamos estado esperando hasta las nueve de la noche, cerca del aula donde a las ocho empezó la clase a la que debía asistir Tonia Riddle. No se presentó.

Woody fue a casa por la carretera que bordeaba el lago.

—Esperaré a que entres —dijo.

—¿Qué quieres decir? ¿Tú no vas a entrar?

—No. Voy a ver a Ivy. A lo mejor no vengo a dormir.

- Voy contigo.
- No, no vienes. Tú sube a casa. ¿No tienes deberes o algo que hacer?
- Woody, hace siglos que no voy a clase. Yo qué sé qué trabajos habrá que hacer.
- No tendrías que portarte así.
- Además, se rumorea que el SDS va a cerrar la universidad si la junta despide a Bluestein. No habrá clases a las que asistir.
- Pues sube y lee algo.
- ¿Como qué?
- ¿Cómo diablos lo voy a saber yo? Busca lo que sea y léelo, maldita sea.

Dieciocho

Al día siguiente hizo una noche fresca y especial. Rara vez se ven las estrellas en el cielo de la ciudad.

Una vez más, a la espera de que apareciera Tonia Riddle. Al fin lo hizo, con una prisa loca. Salió volando del edificio de apartamentos de la calle Ellis y fue derecha al modesto Volkswagen de color oscuro que Woody y yo llevábamos más de dos horas vigilando. Jack Klaus nos había confirmado por la matrícula que era el suyo.

Tonia avanzaba sin detenerse, siempre hacia el norte. Por fin paró en un lugar que yo apenas había tenido ocasión de visitar: el barrio de viviendas protegidas Cabrini-Green. Como si vivir allí no fuera bastante desagradable, la zona había quedado muy afectada tras la revuelta desencadenada por el asesinato de King. Los incendios del South Side eran una nadería comparados con aquello. Tanto me enfrasqué en contemplar los destrozos que a punto estuve de no ver a la persona que salió corriendo como un ratón frenético por la puerta de una tienda de objetos para el hogar hecha añicos y ocupó el asiento del copiloto del Volkswagen.

Tonia arrancó como un cohete. Ni siquiera había quitado el contacto.

Woody echó un vistazo a la guantera, abriéndola y cerrándola con suavidad, como si no se atreviera a hacer ruido.

—¿Qué hay ahí? —pregunté.

—Estás conduciendo muy bien, Cass —dijo—, pero cuidado con ese gorrión.

No insistí. Imaginaba perfectamente lo que había querido comprobar que seguía en la guantera. No era un sándwich de jamón.

Sentía correr la sangre en las venas, a flor de piel, como un millón de minúsculos alfilerazos. Recatada con las drogas, apenas había fumado un poco de maría y me había tomado unas cuantas anfetaminas para empollar antes de los exámenes. No conocía por experiencia propia cómo te hacía sentir el LSD. Debía de ser algo parecido a esto. ¿Cuál era la extasiada descripción de los efectos del ácido? Te volvía tremendamente *consciente* de todo lo que te rodeaba, eso decían.

Yo era consciente, vaya si lo era. Sabía que íbamos a meternos de cabeza en el ojo del huracán. Todo mi ser lo sabía.

Me preocupó un poco que Tonia avanzase hacia las brillantes luces de North Clark Street, una de las principales arterias de esa parte de la ciudad. Sería muy fácil perderla entre el tráfico. Pero volvió a girar y entró en un solar vacío cerca de Dickens. Tuve que quedarme en el extremo opuesto de la manzana por miedo a que Tonia o su

acompañante nos vieran.

Ni un movimiento en el Volkswagen. Evidentemente, ellos también querían pasar desapercibidos.

Esperamos, la vista fija en el VW, sin hablar. Al cabo de un rato, Woody consultó su reloj.

—Está llevándonos más tiempo del que calculaba, Cass. Había quedado en llamar a Jack para decirle dónde estamos.

—¿Qué podemos hacer?

—En la siguiente esquina hay un café. Lo llamaré desde ahí.

—¡Qué dices! ¿Vas a salir del coche?

—No hay más remedio. Tú estate tranquila hasta que vuelva. Y al menor indicio de que te hayan visto, sal de aquí como un rayo. Sin consultar nada. Ve directamente a casa. ¿Entendido?

—Sí. Tú ten cuidado también.

Entreabrió la puerta del copiloto, salió furtivamente y desapareció. La oscuridad lo envolvió.

Yo me deslicé un poco más hacia abajo, me quité las gafas y les di una limpieza rápida con el faldón de la blusa. Eso me recordó una conversación que había tenido con Owen. Era fea y deforme, le dije, pelirroja, y caminaba con una leve cojera. Lo único que me faltaba eran las gafas. Y me las pusieron hacia los trece años.

Woody tardó menos de un cuarto de hora en regresar.

—¿Alguna novedad?

—No —respondí.

—Bueno, por lo menos ya tenemos una prueba. Alguien del grupo donde está el negraco ése, Melvin, tiene relación con Lavelle Jackson. Me apuesto lo que sea a que saben quién ha herido a Ivy.

Como hablaba casi en un susurro, lo que decía sonaba aún más infame y aterrador.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Jack dice que el arma que Lavelle tenía escondida procedía del robo a una armería de un barrio lejano del North Side. Ya había sufrido robos en otras ocasiones. La última vez, la poli sorprendió a los tipos con las manos en la masa. Mataron a uno. El otro se escapó. El que murió formaba parte de no sé qué disparatado grupo negro llamado Root, y tu novio Melvin está metido en todo esto hasta las orejas.

—¡Cállate!

La exclamación me salió de la garganta sin yo quererlo. No pretendía hablarle así a mi tío. Comprendía que me mirase como si estuviera chiflada.

—Lo siento, perdona. Pero ¿cómo crees que la policía sabe quién está en ese grupo? Son unos espías, Woody. Hostigan a la gente, pinchan los teléfonos. Bueno, es que estoy harta de que los llames negracos con ese desprecio. ¿Nunca se te ha ocurrido que hay gente que no vive como tú, que no piensa como tú? ¿Qué sabes de ellos, Woody? Esas personas están tratando de montar una revolución en este puto país.

—¿Una revolución? ¿Es que se te ha reblandecido la sesera, hija? ¿Es eso lo que creías

hacer cuando te acostaste con ese negro zafio... montar la revolución? No mires para otro lado, Cass. Han estado a punto de matar a Ivy. Es lo más parecido a una madre que has tenido, ¿y te pones de su parte?

—No me pongo de su parte, sólo...

—Silencio, hija.

Los faros de un coche claro de dos puertas destellaron intermitentemente mientras entraba bamboleándose en el solar donde aguardaban Tonia y su acompañante. Alcancé a ver al conductor. Era un blanco. No llevaba pasajeros. El VW también encendió y apagó las luces como si estuviera flirteando con el vehículo más grande.

El blanco se apeó y cerró la puerta estrepitosamente.

Imitando sus movimientos, Tonia salió del VW.

Siguieron actuando con una extraña sincronía. Tonia flexionó ligeramente las rodillas y adoptó una posición de disparo. El conductor blanco hizo lo propio.

Y en el mismo instante en que el acompañante de Tonia salía de golpe del VW, el pasajero del coche claro, que había estado escondido, se lanzó hacia fuera desde el asiento del copiloto.

Luego empezaron a hablar las armas.

Presenciamos horrorizados cómo las cuatro figuras se movían en círculos, zigzagueaban, corrían, disparaban, chillaban. De pronto yo hice lo que nadie en su sano juicio habría hecho: pisé el acelerador y me lancé hacia el pandemónium.

¿Por qué? Porque había reconocido al misterioso acompañante de Tonia. Era Bobby.

A la entrada del solar, Woody trató de retenerme dando gritos y agarrándose. Pero me lo quité de encima y eché a correr.

Los disparos habían cesado.

A mitad de camino entre los dos vehículos, sobre la gravilla, yacía boca arriba Tonia, con un agujero donde antes estaba uno de sus ojos pálidos; el otro miraba fija y nebulosamente a la luna.

Bobby me agarró y me hizo agacharme junto a la rueda trasera del VW. Me sujetó por los hombros, mirándome, palpando la consistencia de mi cuerpo como para comprobar que no era un fantasma.

Vi que Woody se inclinaba sobre uno de los hombres caídos, lo examinaba un instante y luego escupía. Después echó a andar con energía hacia el VW. Apuntaba a la cabeza de Bobby con el largo cañón de su pistola.

—¡No dispaes! —grité.

Salté como una serpiente y empecé a pelearme con él. Luego Bobby se metió en la refriega. Entre los dos, le arrebatamos la pistola. Woody me miraba atónito y colérico, maldiciéndonos.

—Lárgate de aquí —le dije a voces a Bobby—. Vete.

Forcejeó un instante con el salpicadero del pequeño y abollado Escarabajo y luego salió del solar como una bala.

El otro hombre que yacía en el suelo, el conductor, emitía algún que otro gemido. Seguía vivo.

Woody me arrebató la pistola de la mano y se dirigió hacia él, le rasgó la camisa ensangrentada y dejó al descubierto una impresionante y fea herida.

El hombre farfulló unas palabras y Woody se arrodilló a su lado.

–Reserve el aliento, amigo –dijo Woody–. Lo han dejado bastante maltrecho.

–No, no, ahora o nunca.

–Pues hable si quiere.

El hombre ensangrentado soltó una risotada, lo juro. También puedo dar testimonio de que lo siguiente que dijo fue:

–Capullos de mierda, sois unos capullos.

Woody se apartó de él.

–¿Quiénes? –gritó–. ¿Qué estás diciendo, pobre blanco gilipollas?

El tipo volvió a lanzar una carcajada, echando sangre por la boca.

–Waddell... estúpido cabronazo... capullo. Díselo a él. Dile que he estado timándolo... dándole por culo... desde el principio...

–¿Ha dicho Waddell? –pregunté.

Woody me mandó callar.

–Continué –le dijo al hombre, que había empezado a resollar como un asmático.

–...capullos revolucionarios... habéis sido más listos que él, ¿eh? Mucho más listos.

–Sí, es verdad –dijo Woody, dándole pie para que siguiera porque se había quedado callado. Woody insistió–: ¿No le parece, amigo?

Al sujeto le quedaban unos segundos más de aliento. Los empleó para decir:

–Que también se joda el otro petardo. Tendría que haberlo eliminado hace mucho. Su tienda de chatarra, sus trapicheos con los negros. Me alegro de que se la quemaran, me alegro. Lástima que no estuviera dentro.

–¿A quién dice que tendría que haber matado? ¿Se refiere a Carl Garrick, el de la ferretería? Escúcheme, blanco, ¿qué me dice de una mujer a la que dispararon en Forest Street? ¿Qué sabe de ella?

No más invectivas ni risotadas malignas, pese a que Woody lo tenía agarrado por el cuello y lo sacudía. Le toqué el hombro y le advertí:

–Está muerto, Woody.

En ese momento, el Chevy de Jack Klaus entró dando tumbos en el solar. Jack se apeó de un salto del asiento del conductor y echó un vistazo a la carnicería.

–Díos mío –masculló–. ¿Has hecho tú algo de esto, Woody?

–No.

–Menos mal.

–Éste es Zeke Shelton, ¿verdad? –dijo Woody.

–Y tanto que sí –repuso Klaus. Metió la mano en la chaqueta de Shelton y sacó su placa y su cartera–. ¿Quién es el otro?

Se refería al negro que yacía muerto cerca del coche de Shelton.

–Es clavado al que mató a mi sobrino –dijo Woody.

Volví a mirar la figura inmóvil, con las piernas abiertas. Woody tenía razón. Era él.

Entonces oímos las sirenas.

—Cass y tú esfumaos ahora mismo. Esto nos va a llevar toda la noche. Sed discretos hasta que os llame.

Me puse al volante del Buick de Ivy, encendí el contacto y nos fuimos. Sin mirar atrás. Un buen consejo. Yo lo seguí.

Woody estaba aturdido, furioso, extenuado... todo al mismo tiempo.

Lo nuestro también nos iba a llevar toda la noche, lo veía venir.

Diecinueve

Aunque sean hijos del asfalto, a los urbanitas también les gusta salir al campo de vez en cuando, ir de picnic al bosque, acampar en un plagio de la auténtica naturaleza salvaje. Y lo pueden hacer en varias reservas naturales que no están ni a dos horas en coche desde el Loop. Yo nunca las he pisado, ni las pisaré. Para mí esos bosques no evocan merendolas veraniegas ni exploraciones con los Scouts. Y es porque he oído demasiados informativos. Para mí evocan pandillas de moteros y violaciones en grupo, cadáveres descuartizados de jovencitas y soplones de la mafia con un tiro bien encajado en la nuca.

Durante aquel abril sin precedentes, muchas veces había pensado que Lavelle Jackson estaba probablemente tirada en un rincón musgoso de alguna reserva natural. Me figuraba que su abuelo se despediría de este mundo sin haber llegado a saber dónde se habían deshecho de su cadáver, y, por supuesto, sin que a su asesino lo llevaran ante la justicia. Suponía que él mismo lo daba por hecho de algún modo. A la gente de Forest Street le habían pasado cosas peores... que ya ni se recordaban.

Por el contrario, el asesinato de Zeke Shelton saltó a las primeras páginas de los periódicos. Enlazaba convenientemente con muchas informaciones que había estado dando la prensa sobre el peligro del nacionalismo negro. Las autoridades concluyeron que la joven muerta en la escena del crimen, Tonia Riddle, pertenecía a un grupo de esa clase, pero aún no habían identificado a su compañero, que había escapado.

Del hombre negro que murió junto a Zeke Shelton se daban diversas descripciones: un confidente de la policía, un transeúnte, y un antiguo delincuente al que Shelton estaba formando para que se incorporase al departamento. Un montón de chorradas, de principio a fin. Jack Klaus nos dijo que el asesino de tío Hero se llamaba James Alton. Era un secuaz de Henry Waddell y, a la vez, un matón a sueldo de Zeke Shelton.

Es curioso que, a modo de ejemplo perfecto de la injusticia universal, Henry Waddell fuese el único en salir ileso de los asesinatos, los escándalos, las pérdidas y el dolor. Seguiría realizando sus negocios sucios con ayuda de algún otro policía corrupto. A él no le iba a pasar nada de nada, qué puñeta.

Las investigaciones consiguientes las supervisaba Jack Klaus. Woody hablaba con él por teléfono todos los días. El prestigio de Klaus había subido como la espuma en el departamento después de haberles llevado como trofeo a Tonia Riddle y de ayudar a los altos mandos a tejer una red de mentiras verosímil que pudiera presentarse al público. Zeke Shelton había acarreado bastante deshonor a la policía durante su larga carrera. Y

como a buen seguro se había llevado muchos secretos infames a la tumba, los mandos se sintieron aliviados de tenerlo un par de metros bajo tierra.

Ivy se iba recuperando físicamente pero tenía el ánimo por los suelos. Siempre por los suelos. No dejó en paz a Woody hasta que le confesó lo que había sido de Hero y, como es natural, eso lo llevó a revelar la historia de cabo a rabo, con todos sus detalles escabrosos.

Una mañana la encontramos recostada en la cama al llegar al hospital. Llevaba una de sus preciosas mañanitas bordadas, pero le sobraba por todos lados, como si ella hubiera encogido.

—¿Y dónde está el tal Garrick? —preguntó en cuanto entramos—. ¿Lo están buscando?

—Ha desaparecido —repuso Woody—. Cualquiera sabe dónde está. Pero, de momento, no se le ha descubierto ninguna relación con este estropicio. La policía no puede acusarlo de nada.

—¿Y la chica Jackson?

Woody meneó la cabeza.

—¿Ha perdido las esperanzas su abuelo? ¿Y tú, Woody?

—Jack dice que la tienen en la lista de presuntos fallecidos.

Ivy se enjugó las lágrimas con un gesto brusco y puso una expresión de indignación.

—Nos matan como a moscas —dijo—. ¡Qué sentido tiene esto, Dios de los cielos!

Le cogí la mano y se la besé, pero no creo que se diera cuenta.

—Deberías dejar de atormentarte y reposar, cariño —le dijo Woody—. Si no, nunca te pondrás bien.

Ivy no le hizo caso.

—¿No le ha sacado nada Jack Klaus a June, esa putilla desalmada? ¿Qué estaba haciendo en el piso de Ellis de la Riddle? ¿Qué hacía mezclándose con el partido político al que pertenecía Tonia Riddle? June no iba a la universidad como los demás. Sólo sabe vender sexo y fabricar niños.

—No sabemos por qué trataba con ellos, Ivy —dijo Woody, intentando tranquilizarla—. June es dura de pelar. Le contó a Jack una historia que tuvo que dar por buena porque no pudo sonsacarle nada más. Dice que no sabía en qué andaba metida la Riddle y que tampoco quería saberlo.

»Resulta que June conocía a Tonia desde hacía años. Su madre trabajaba limpiando la casa de la familia de Tonia. Lo único que reconoce es que alguna que otra vez le guardaba paquetes a la chica cuando se lo pedía. Unas veces se pasaba Tonia a recogerlos y, otras veces, un hombre. June dice que Tonia Riddle le pagaba por cuidar a su niña, por criarla con la suya.

La niña de Tonia. Dios mío. Claro, las crías que estaban en el corralito en casa de June eran más o menos de la misma edad. Imposible que fueran las dos suyas. No pude menos de preguntarme si sería hija de alguno de los hombres de Root. ¿De Melvin? O incluso de Bobby. Tuve también que preguntarme qué sería de esa niña pasados diez años, sin madre ni padre. Sentí una punzada de dolor en el corazón.

La voz de Ivy sonó como una paletada de gravilla.

–Espero que al menos dismantelen ese condenado burdel. En cuatrocientos años no hemos aprendido nada mejor que vendernos unos a otros. Qué asco de vida.

Casi nunca había oído a Ivy hablando de ese modo. Woody se disgustó tanto que fue a buscar al médico para rogarle que le diera algo para calmarla. Al menos, por el burdel no tenía que preocuparse. Ya estaba bastante dismantelado. Con tantas idas y venidas policiales, los clientes iban a satisfacer sus necesidades a otra parte.

De camino a casa, con Woody al volante, fui pensando en algunas novedades de las que Ivy no sabía nada, como por ejemplo que las cosas se habían puesto al rojo vivo en la universidad. Igual que en muchos otros campus, los estudiantes que protestaban contra la guerra y la destitución de un profesor radical habían ocupado el despacho del decano y, como consecuencia, la universidad había quedado cerrada a todos los efectos.

La oficina de Root estaba vacía, no quedaba ni una goma elástica. No tenía ni idea del paradero de Melvin. Dados los rumores que circulaban sobre el teléfono ilegalmente intervenido, era probable que la policía supiera más de él que yo.

Se estaban librando todo tipo de guerras. La que manteníamos Woody y yo no salía en los periódicos. Tenía sus escaramuzas, sus treguas y sus puntos muertos. Pero era una guerra particular. Nos esforzábamos al máximo para que Ivy no se enterase. Yo resulté tan impenetrable como June Barker; no le facilité el nombre del compañero de Tonia y me negué contra viento y marea a hablar de mi relación con Melvin.

Woody empezó a machacarme con el tema de Melvin –una vez más– cuando estábamos a mitad de camino, y media hora más tarde, ya en casa, seguía en ello. Comprendí que se avecinaba otra pelotera explosiva. Quién sabe cómo habría terminado si el teléfono no hubiera sonado en ese momento. Quién sabe qué cosas espantosas nos habríamos dicho si no llega a ser por Lucille Crooks, también conocida como Trasero de Sebo.

El recinto del colegio de primaria Champlain estaba desierto. Los alumnos y los profesores se habían ido a casa. No así Lucille Crooks, que nos esperaba en la entrada principal para acompañarnos a su despacho.

–He recibido una carta –nos comunicó–. Iba dirigida a mí, pero también menciona su nombre.

Woody esperó a que continuara.

–Señor Lisle, soy consciente de la posición que ocupa en esta comunidad. Pero como ya le dije en otra ocasión, no voy a permitir que nada trastorne la vida de este colegio.

–Me alegra saber que vela por los niños –respondió Woody.

–Le entrego esto con la esperanza de que actúe con discreción.

Vi el matasellos en el sobre escrito a mano: Flagstaff, Arizona.

Woody sacó un par de hojas de papel rayado arrancadas de una libreta. Antes de leer el texto, buscó la firma al final de la carta. No estaba firmada.

Volvió al principio y leyó atentamente la primera página; luego me la pasó mientras leía

la segunda.

«Tom Springer es un hombre malo y peligroso», decía la primera línea.

Pero es mi hermanastro. Tiene antecedentes por agresión a mujeres y a niñas allá en Fort Wayne, de donde somos. Lo que pasa es que allí lo conocían como Tom Garrick. Pensaba y me preocupaba que pudiera hacer daño a alguna niña en el colegio, probablemente lo ha hecho. Él juraba que no estaba haciendo nada malo. Pero nunca lo supe con seguridad. Ni cuando era un crío podías confiar en él.

Hace años violó y mató a una profesora del colegio de primaria Champlain. Creo que quizá la profesora conocía su secreto. Quizá lo pilló haciéndole algo a alguna cría. Con mi ayuda y la de otro hombre, un policía llamado Zeke Shelton, Tom no fue a la cárcel. En su lugar dejamos que encerrasen a un chico negro. Tom juró que él no le había hecho nada sexual a esa profesora, aunque reconoció que la había matado. Dice que fue el chico quien se lo hizo, el chaval no estaba bien de la cabeza y la violó cuando estaba muerta. ¿Es verdad? Nadie lo sabrá nunca.

¿Por qué Zeke accedió a sacar a Tom del embolado? Yo estaba enterado de muchas cosas que había hecho, por eso. Tiene una larga historia de trapicheos con traficantes de drogas. Eso lo sabe mucha gente. Lo que no saben es que mató a un hombre que era un estorbo para Waddell, su jefe, que le había comprado a Zeke un barco, coches nuevos, la casa que tiene aquí y otras en otras partes.

¿Cómo estoy enterado de ese asesinato? Porque lo vi con mis propios ojos. ¿Dónde y cómo cometió el asesinato? Eso no lo voy a decir por miedo a que la policía venga también a por mí algún día. Pero lo sé.

No tengo derecho a quejarme de él porque sabía como era y, a pesar de todo, continué aceptando que me hiciera favores. Lo tenía pillado por algunas cosas, eso está claro. Pero él también me tenía pillado a mí por otras. Y por eso nos llevábamos bien. (Ya he dicho que no voy a decir lo que yo he hecho.)

Había una chica llamada Lavelle. Era un pendón, nunca debería haberme liado con ella. Pero se diga lo que se diga de ella, era mucho mejor de lo que creía la gente. Era una prostituta, sí, pero lista. Yo siempre le decía que no le convenía ser tan lista. Pero ella tenía sus propias ideas. Debo confesar que, prostituta o no, la quería.

No estaba enterado de que de vez en cuando Lavelle veía a mi hermano Tom. Lo descubrí cuando ya era demasiado tarde. Así era Lavelle, imposible obligarla a hacer nada. Decía que nunca daría explicaciones a nadie. En fin, el caso es que descubrió lo de Tom, y también lo de Zeke, y luego me enteré de que se lo contó a otro hombre, un negro del que estaba celoso porque la vi con él. Sí, estaba celoso y la siguiente vez que la vi le pregunté quién era. Me dijo que no era más que un primo de su amiga June. Le pregunté si era un chulo o algo así. Dijo que no, pero no la creí. «Lo he visto sobándote», le dije. Ella se rió y me dijo: «¿Y qué? En cuanto te sobe un poco a ti dejarás de preocuparte, todo lo demás te dará igual». Tenía razón. Me daba igual. La quería, la deseaba y no lo podía evitar. Pero ella también me deseaba. A lo mejor piensan que es mentira, pero un hombre sabe cuando una chica le miente sobre eso.

Bueno, imagino que Lavelle y ese tío de color pensaron que podrían exprimir a Zeke,

y supongo que lo hicieron durante algún tiempo. Pero no para siempre. Zeke Shelton no es de fiar y no hay quien se la pegue. Al oír que Lavelle había desaparecido, supe quién lo había hecho. Y supe que estaba muerta.

Odio a Zeke por lo que le ha hecho a Lavelle, y también a mi hermanastro. Pero además llevo mucho, mucho tiempo odiándome a mí mismo y ya no puedo seguir viviendo con este peso encima. Además, con lo que sabía, estaba casi seguro de que Zeke vendría a por mí a continuación. Estaba enterado de sobra de lo que yo sentía por Lavelle y probablemente supuso que me pondría tan furioso que lo contaría todo. Ahora está muerto y me alegro de ello, porque así puede saberse la verdad y eso quizá ayude al chico que fue a la cárcel. Yo qué sé.

Me he quedado sin familia. Nunca volveré a Chicago y, quién sabe, quizá no vea nunca más a mi hijo. Supongo que él también me odiará para siempre. Y ya tampoco tengo a Lavelle. Me duele tanto saber que la asesinaron como saber que nunca volveré a estar en la cama con ella. Lavelle no creía en Dios y yo tampoco. Pero me da a mí que todos sufriremos un castigo por lo que hemos hecho.

—¿Están aún en el edificio? —le preguntó Woody a la directora.

—Eso creo. Le dije que mañana teníamos inspección y que había que hacer reparaciones en el salón de actos. Que tenían que estar listas para mañana.

—¿No le pareció sospechoso?

—No. Se alegró mucho. Cobra el doble por las horas trabajadas fuera del horario lectivo. Además de ser un estúpido integral, es codicioso.

Lucille Crooks arqueó ambas cejas. La imaginaba perfectamente con un monóculo. *Integrrrral*, había dicho, arrastrando interminablemente la erre. En ese momento fue la viva imagen de la mujer pechugona y ñoña que sale en las películas de los hermanos Marx. Owen se parte de risa cuando Groucho la escandaliza.

—¿Qué se propone hacer, señor Lisle? —preguntó la señora Crooks.

—No le haré nada a menos que él me haga algo a mí.

—Discreción —dijo ella alzando la voz—. Quiero que me dé su palabra. A fin de cuentas, no estaba obligada a enseñarle la carta.

—Lo sé —dijo Woody.

Yo recordaba cómo se iba al salón de actos.

Las barras y estrellas colgadas sobre el estrado de madera estaban raídas y sucias. *Nuestra bandera seguía allí*. Otro embate de la memoria como un martillazo en la cabeza. Formar y cantar el himno nacional todos los miércoles. Escupitajos escurriéndose por mi nuca. Los bichos raros —los ratones de biblioteca, los feos, los tartamudos, los acusicas— temíamos por encima de todo los momentos en que nos ponían una película: sólo Dios sabía lo que podría sucedernos en la oscuridad.

Springer estaba clavando el asiento de una silla de madera. Tenía a mano una lata abierta de masilla, y destornilladores, pegamento, aceite y guantes de trabajo desparramados a su alrededor.

Levantó la vista cuando entramos, sin que aparentemente le inquietase nuestra

aparición. Trasero de Sebo lo creía tonto de remate, pero a mí no me la daba. En todo caso, le atribuía suficiente agudeza mental como para saber que no podíamos causarle problemas graves. Zeke Shelton había muerto. Su hermanastro, Garrick, había huido y no era probable que volviera a Chicago a acusarlo. Lavelle había desaparecido del mapa. Springer sólo tenía que aferrarse a lo que había dicho en su momento. Aun cuando acabara perdiendo el trabajo por sus pasados delitos, seguiría siendo un hombre libre.

Woody me agarró del brazo.

—No te acerques —dijo—. Siéntate hasta que te llame.

Me senté en el brazo de una butaca y lo observé avanzar por el pasillo central.

—¿Qué se cuenta, Rastus⁹? —preguntó Tom Springer.

—Conque te has olvidado de mi nombre, ¿eh?

Woody tiró a Springer al suelo de una patada. Y un segundo después, de su boca salían despedidos borbotones de sangre y un diente delantero.

El conserje se recuperó pronto. Se puso en pie y arremetió contra Woody. Pero el cañón de la pistola de mi tío contra su sien lo detuvo en seco.

—¿Qué tal te encuentras? —gritó Woody—. El chico se llevó las palizas que te correspondían a ti. ¿Disfrutas ahora, blanco de mierda?

A Springer le flaqueaban las piernas. Woody lo empujó a la butaca más próxima sin esfuerzo.

—Mataste a la profesora. La destrozaste. Como digas que no lo hiciste te pego un tiro.

Springer gimoteó. Empecé a aproximarme lentamente a ellos.

—También sabes lo que le ha pasado a Lavelle Jackson, ¿no es así?

Lo negó a la desesperada hasta que Woody le cruzó la cara de un bofetón.

—¿No me has oído, asesino gilipollas? ¿Ayudaste a Shelton a matarla? ¿Dónde escondisteis el cadáver?

No sé si Tom Springer creía que la amenaza de pegarle un tiro iba en serio. Supongo que sí. Porque en ese momento hizo acopio de la astucia que le quedaba para intentar un ataque mortal. Igual que la cuchilla de Woody destelló aquel día que estábamos con Luther en el bar, el martillo que Tom empuñó súbitamente reflejó la luz del aplique del techo. Lo dirigía contra la cabeza de Woody. Mi alarido llegó en el momento preciso. Woody esquivó el golpe tirándose al suelo de costado.

Fue el tiempo suficiente para que Springer se diera a la fuga. Echó a correr hacia la salida, moviéndose como un animalillo del matorral.

Cuando Woody se levantó, Springer ya nos llevaba por lo menos veinte segundos de ventaja. La puerta lateral quedó abierta y por ella lo vi cruzar el aparcamiento a todo correr, echando ojeadas por encima del hombro izquierdo.

Vi también el Cadillac azul que salía marcha atrás del espacio reservado a la directora. Y oí el espeluznante sonido del impacto contra el torso de Springer. Salió volando por los aires y aterrizó unos metros más allá como un saco de ropa sucia.

Epílogo

Las clases se reanudaron justo a tiempo de que concluyera el semestre. La ocupación del despacho del decano terminó como era de prever, con la irrupción de la policía de Daley, el alcalde, unas cuantas cabezas rotas y varias docenas de estudiantes pasando la noche en el calabozo. Eran cosas que sucedían todos los días en aquellos tiempos. *Segunda estrofa de la misma canción*, por decirlo con una frase que usaba mucho Ivy.

El alegre mes de mayo. Qué tiempo tan maravilloso hacía, Dios mío. Los parques eran una eclosión de flores de conmovedores tonos rosas y amarillos. Había jóvenes allá donde mirases, como si la población juvenil se duplicara noche tras noche mientras el resto del mundo dormía. Y aunque muchas veces pareciese que nuestros mayores habrían querido vernos muertos por ser jóvenes, la embriagadora y soberbia sensación de estar en posesión de toda la belleza y todos los derechos se propagaba entre nosotros como un virus intoxicante. Fumar hierba, tomar ácidos, follar a diestro y siniestro y desafiar al mundo era lo que primaba en todo momento.

Yo era joven, sí. Sin embargo, no lo disfrutaba mucho. Ya no me sentía joven. Antes de que pudiéramos acudir al abogado de Eddie Lee Quick con la información descubierta, supimos que al chico lo habían matado a golpes hacía poco en la lavandería de la prisión.

En un ámbito más íntimo, mi tía Ivy parecía un objeto puesto a remojo demasiado tiempo; la alimentaban por un tubo. La mitad del tiempo, Woody no me dirigía la palabra. Y Bobby. Bobby no volvió. Con todo esto, en un día normal, mi vida no era muy risueña. Además tuvimos una tragedia en la universidad. Bueno, si la destitución de Daniel Bluestein no podía calificarse de tragedia, al menos fue una clara derrota; la pérdida de un profesor de talento que estaba de nuestra parte. Había quien pensaba que al salir elegido RFK, de lo que nadie dudaba, nos iríamos de Vietnam y la marea de pobreza y desesperación que azotaba las ciudades retrocedería. Pero, entretanto, la espiral de violencia empeoraba en el South Side y la vida en el pueblo que era Forest Street no cambió. A pesar de todo, el lavado de cara del Loop no había quien lo detuviera. Avanzaba a toda marcha. Ese verano se iba a celebrar en Chicago la Convención Nacional Demócrata. ¿Sería una fiesta o un baño de sangre? Los comerciantes del centro se frotaban las manos. Y los políticos serios de la zona de la ciudad donde vivía Owen, plagada de gente del SDS, llevaban una insignia con la leyenda: FLOWER POWER, ESO FUE EL VERANO PASADO.

Había empezado a trabajar de voluntaria un par de días a la semana en un centro de

preescolar gratuito del mismo barrio donde había visto a Bobby por última vez. La mayoría de los niños venían de las viviendas protegidas Cabrini-Green. El fundador del centro era un negro socialista de la vieja escuela. Un par de veces fui a conciertos de folk con él y acabé pasando la noche en su deprimente y angosto piso de Vine Street. Aunque no pudiéramos ofrecer a los niños adiestramiento militar y boinas de estilo Huey Newton, por lo menos les suministrábamos leche entera, lápices de colores para que se llevaran a casa e historias sobre Harriet Tubman.

Era el último día de curso en Debs y estaba comiéndome una chocolatina Almond Joy mientras sacaba viejos papeles de la taquilla que tenía en el pasillo, cerca del despacho de Owen. Habíamos quedado en ir a tomar una copa cuando terminase. Levanté la vista y lo vi dirigirse hacia mí a gran velocidad. Owen era guapo y esbelto, y, a juzgar por las apariencias, muy saludable, pero no creo haberlo visto correr por ningún motivo hasta ese momento.

—Ven a mi despacho —dijo—. Deja eso.

—¿Qué pasa?

—Deprisa —respondió inclinándose hacia mí—. Bobby Vaughan está al teléfono.

Esa tarde le conté a Woody la primera de numerosas medias verdades y mentiras puras y duras. Necesitaba el coche, le dije, para ir a una conferencia en Northwestern, la universidad de Evanston, que no quedaba lejos. Y también quería ofrecerme a llevar allí a mi profesor.

Recogí a Owen en su casa y luego giré por la autopista Eisenhower. Las zonas residenciales iban haciéndose más elegantes a medida que avanzabas hacia el norte. Bobby me esperaba en una tienda de donuts de Skokie, un barrio bien predominantemente judío, con algunos focos de clase obrera blanca y negra. Durante nuestra breve conversación telefónica no me había dado tiempo a preguntarle cómo había ido a parar a Skokie. Me limité a anotar la dirección y a decirle que seguiría sus instrucciones.

Un bamboleante donut de neón de seis metros de altura nos indicó que habíamos llegado a nuestro destino. Owen se quedó esperándome en el aparcamiento.

Vi a Bobby nada más entrar. Vestía un mono y estaba barriendo con un cepillo.

Ni me atreví a pronunciar su nombre. Pedí un café y un donut glaseado y me los llevé a una mesa de plástico del fondo. Bobby vino a sentarse frente a mí al cabo de un minuto. No nos tocamos.

—¿Podemos hablar? —pregunté. Y empujé hacia su lado de la mesa un ejemplar de *Ramparts* a cuyas páginas había unido con un clip trescientos dólares en billetes, mis ahorros, y otros ciento cincuenta que aportó Owen.

—Gracias, Cassandra.

—No hace falta que me las des. Pero me has prometido explicarme las cosas. Hasta donde puedas, claro.

—De acuerdo. El tío que dirigía nuestra organización, Root, se llamaba Wilson. En los últimos meses nos estaba organizando unas jugadas maestras. Dábamos golpes en tiendas

y almacenes sin la menor dificultad. Nos llevábamos armas y otras cosas que se podrían convertir en dinero efectivo rápidamente. Era tan fácil que sabíamos que Wilson debía de tener fuentes de información especiales. Cómo se iba a enterar si no de cuándo se hacían los repartos, cuándo cambiaban de turno los guardias de seguridad y esas movidas. Empezamos a pensar que Wilson conocía a algún hermano infiltrado en la pasma y actuaba como agente doble o algo así. Wilson no nos decía quién le daba los soplos. Pero nos imaginábamos que, fuera quien fuese, estaría de nuestra parte.

»Pero resultó que no era así. No exactamente. Hoyt, un hermano de Root, descubrió que Wilson estaba chantajeando a un detective de la pasma llamado Zeke Shelton que se había forrado gracias a los trapicheos de heroína del South Side. El tal Shelton estaba compinchado con Henry Waddell. Un asqueroso hijoputa negro que...

—Sé quien es. Continúa.

—Vale. O sea que Wilson sabía algo del madero ése, Shelton. No lo de la heroína, algo más. Hoyt desplegó la antena y se enteró de parte de la historia. Hacía unos años, Shelton había metido en el trullo a un joven hermano acusándolo de violar y matar a una mujer blanca, pero en realidad era inocente. Eso no era ninguna novedad. Lo peor es que Shelton sabía perfectamente quién era el culpable. ¿Me sigues? No sólo falseó las pruebas y toda esa mierda. De hecho estaba encubriendo al asesino.

—¿Y cómo sabía Wilson todo eso? —pregunté.

—Por una chica con la que salía. Una chavala ligera de cascos, una lumi. Ella se lo contó. Uno de sus clientes era un estúpido paleta sureño de esos que no saben beber. Una noche que la chica está en su quelí, mientras él duerme la mona, se pone a fisgonear. Encuentra algo y se lo birla. Unos días después, él se da cuenta y monta en cólera.

»La llama un día, le dice que ha conseguido un montón de pasta y quiere pulírsela con ella. Pero cuando la chica aparece, se pone como loco. Quería que le devolviera lo que se había llevado. Pero la chica lo sorprendió. Lo encañonó con una pipa. Al final de la sesión, el tío le había confesado claramente que había matado a la mujer blanca, y además le habló de Shelton, del madero que lo encubrió. Fuera lo que fuese lo que le había mangado la lumi, demostraba la conexión de ese blanco con el crimen.

Por fin podía ponerle su nombre verdadero a «Afro»: Wilson. Él era el negro al que Carl Garrick había visto con Lavelle. Pero no era un chulo. Era el líder de Root. Además era el hombre que a veces recogía los paquetes que Tonia Riddle escondía en casa de June Barker. En alguna ocasión, debió de coincidir allí con Lavelle Jackson y cayó rendido a sus encantos.

—Supongo que no sabrás quién era la chica. La prosti, quiero decir.

—No. Tampoco sé quién es ese blanco hijoputa.

Lo decidí en ese instante. No le iba a facilitar a Bobby el nombre del paleta sureño: Tom Springer. Ni tampoco le contaría el resto de la historia de Lavelle Jackson y Eddie Quick. Teníamos muy poco tiempo para hablar y, además, no le iba a servir de nada que se lo contara.

—Continúa —dije—. El tío de Root, Wilson, está exprimiendo al poli corrupto, que a su vez os está preparando atracos para que tengáis armas, municiones y dinero en efectivo

cuando llegue el apocalipsis, ¿no es eso?

—Eso es.

—Y luego, en un atraco concreto, el de la armería de la calle Sheridan, las cosas se tuercen.

—Mucho peor que eso. Los dos hombres de Root que asaltaron la tienda cayeron en una emboscada. Al entrar, la pasma estaba esperándolos. Uno tuvo suerte y escapó. Al otro lo dejaron hecho un colador.

—¿Era tu amigo Hoyt?

—Sí.

—¿Y el que escapó era Wilson?

—No. Ésa es la cuestión. Wilson iba a encargarse de la faena con Hoyt. Pero lo dejó colgado en el último momento. Dijo que tenía una reunión con no sé qué tíos en Michigan. Y envió a otra persona con Hoyt.

—A una persona llamada Melvin, ¿acierto?

No pude deducir de la expresión de Bobby hasta dónde estaba enterado de lo mío con Melvin, pero no le sorprendió que supiera su nombre.

—No quiero entrar en eso —dijo—. Lo importante es que fue una trampa. Y Wilson debía de saber desde el principio que nos la iban a jugar. Sabía que Shelton se había propuesto matarlo. Shelton esperaba sorprender a Wilson con una lluvia de balas cuando entrase en la armería. Supongo que pensaría: «Que se joda el que tenga la mala suerte de estar con Wilson esa noche».

—Sin duda.

—Estoy seguro de que primero pensaba librarse de Wilson y luego ir a por la prostituta que tenía la prueba incriminatoria.

—Seguro que sí. Pero a Wilson no lo mataron esa noche. ¿Qué fue de él?

Bobby bajó la vista hacia la portada de la revista.

—¿Qué pasó?

—Nos desvalijó y se largó. Se lo llevó todo, las armas, la pasta. Descubrimos que estaba vendiendo armas a cualquier cabrón, blanco o negro, que pudiera pagar el precio que pedía por ellas. ¿Me sigues? Estaba pasando armas a tíos que en cuanto se dieran la vuelta las usarían contra nuestro pueblo. Contra gente negra inocente que confiaba en que nosotros acabáramos con este puto sistema, que acabáramos con la explotación. Wilson debió de partirse el culo de risa a nuestra costa. Pensaba darse la gran vida con la putita ésa en alguna parte.

—¿Pero...?

Los labios de Bobby se curvaron entonces en algo que no podría describirse como una sonrisa.

—Digamos que lo encontramos. Y ya no se reirá más.

Antes de hablar eché un vistazo a mi alrededor y luego dije en un susurro:

—¿Quieres decir que lo matasteis? ¿Lo ejecutasteis?

—Fue una purga.

—¿Lo hiciste tú... o fue Melvin...?

—¿Qué más da quién lo hiciera? Se cumplió la voluntad del grupo. Ha desaparecido, Cassandra. Un enemigo del pueblo ha desaparecido. No necesitas saber nada más.

—Pero a la chica no la encontrasteis.

Negó con la cabeza.

—¿Y Melvin? ¿Está a salvo?

—No puedo hablar de Bounia.

—¿De *quién*?

—Bounia. Melvin ha adoptado un nombre africano.

—Ah.

Mira por dónde. Quizá algún día me acostaría con otro hombre. Tal vez me sorprendería y me haría disfrutar y aprender tanto como él. Quizá usaría el nombre que le había puesto su madre. Y quizá tío Woody no querría descuartizarlo en cuanto le echase la vista encima. Quizá. Pero he aprendido a no dar esas cosas por hechas.

—Por lo demás, Tonia y tú —dije—, aquella noche...

—Tonia y yo teníamos la misión de eliminar a Shelton. No sólo por haber matado a Hoyt, sino por todas las cagadas que había hecho en su rastrera existencia. Lo localizamos, lo llamamos y le contamos una bola. Que teníamos el objeto que andaba buscando y queríamos vendérselo. No sé si se lo tragó. Más bien pienso que sabía la que le iba a caer encima y decidió adelantarse. Nunca lo descubriremos. Pero ya sabes lo que pasó. Viste morir a Tonia. Y a Shelton también. Y a quienquiera que estuviese con él en el coche. Un pasma negro de paisano, supongo.

—No, no. Era un matón que llevaba mucho tiempo a sueldo de Shelton. Le hacía muchos trabajos sucios, asesinatos incluidos.

En ese momento, Bobby se levantó, enrolló la revista y se puso a recoger mi mesa.

C—¿Te estás cuidando? —pregunté.

Esbozó una sonrisa.

—Estoy bien.

—¿Qué haces aquí, por cierto? ¿Es una especie de refugio?

—No. Trabajo aquí. Una buena tapadera. He estado viviendo con una gente a unos kilómetros de aquí. Pero estoy listo para irme. Mañana saldré a trabajar y no volverán a verme nunca.

Nunca. Detestaba esa palabra. Me vino el recuerdo de una ocasión en que se la dije a Bobby. Me había llevado a una fiesta. No como su pareja, ni que decir tiene. Tampoco era nada relacionado con Root. Sencillamente, unos conocidos suyos que se reunían para pasárselo bien. Bobby se pilló un buen colocón y, cuando alguien puso el single de «Pride and Joy», me arrastró al centro de la sala para intentar que bailase con él.

Me entró el pánico.

—No puedo —le repetía una y otra vez.

—No me digas que nunca bailas —dijo.

—Nunca —aseguré.

—Bueno, pues ahora vas a bailar.

En mis sueños había estado mil veces en brazos de Bobby. Y, de pronto, el sueño se

había vuelto realidad. Él movía todo el cuerpo desde la pelvis sin esfuerzo y deslizaba los pies como si patinara. Sin darme cuenta, empecé a moverme con él, sumergida en el ritmo. Qué puntazo, me sentía volar, libre.

Ahora Bobby me miraba con ansiedad.

—¿Cassandra?

—¿Qué has dicho?

—¿Te va todo bien?

¿Cómo se suponía que debía responder?

—Será mejor que me vaya —dijo.

—Una sola cosa más. Quiero saber... si piensas que volveré a verte alguna vez.

Asintió. Me esforcé en creerlo.

Luego vino lo más duro: tuve que levantarme y salir sin llamarlo por su nombre, sin tocarlo, sin seguirlo con la vista. *No mires hacia atrás*. No lo hice.

En la calle de nuevo, le pasé las llaves del coche a Owen, que las cogió sin decir una palabra.

Notas

¹ Personaje de ficción que aparece en las historietas de Superman. (*N. de la T.*)

² Personaje de la popularísima tira cómica *L'il Abner*, que el historietista Al Capp publicó en la prensa norteamericana desde 1934 hasta 1977. (*N. de la T.*)

³ Students for a Democratic Society: Estudiantes por una Sociedad Democrática. (*N. de la T.*)

⁴ *Quick*: listo, despabilado, en una de sus acepciones. (*N. de la T.*)

⁵ El nombre de Jim Crow se utiliza para describir las leyes segregacionistas que se implantaron en EE.UU. entre 1876 y 1965. Al parecer, el nombre procede de la canción *Jump, Jim Crow*, compuesta en 1828 por el comediante Thomas Darmouth Rice para un número de vodevil en el que interpretaba burlesca y denigratoriamente a un personaje estereotípico negro. (*N. de la T.*)

⁶ Famosa detective aficionada de ficción. (*N. de la T.*)

⁷ Colorida camisa africana, holgada y con cuello en V. (*N. de la T.*)

⁸ *Clay*: arcilla, greda, barro. (*N. de la T.*)

⁹ Nombre que se da peyorativamente a los afroamericanos en Estados Unidos. (*N. de la T.*)

Créditos

Título original: *Jackson Park. A Cook County Mystery*

Edición en formato digital: julio de 2012

© Charlotte Carter, 2003

© De la traducción, María Corniero, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-965-8

Conversión a formato digital: El poeta (editores digitales) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
ARDE CHICAGO	4
Prólogo	6
Uno	8
Dos	19
Tres	25
Cuatro	30
Cinco	33
Seis	39
Siete	43
Ocho	47
Nueve	50
Diez	56
Once	60
Doce	65
Trece	74
Catorce	77
Quince	83
Dieciséis	87
Diecisiete	94
Dieciocho	100
Diecinueve	105
Epílogo	112
Notas	118
Créditos	119